



UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE LAS CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**CAPITALISMO, DESEO Y DELINCUENCIA: EL IMPACTO DEL
NEOLIBERALISMO EN LAS SUBJETIVIDADES CONTEMPORÁNEAS Y LA
ADOPCIÓN DE CONDUCTAS CRIMINALES**

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESORA DE FILOSOFÍA

AUTORA: CLAUDIA CONSTANZA ÁVILA MALDONADO

PROFESOR GUÍA: CLAUDIO IBARRA VARAS

SANTIAGO DE CHILE, MARZO DE 2026.



UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE LAS CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**CAPITALISMO, DESEO Y DELINCUENCIA: EL IMPACTO DEL
NEOLIBERALISMO EN LAS SUBJETIVIDADES CONTEMPORÁNEAS Y LA
ADOPCIÓN DE CONDUCTAS CRIMINALES**

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO DE PROFESORA DE FILOSOFÍA

AUTORA: CLAUDIA CONSTANZA ÁVILA MALDONADO

PROFESOR GUÍA: CLAUDIO IBARRA VARAS

SANTIAGO DE CHILE, MARZO DE 2026.

2026, Claudia Constanza Ávila Maldonado:

Se autoriza la reproducción total o parcial de este material, con fines académicos, por cualquier medio o procedimiento, siempre que se haga la referencia bibliográfica que acredite el presente trabajo y su autor.

Dedico esta tesis:

A quienes les ha tocado sobrevivir entre la violencia y la precariedad.

A quienes han soñado dentro de una promesa que no se cumple para todos.

A quienes alguna vez se preguntaron si su vida sería diferente de haber nacido en otro lugar.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es el resultado de un proceso largo, lleno de aprendizajes, dudas y conversaciones que acompañaron el desarrollo de esta investigación.

En primer lugar, quiero agradecerme a mí misma por haber llegado hasta el final de esta etapa, incluso en los momentos que el proceso se volvió más exigente.

En segundo lugar, agradezco a quienes estuvieron presentes desde distintos espacios de mi vida. A la fortaleza espiritual que me acompañó durante toda la carrera y especialmente en los momentos más difíciles.

A mis padres, por haberme dado la posibilidad de estudiar y por permitirme contar con el espacio y el tiempo necesarios para terminar este proceso. Y a mi hermana, por acompañar distintos momentos de este proceso.

Finalmente, agradezco a todas aquellas personas que inspiraron las preguntas que atraviesan esta investigación y que se dieron el tiempo de conversar y compartir sus experiencias en relación con los temas abordados en este trabajo.

Muchas de las reflexiones aquí desarrolladas nacen de observar la realidad cotidiana, de las personas que se han cruzado en mi camino y, sobre todo, del intento por comprender las tensiones sociales que marcan la experiencia de muchos jóvenes en el presente.

Tabla de contenido

Introducción.....	10
Capítulo 1: Producción de deseo y subjetividades en el neoliberalismo	14
Introducción.....	14
1.1. Principales características del neoliberalismo	14
I. Racionalidad política y sujeto empresarial.....	14
1.2. La construcción del deseo en la lógica del consumo	19
I. Deseo como carencia.....	19
II. Economía libidinal: cuando el consumo seduce más que el sexo.....	21
III. La lógica del objeto-marca: tener es ser	22
1.3. La producción de subjetividades neoliberales	25
I. Del sujeto ciudadano al sujeto-empresa	25
II. Subjetividad fragmentada: el yo como multiplicidad	27
1.4. Exclusión social, precariedad y deseo frustrado.....	29
I. La exclusión inclusiva: promesa sin entrega.....	29
II. Deseo frustrado: cuando querer ya no alcanza	30
1.5. Juventudes y subjetividades neoliberales: entre la promesa y la exclusión	35
I. Juventudes, Precariedad y Prácticas de Resistencia.....	35
II. Subjetividades neoliberales y estrategias juveniles de ascenso	37
CAPÍTULO 2: CRIMINALIDAD, NEOLIBERALISMO Y JUVENTUD.....	40
Introducción.....	40
2.1. Impacto del capitalismo en las juventudes contemporáneas	40
2.2. La juventud frente al sistema neoliberal: aspiraciones, limitaciones y estrategias	45
I. Fractura aspiracional: promesa neoliberal vs. expulsión estructural.....	45
II. Deseo estructurado: Deleuze-Guattari y capitalismo deseante	47

III. Violencia como sustrato subjetivo: de accidente a nueva socialidad	49
2.3. Los jóvenes como sujetos de la nueva configuración de la criminalidad neoliberal	51
I. Mutación ontológica: de emergencias culturales a necromáquinas empresariales	51
II. Bandas como familia política sustituta	52
III. Desorganización social neoliberal: territorios abandonados como laboratorios criminales	54
2.4. Criminalidad como respuesta al fracaso estructural	55
2.5. Reconfiguración de la criminalidad: el cambio de la delincuencia en el contexto neoliberal	59
I. Mercantilización del crimen: de subsistencia a empresa rizomática.....	59
II. Necropolítica del narco: vidas desechables en la economía de la muerte	60
2.6. Alternativas a la criminalidad: Respuestas juveniles a la frustración estructural.....	64
I. Trabajo formal: la “vida-mula” como resignación mercantil.....	64
II. Pedagogías integradoras: límites del contorno institucional.....	65
III. Resistencias capitalizadas: rap consciente mercantilizado	67
Capítulo 3: Violencia en el contexto neoliberal: la estetización del crimen	69
Introducción.....	69
3.1 Violencia estructural en el capitalismo neoliberal.....	70
3.2 Representaciones culturales del crimen: música, cine y redes sociales	73
3.3 Implicaciones éticas y sociales de la estetización del crimen	78
3.4 Narcocultura y narco-neoliberalismo	84
3.5 Impacto de la violencia en la juventud y sus decisiones	89
Conclusión	94
Bibliografía	¡Error! Marcador no definido.

Resumen

Esta investigación analiza la relación entre los conceptos de neoliberalismo, juventud y violencia, poniendo especial atención en la forma en que las aspiraciones relacionadas con el éxito y el ascenso social se configuran en contextos marcados por la desigualdad. El problema que guía esta tesis busca comprender cómo las promesas de realización individual propias de la racionalidad neoliberal influyen en la construcción de subjetividades, deseos, expectativas y formas de acción en jóvenes que habitan contextos de precariedad en la actualidad chilena.

A partir de un enfoque teórico que dialoga y conecta autores como Michel Foucault, Mark Fisher, Rossana Reguillo, Sayak Valencia, Pierre Dardot y Christian Laval, entre otros, se examina cómo el neoliberalismo no solo organiza la economía, sino también las subjetividades y los imaginarios de éxito, transformando a los individuos en capital humano y cuerpos económicos. Desde esta perspectiva, se analiza cómo ciertas expresiones culturales contemporáneas contribuyen a estetizar y romantizar la violencia, presentando la criminalidad como una posible vía de reconocimiento y movilidad social.

Esta tesis sostiene que, en determinados contextos sociales, la criminalidad puede aparecer como una forma alternativa de agencia dentro de un sistema que promete éxito individual, pero que distribuye de manera desigual las posibilidades reales de alcanzarlo.

Palabras clave: Neoliberalismo, juventud, violencia, aspiraciones sociales, criminalidad.

Abstract

This research analyzes the relationship between neoliberalism, youth, and violence, with particular attention to how aspirations related to success and social mobility are shaped in contexts marked by inequality. The guiding problem of this thesis is to understand how the promises of individual achievement inherent to neoliberal rationality influence the construction of subjectivities, desires, expectations, and patterns of action among young people living in precarious contexts in contemporary Chile.

Drawing on a theoretical framework that engages with authors such as Michel Foucault, Mark Fisher, Rossana Reguillo, Sayak Valencia, Pierre Dardot, and Christian Laval, among others, the study examines how neoliberalism not only organizes the economy but also shapes

subjectivities and imaginaries of success, transforming individuals into human capital and economic bodies. From this perspective, it analyzes how certain contemporary cultural expressions contribute to the aestheticization and romanticization of violence, presenting criminality as a potential path for recognition and social mobility.

This thesis argues that, in specific social contexts, criminality can emerge as an alternative form of agency within a system that promises individual success but distributes the real possibilities of achieving it in an unequal manner.

Key words: Neoliberalism, youth, violence, social aspirations, criminality.

Introducción

La investigación aborda cómo el neoliberalismo, como sistema hegemónico, configura los deseos, valores y conductas sociales, y cómo ha influenciado directamente en la delincuencia juvenil contemporánea y, a su vez, ha potenciado el narcotráfico. Este sistema promueve una ideología de la astucia, donde el éxito se asocia con la capacidad de sortear obstáculos sin importar las normas éticas. La búsqueda de placer inmediato, el culto al individualismo y la crisis existencial que deriva de estas dinámicas fomentan un entorno donde las opciones legales y tradicionales parecen insuficientes para satisfacer las expectativas creadas por el capitalismo. En este contexto, las aspiraciones de alcanzar el éxito económico y social se presentan como metas alcanzables a través del consumo, el trabajo duro y la competencia. No obstante, el acceso a estos ideales no es equitativo, y en sectores marginados y socialmente desfavorecidos, la desconexión entre el deseo promovido por el sistema neoliberal y las posibilidades reales de alcanzar ese éxito puede generar frustración, resentimiento y, en muchos casos, la adopción de comportamientos delictivos.

El neoliberalismo alimenta un "yo" centrado en el consumo, naturalizando la criminalidad como un medio legítimo para alcanzar las metas impuestas. Esta normalización se refleja en la forma en que las bandas socializan la delincuencia, presentándola no solo como una opción económica viable, sino como una identidad cultural atractiva, particularmente para las juventudes. Estas dinámicas están profundamente influenciadas por una transformación de los regímenes de valor y la reconfiguración de los criterios de éxito.

La narcocultura, como manifestación estética y simbólica del narco-neoliberalismo, refuerza estas tendencias al glorificar figuras delictivas en la cultura popular. Este fenómeno perpetúa una visión de la delincuencia como un camino hacia el reconocimiento social y el poder, exacerbando la frustración y el vacío existencial de aquellos que no logran cumplir con los estándares impuestos por el sistema. En este contexto, la criminalidad se transforma en un modo de existencia que se alimenta de las desigualdades y las promesas incumplidas del capitalismo. Asimismo, se examinará cómo en el contexto neoliberal la criminalidad tiende a ser individualizada y despolitizada, dejando de interpretarse como expresión de desigualdades estructurales para ser comprendida como una estrategia de acción dentro de un sistema que privilegia la competencia, el éxito material y el reconocimiento social. Este proceso despolitiza las conductas delictivas y las integra en la dinámica del mercado, donde la violencia se convierte

en una herramienta para competir y sobrevivir. Así, la delincuencia se socializa y se perpetúa, fortaleciendo las estructuras del propio capitalismo que aparenta combatirla. De esta forma, el neoliberalismo no solo configura los deseos y comportamientos, sino que redefine los límites de lo aceptable y lo condenable, consolidando un sistema donde la criminalidad ya no es una anomalía, sino una extensión lógica de sus principios.

En este contexto surge un problema central: comprender de qué manera las dinámicas de producción de deseo propias del neoliberalismo influyen en la configuración de subjetividades juveniles que encuentran en la criminalidad una forma posible de reconocimiento, pertenencia o ascenso simbólico. A partir de lo anterior, esta investigación busca responder a varias interrogantes: ¿Cómo el neoliberalismo configura el deseo y las aspiraciones mediante el consumo y las marcas? ¿De qué manera estas producciones de deseo influyen en la decisión de involucrarse en actividades criminales? Asimismo, ¿Cómo la cultura popular y los medios de comunicación contribuyen a la estetización del crimen y transforman su percepción social?

A partir de estas interrogantes, el objetivo general de esta investigación es analizar cómo las producciones de deseo y subjetividades promovidas por la cultura capitalista neoliberal influyen en la adopción de conductas criminales en el contexto contemporáneo chileno, considerando tanto las dimensiones estructurales de exclusión y desigualdad como las representaciones culturales que estetizan la violencia y el éxito individual, especialmente en la juventud.

Para ello, el estudio se propone examinar cómo el neoliberalismo configura el deseo a través de objetos y marcas y cómo estas dinámicas afectan las subjetividades contemporáneas; investigar la relación entre consumo, deseo y las percepciones de valor de la vida y su vínculo con la adopción de conductas criminales; explorar el fenómeno de la estetización del crimen en la cultura popular y su impacto en la percepción social del delito; y analizar la narcocultura como una manifestación del narco-neoliberalismo que influye en las aspiraciones y conductas de las juventudes.

Para abordar estas dinámicas, esta investigación se fundamenta en un enfoque mixto que combina el análisis crítico de textos académicos y teóricos con la observación de fenómenos culturales y sociales, complementado por la consideración de testimonios y relatos provenientes de jóvenes con experiencia en contextos de criminalidad. Esta metodología permite comprender no solo las dimensiones estructurales del fenómeno —como las desigualdades socioeconómicas y la precariedad juvenil—, sino también las experiencias subjetivas de quienes habitan estas

realidades, incorporando sus perspectivas, deseos, frustraciones y estrategias de acción en contextos de exclusión.

El análisis teórico se sustenta en autores que articulan los conceptos centrales de esta investigación. Michel Foucault permite comprender cómo las subjetividades se construyen dentro de un sistema de poder que regula lo normal y lo deseable, mientras que Deleuze y Guattari conciben las subjetividades como redes fragmentadas, atravesadas por fuerzas económicas, culturales y sociales. Dardot y Laval muestran cómo el neoliberalismo naturaliza la competencia y el individualismo, mientras que Mark Fisher y Sayak Valencia evidencian cómo estas lógicas generan aspiraciones inalcanzables y potencian la adopción de conductas criminales. Rossana Reguillo y el Colectivo Juguetes Perdidos documentan cómo los jóvenes crean espacios de pertenencia y resistencia simbólica frente a la exclusión.

Perspectivas sobre violencia complementan el análisis: Walter Benjamin y Johan Galtung permiten examinar la estetización y la estructuralidad de la violencia, mientras que Diego Sztulwark muestra cómo la expulsión social refuerza la frustración juvenil. Esta combinación de enfoques ofrece una visión integral de cómo el neoliberalismo, a través de la producción de deseo, consumo y cultura popular, configura subjetividades juveniles y modos de acción que oscilan entre la resistencia simbólica y la criminalidad.

La tesis se organiza en tres capítulos, cada uno de los cuales aborda dimensiones complementarias del problema central. El primer capítulo, “Producción de deseo y subjetividades en el neoliberalismo”, examina cómo el neoliberalismo moldea las subjetividades juveniles y configura los deseos, aspiraciones y expectativas mediante la lógica del consumo, la competencia y el individualismo. Se analiza cómo estos procesos generan frustración y malestar existencial en los jóvenes que habitan contextos de precariedad, y cómo estas dinámicas pueden vincularse con la adopción de conductas consideradas criminales como estrategias alternativas de agencia y legitimación social.

El segundo capítulo, “Juventud y criminalidad en el neoliberalismo”, profundiza en la relación entre las desigualdades estructurales, la exclusión social y la construcción de identidades juveniles. Aquí se explora cómo los jóvenes recurren a grupos territoriales o bandas como espacios de pertenencia y resistencia simbólica frente a la marginalización, y cómo la criminalidad no solo refleja carencias materiales, sino también un rechazo simbólico a un

sistema que prioriza el éxito individual y el consumo, consolidando nuevas formas de socialización y subjetividad.

Y, por último, el tercer capítulo, “Violencia en el contexto neoliberal: la estetización del crimen”, analiza cómo la violencia y el crimen son transformados en fenómenos atractivos y simbólicamente rentables dentro de la cultura popular. Se estudia cómo la narcocultura y otros productos culturales representan al criminal como un modelo de éxito y poder, normalizando y estetizando la violencia y redefiniendo los límites entre lo legal y lo ilegal, lo moral y lo inmoral. Este capítulo permite comprender cómo el neoliberalismo no solo genera frustración y exclusión, sino que también integra la criminalidad y la violencia dentro de su lógica de consumo y reconocimiento social.

La motivación de este estudio surge de la necesidad de comprender no solo los efectos estructurales del neoliberalismo en la juventud, sino también la manera en que los jóvenes interpretan, adaptan y resignifican estas dinámicas en su vida cotidiana. Este trabajo aporta un análisis integral que combina teoría académica y perspectiva directa de los jóvenes, lo que permite identificar cómo la cultura popular, el consumo y las narrativas mediáticas no solo reflejan, sino que moldean los deseos, aspiraciones y conductas delictivas. Así, la investigación contribuye a iluminar aspectos poco explorados del narco-neoliberalismo, la estetización de la violencia reflejada en el cine, las redes sociales y música urbana, evaluar las tensiones entre deseo, exclusión y agencia juvenil, ofreciendo herramientas para futuras reflexiones sobre políticas sociales, educación y prevención del delito.

Capítulo 1: Producción de deseo y subjetividades en el neoliberalismo

Introducción

Este capítulo examina cómo el neoliberalismo opera no solo como un modelo económico, sino como una racionalidad política que moldea la vida, el deseo y las formas de subjetividad contemporáneas, especialmente enfocado en las juventudes de sectores populares. Siguiendo la perspectiva de Michael Foucault (2007) en *El nacimiento de la biopolítica*, el neoliberalismo supone la generalización de la forma mercado como principio de organización social, extendiendo la lógica de la competencia a ámbitos que anteriormente no se regían por criterios estrictamente económicos. En consecuencia, "el problema del neoliberalismo [...] pasa por saber cómo se puede ajustar el ejercicio global del poder político a los principios de una economía de mercado" (Foucault, 2007, pág. 157), lo que implica proyectar esos principios en un arte general de gobernar.

Al mismo tiempo, desde Deleuze y Guattari (2002) en *Mil Mesetas*, se aborda el deseo como una fuerza productiva que el capitalismo captura y orienta hacia el consumo, la visibilidad individual y competencia en vez de creación libre.

A partir de este marco, el capítulo desarrolla tres ejes: en primer lugar, la lógica neoliberal como racionalidad política que convierte al sujeto en “empresa de sí mismo”; en segundo lugar, la manera en que el capitalismo captura el deseo y lo convierte en motor del consumo; y finalmente, la producción de subjetividades marcadas por la autoexplotación, la precariedad y la frustración del deseo.

Este recorrido teórico proporciona el andamiaje conceptual para analizar, en los capítulos siguientes, las experiencias y narrativas juveniles recogidas en conversaciones casuales. Desde esta base se busca comprender cómo el neoliberalismo configura los modos de desear, de sentirse fracasado o de buscar reconocimiento en contextos donde el acceso al éxito y al consumo está bloqueado, incluso recurriendo a prácticas transgresoras o delictivas.

1.1. Principales características del neoliberalismo

I. Racionalidad política y sujeto empresarial

El neoliberalismo no debe entenderse únicamente como un modelo económico, sino como "una gubernamentalidad de [...] individuos que [...] son al mismo tiempo hombres económicos" (2007, pág. 334). Este régimen desplaza el poder desde la coerción directa hacia la conducción de la conducta mediante una libertad entendida como competencia.

En lugar de imponer normas, el poder incentiva a los individuos a gobernarse a sí mismos conforme a las reglas del mercado. Alma García Abengochea (2025) explica que el neoliberalismo promueve "privatizaciones, reducciones en el Estado de Bienestar y la sustitución de lo común por la competencia individual" (2025, pág. 14), entendiendo "la sociedad es una falacia" (2025, pág. 14) que reemplaza lo colectivo por logros individuales.

Esta subjetividad neoliberal atraviesa múltiples dimensiones de la existencia. Foucault (2007, pág. 280) explica que "la relación madre-hijo [...] representa [...] una inversión [...] en el capital humano del niño que producirá una renta". Esta lógica económica transforma la educación en inversión rentable, donde los padres calculan costos, tiempo y ganancias psicológicas futuras del "capital humano" de sus hijos.

Han en *La sociedad del cansancio* del cansancio complementa esta idea: "la sociedad de trabajo se ha individualizado y convertido en la sociedad de rendimiento y actividad" (Han, 2012, pág. 45). El trabajo ya no es obediencia externa, sino autoevaluación constante bajo el imperativo "Yes, we can", donde "Los proyectos, las iniciativas y la motivación reemplazan la prohibición, el mandato y la ley." (Han, 2012, pág. 27). La salud se convierte en optimización personal para maximizar productividad. Así, educación, trabajo y salud se reorganizan como extensiones del yo-empresarial neoliberal.

En la misma línea, Dardot y Laval en *La nueva razón del mundo*, sintetizan esta transformación describiendo al individuo neoliberal como quien "se convierte en una pequeña empresa", donde "sólo puede producirse la conjunción de las aspiraciones individuales y los objetivos de excelencia de la empresa" (2013, pág. 339). Esta ética del trabajo exige que el proyecto personal se alinee completamente con la lógica empresarial, administrando cada aspecto de la vida - educación, salud, relaciones- como recursos medibles y optimizables para maximizar la "excelencia" individual.

Finalmente, Mark Fisher (2009) denomina "realismo capitalista" a esta colonización del cotidiano por la lógica de mercado, donde "sin una alternativa coherente y creíble capaz de enfrentar al capitalismo, el realismo capitalista seguirá dominando el inconsciente económico

político" (Fisher, 2009, pág. 94). Esta ideología hace que emprendimiento y superación personal parezcan naturales, mientras las desigualdades estructurales se esconden bajo la narrativa de que "el éxito depende solo del esfuerzo individual", eliminando la capacidad de imaginar cualquier otra realidad posible.

Esta racionalidad política opera también como gobierno afectivo: el neoliberalismo dejó atrás la represión directa del látigo disciplinario para seducir emocionalmente. Nos convence de que queremos explotarnos a nosotros mismos porque nos venden la autoexigencia como "libertad personal". Ya no hay un jefe que ordene "haz esto"; ahora nosotros mismos nos imponemos el "sí se puede" creyendo que es nuestra elección autónoma.

En el lenguaje cotidiano esto se ve clarísimo: cuando alguien dice "quiero desarrollar mi proyecto de vida" o "soy freelance porque amo la libertad", está repitiendo el guion neoliberal sin darse cuenta. Esas frases estetizan la precariedad -la hacen sonar de moda, aspiracional- cuando en realidad disfrazan contrato basura, sin seguro, sin vacaciones. El "proyecto personal" se convierte en una obsesión por acumular "experiencias de vida" que sirvan de CV: idiomas, certificaciones, voluntariados, viajes, todo debe ser "contenido" para tu marca personal.

Pero esta "libertad individual" tiene un costo social brutal. García Abengochea (2025) explica: si se entiende la libertad como "ausencia del Estado y fortalecimiento de los mercados", "se descompondría el tejido social" (2025, pág. 15). Esto explica los ejemplos del comienzo del trabajo: "se dismantelan los sindicatos, se debilitan las redes de apoyo y la protección de las instituciones colectivas" (García Abengochea, 2025, pág. 15), reemplazando solidaridad por competencia individual. Por ejemplo, ser *Uber*, en el discurso neoliberal, esto encarna "libertad", eres tu propio jefe, manejas tus horarios, no dependes de un empleador tradicional y puedes emprender, pero no hay sindicato real con poder de negociación ni estabilidad contractual, no hay protección social garantizada, el riesgo recae en el conductor y la evaluación algorítmica reemplaza relaciones laborales humanas. Esto no es ausencia de Estado en sentido literal. El Estado regula para permitir este modelo. Es una reconfiguración del papel estatal en favor del mercado.

Al disolver los lazos colectivos y transformar a los otros en competidores, el *homo oeconomicus* neoliberal -que según Foucault- "no es el hombre del intercambio, no es el hombre consumidor, es el hombre de la empresa y la producción" (Foucault, 2007, pág. 182), este se convierte en la subjetividad ideal del sistema. Lejos del *homo oeconomicus* clásico que solo intercambiaba

mercancías, este nuevo sujeto se autogobierna como empresa permanentemente activa, calculando cada relación como inversión productiva. Se autoexplota creyendo que es libre, se culpa por su precariedad y se mide por su capacidad de rendimiento. Siguiendo a Fisher (2009), vincula este clima con el aumento de depresión, ansiedad y el hoy conocido *burnout*, síntomas de un régimen que exige productividad continua sin estabilidad.

Esta gubernamentalidad neoliberal opera mediante dispositivos difusos que no imponen por coerción directa, sino que orientan conductas al convertir la vida social en una sociedad de empresa, “no es una sociedad sometida al efecto mercancía, sino una sociedad sometida a la dinámica competitiva” (Foucault, 2007, pág. 182). En este marco, la competencia se instituye como principio organizador total, presentada como el único sistema capaz de articular los planes espontáneos de los individuos sin imperativos legales, desplazando la lógica del intercambio —basada en la equivalencia— por una desigualdad constitutiva y permanente (Dardot & Laval, 2013, pág. 110).

En distintos contextos latinoamericanos, esta racionalidad neoliberal adopta configuraciones específicas. En México, como analiza Rossana Reguillo, la precarización juvenil se entrelaza con economías de violencia y lógicas necropolíticas; en Argentina, investigaciones como las del Colectivo Juguetes Perdidos y Duschatzky y Corea, muestran cómo la banda funciona como espacio de socialización y supervivencia en territorios fragmentados. Esta tesis se inscribe en esa conversación regional, pero se focaliza en el caso chileno, donde la racionalidad neoliberal —instalada tempranamente como proyecto estructural— configura formas particulares de emprendimiento juvenil, consumo aspiracional y economías ilícitas. Dicho de otro modo, el mandato emprendedor no ofrece una salida real a la precarización, sino que funciona como tecnología de gobierno del riesgo social, neutralizando el conflicto político y reconfigurando la desigualdad como resultado de la competencia entre individuos desigualmente situados.

Esta lógica permea ámbitos concretos: plataformas laborales como *Uber*, *Rappi* o *Uber Eats* reconfiguran la relación laboral al presentar a los trabajadores como “socios” o “emprendedores independientes”, eliminando la figura del empleador y trasladando el riesgo económico, la inestabilidad y la ausencia de derechos sociales al individuo. Bajo esta racionalidad, el trabajador gestiona su tiempo, su rendimiento y su desgaste corporal como capital propio, internalizando la competencia permanente por pedidos, calificaciones y visibilidad algorítmica, en coherencia con la sociedad de empresa descrita por Michel Foucault (2007).

El lenguaje cotidiano reproduce esta racionalidad al promover nociones como “reinventarse”, “emprender” o “salir adelante”, que desplazan las condiciones estructurales de precariedad hacia una ética del esfuerzo individual. De este modo, la competencia deja de percibirse como una imposición sistémica y se naturaliza como valor moral, de tal forma que el éxito se interpreta como mérito personal y el fracaso como insuficiencia subjetiva, reforzando procesos de autoexplotación y autovigilancia (Han, 2012).

En contextos latinoamericanos precarios, programas de autoempleo refuerzan que el joven debe “buscar su oportunidad”, despolitizando el fracaso.

Desde una lectura crítica, esta gubernamentalidad no solo gobierna, sino que desarma resistencias colectivas al traducir el malestar social en un problema de “gestión del yo”. En Chile, esto se expresa en políticas juveniles neoliberalizadas —como los programas de fomento al emprendimiento de *Sercotec* o *Capital Abeja*— que, bajo el discurso de la autonomía y la iniciativa individual, capturan aspiraciones marcadas por la precariedad estructural y las reconvierten en autoexigencia meritocrática. Por tanto, la exclusión deja de leerse como efecto de desigualdades históricas y pasa a interpretarse como falta de esfuerzo, de innovación o de resiliencia personal. Desnaturalizar este “sentido común” permite evidenciar su carácter histórico y desigual, clave para analizar subjetividades juveniles atravesadas por exigencias de rendimiento imposible y por procesos de culpabilización del fracaso.

Esta dinámica fundamenta las experiencias de juventudes excluidas, donde libertad se vive como deber de éxito y transgresión como escape desesperado a la colonización marketizada del deseo.

En redes sociales, el deseo se traduce en visibilidad cuantificable —seguidores, likes— que genera valor económico y emocional. La identidad deviene proyecto estético-comercial: ser visto es existir, los vínculos se instrumentalizan y las emociones se gestionan como recursos. Este agotamiento no es patológico individual, sino efecto estructural de demandas vitales insostenibles.

Fisher (2009) lo llama colonización del deseo: se estimula anhelar éxito, belleza y productividad, convirtiendo frustración —distancia entre aspiración marketizada y realidad precaria— en afecto central. Mientras que, Han (2012) lo lee como autoagresión: el “yo puedo” ilimitado colapsa en “ya no puedo” generalizado, con depresión y en términos contemporáneos *burnout*, como síntomas de economía libidinal agotadora.

En juventudes atravesadas por contextos de precarización estructural, la cultura digital promete reconocimiento inmediato y visibilidad como formas de existencia simbólica, al mismo tiempo que restringe de manera material las posibilidades de integración social. A diferencia de juventudes situadas en contextos con mayor protección institucional, donde el fracaso del ideal de rendimiento tiende a psicologizarse, en América Latina este fracaso suele traducirse en exclusión persistente, criminalización o estigmatización social.

Interpretando desde la lógica deleuziana, estas prácticas pueden pensarse no como simples reacciones a la pobreza, sino como intentos —a veces frágiles, a veces violentos— de fuga frente a una captura neoliberal del deseo que orienta aspiraciones, afectos y proyectos de vida hacia el éxito competitivo. Tal como desarrollan Gilles Deleuze y Félix Guattari en *El Anti-Edipo* (1985), el deseo no es carencia y su bloqueo sistemático genera salidas que no siempre adoptan formas socialmente aceptadas.

Bajo este enfoque, la deriva hacia la visibilidad efímera, la transgresión normativa o el delito no remite a una patología moral del sujeto juvenil, sino a un proceso de moralización del fracaso social, donde la imposibilidad estructural de cumplir con el mandato de éxito se reinterpreta como falla ética individual. Desnaturalizar esta economía del deseo frustrado permite comprender estas trayectorias no como desviaciones personales, sino como respuestas situadas a un orden social que promete realización mientras distribuye precariedad, culpa y exclusión.

1.2. La construcción del deseo en la lógica del consumo

I. Deseo como carencia

Jacques Lacan afirma en su texto *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*: "El deseo humano es el deseo del Otro" (Lacan, 1989, pág. 243), definiéndolo como falta estructural. Deleuze y Guattari reconfiguran esta idea, pues "el deseo produce intrínsecamente un imaginario que dobla a la realidad" (1985, pág. 33).

En contextos neoliberales, sin embargo, esta fuerza no opera libremente: queda orientada por las exigencias del mercado, el rendimiento y la competencia, de modo que los jóvenes pueden ejercer creatividad o resistencia, pero siempre dentro de los límites que impone el *homo oeconomicus*. En la tradición psicoanalítica —particularmente en Freud y Lacan— el deseo se define como una falta estructural: un impulso que surge ante la ausencia de un objeto imposible de alcanzar. El sujeto desea porque algo le falta, y el deseo se mantiene vivo precisamente en

esa búsqueda inacabable. Bajo esta lógica, el deseo se representa como un vacío que nunca se llena del todo, una carencia que orienta la acción (Lacan, 1989).

Deleuze y Guattari (1985) cuestionan radicalmente la concepción lacaniana del deseo como carencia. Señalan: “El deseo concebido de esta forma como producción, pero producción de fantasmas, ha sido perfectamente expuesto por el psicoanálisis. [...] El deseo aparece como lo que produce el fantasma y se produce a sí mismo separándose del objeto” (Deleuze & Guattari, 1985, pág. 33). De esta manera, el deseo no busca llenar un vacío ni esperar un objeto que lo complete, sino que está constantemente generando conexiones, vínculos y posibilidades. Es una fuerza productiva que arma mundos, crea realidades y potencia proyectos sociales y políticos, aunque bajo contextos neoliberales su capacidad de autonomía queda mediada por las exigencias del mercado y la lógica del rendimiento. Por ejemplo, cuando alguien forma una banda, participa en una toma de colegio o incluso fantasea con una vida distinta mientras navega por redes sociales, no está intentando colmar una ausencia, sino poner algo a funcionar: generar imágenes, proyectos, sentidos compartidos. El deseo se manifiesta como producción social antes que como experiencia individual de carencia.

Esta diferencia es fundamental para comprender el capitalismo contemporáneo. Si el deseo fuera solo falta, bastaría con fabricar objetos que prometan llenarla. Pero si el deseo es productivo, el capitalismo necesita capturar y redirigir esa potencia creadora, orientándola hacia la compra de mercancías, la búsqueda de visibilidad y la competencia individual. Como advierten Deleuze y Guattari (1985), el sistema capitalista no reprime el deseo, sino que lo canaliza, lo administra, convirtiéndolo en energía útil para su propia expansión. Además, sostienen que el capitalismo realiza un doble movimiento frente al deseo.

En primer lugar, descodifica las viejas estructuras que lo organizaban —la familia patriarcal, la moral religiosa, las comunidades tradicionales— liberando flujos e impulsos antes contenidos. Pero de inmediato, recodifica esa energía bajo una forma unificadora: la del dinero y la mercancía. El capitalismo libera el deseo para luego capturarlo, orientándolo hacia su propio circuito de producción y consumo.

En la vida cotidiana, este proceso se vuelve evidente. Los deseos de transformación, de autonomía o de reconocimiento que surgen en los sujetos —particularmente en los jóvenes— podrían orientarse hacia múltiples direcciones: la acción política, el arte, los vínculos solidarios o la creación colectiva. Sin embargo, el sistema ofrece una vía privilegiada y legitimada para

canalizarlos: el consumo. La promesa es constante y seductora: “si tienes la ropa más cara, el celular de último año, el auto más nuevo o viajaste a otro país, serás alguien”. A partir de esto, el deseo se modela según los objetos y las imágenes que el mercado dispone, reduciéndose a la búsqueda incesante de pertenencia a través de lo que se posee o se muestra.

Desde la perspectiva de Fisher (2009), este profundiza esta idea al afirmar que el capitalismo contemporáneo ya no vende productos, sino fantasías. Cada mercancía viene acompañada de una narrativa: no se compra una prenda, sino el estilo de vida, la escena o el reconocimiento social que promete. El deseo se adhiere menos al objeto en sí que a la imagen que lo envuelve. De esta manera, el consumo produce sujetos que desean vivir dentro de esas imágenes, aun cuando las condiciones materiales para alcanzarlas sean inaccesibles.

Las plataformas digitales son un ejemplo paradigmático de esta captura. El diseño del “*scroll* infinito” en redes como *Instagram* o *TikTok* está pensado para mantener el deseo en circulación permanente: un flujo continuo de cuerpos, viajes, objetos y experiencias que nunca se agota. Ninguna de esas imágenes llena realmente la falta que evocan; su función es mantener al sujeto en movimiento, comparándose y deseando aquello que no tiene. Como señalan Deleuze y Guattari (1985), el capitalismo no busca reprimir el deseo, sino mantenerlo productivo y orientado, siempre dispuesto a consumir.

Deleuze y Guattari advierten que “El Estado capitalista es el regulador de los flujos descodificados como tales, en tanto que son tomados en la axiomática del capital.” (1985, pág. 259). De ese modo, no se trata de una negación, sino de una captura: el deseo se mercantiliza y se vuelve funcional al sistema, lo que explica la potencia de mi enfoque en la idea de captura antes que en la prohibición.

En síntesis, el capitalismo captura la potencia creadora del deseo y la reconfigura como energía económica. Su eficacia radica en transformar el impulso vital por vivir y crear en la necesidad de adquirir, mostrar y pertenecer. Esta dinámica será central para comprender, en los apartados siguientes, cómo el neoliberalismo fabrica subjetividades deseantes permanentemente insatisfechas, cuya búsqueda de reconocimiento se despliega dentro —y a veces contra— la lógica del consumo.

II. Economía libidinal: cuando el consumo seduce más que el sexo

Mark Fisher (2009) retoma la dimensión libidinal del capitalismo para describir cómo el sistema opera sobre deseos, afectos y fantasías de las personas. Aquí se incluye el sexo porque, culturalmente, se suele asumir como el placer máximo y un indicador central de bienestar y realización personal. No se limita a regular salarios o precios, sino que modela la imaginación de lo que consideramos una vida deseable. Publicidad, videoclips, series, videojuegos e influencers despliegan un mismo ideal de éxito: joven, atractivo, visible y rodeado de objetos. El consumo se convierte así en el escenario donde se representa la plenitud y la pertenencia social.

Esta economía afectiva produce imágenes tan intensas que muchas veces seducen más que los vínculos reales. El sexo, la amistad o el amor comienzan a competir con sus versiones hiperproducidas en redes: cuerpos filtrados, parejas perfectas, fiestas interminables. Frente a esas representaciones, un encuentro cara a cara —con sus silencios, imperfecciones y límites— puede parecer insuficiente. La industria cultural reemplaza la experiencia vivida por su simulacro cuidadosamente editado. No se trata, por tanto, de afirmar que “la juventud solo quiere consumir”, sino de reconocer que el deseo está siendo dirigido y administrado. Existe una maquinaria cultural que orienta la sensación de estar vivo hacia la lógica de mostrar, acumular y compartir. Así mismo, Fisher (2009) advierte que la cultura pop, antes espacio de resistencia, ha sido absorbida por el mercado: ya no ofrece vías de fuga, sino tutoriales de cómo desear dentro del capitalismo. Como mencionamos anteriormente, en este régimen, el deseo ya no es un impulso creativo, sino una energía programada para reproducir el consumo y la visibilidad.

III. La lógica del objeto-marca: tener es ser

Según lo expuesto por Dardot y Laval (2013), señalan que el neoliberalismo convierte todos los ámbitos de la vida en capital simbólico. Los objetos dejan de ser cosas útiles para transformarse en marcas: signos de valor y distinción. No se compra simplemente un celular, sino el último iPhone; no unas zapatillas, sino el modelo Nike; no un automóvil, sino el que aparece en el videoclip. En esta lógica, tener se vuelve sinónimo de ser: la identidad se construye a través de lo visible y lo poseído.

Esta dinámica se hace especialmente evidente entre juventudes urbanas y populares, donde el objeto-marca cumple una función de reconocimiento dentro de espacios de interacción social

como el colegio, las poblaciones o las redes sociales. Tener la marca “correcta” no es solo una cuestión estética o de lujo, sino un marcador social que define inclusión o exclusión, es decir, un marcador que define quién pertenece y quién queda fuera del contexto social. Quien llega con ropa falsificada o sin los objetos esperados es interpretado por sus pares como alguien con menor estatus o legitimidad en el grupo, será “visto de otro modo” a partir de los signos visibles que posee, más que por sus cualidades personales.

La marca actúa como contraseña simbólica que otorga legitimidad y respeto dentro de determinados grupos. Desde esta perspectiva, los llamados “robos de marca” adquieren otro sentido. A menudo no se roba por necesidad material, sino por acceso simbólico: se buscan zapatillas, casacas o teléfonos que permitan participar de un mundo constantemente exhibido en redes, pero inaccesible en la práctica. No se roba solo para tener algo, sino para ser alguien en un entorno donde la visibilidad define el valor social.

En muchas poblaciones circulan verdaderos “combos de pertenencia”: cierto tipo de zapatilla, corte de pelo, celular o música. No disponer de esos elementos no es solo una diferencia de gusto, sino una forma de quedar fuera de los códigos compartidos. El objeto-marca funciona entonces como llave de inclusión y signo de existencia, condensando el deseo de reconocimiento que el neoliberalismo asocia al consumo y a la apariencia.

Fisher (2009) argumenta que bajo el realismo capitalista las estructuras culturales, políticas y subjetivas hacen parecer inevitable el capitalismo y limitan la imaginación de alternativas. En este sentido, la frustración del deseo no aparece como un accidente del mercado, sino como parte constitutiva de una lógica que mantiene al capitalismo funcionando: mantener el deseo siempre activo y orientado hacia nuevas metas y consumos, sin permitir su satisfacción completa. En las juventudes contemporáneas, especialmente en los sectores populares, esta dinámica se traduce en una doble presión: un deseo hiperestimulado por los medios y las redes, y la imposibilidad material de realizarlo. Esa brecha genera emociones ambiguas —rabia, vergüenza, sensación de fracaso— pero también estrategias creativas para buscar acceso por otras vías. El problema no radica en desear, sino en que el deseo ha sido socialmente construido hacia aquello que resulta estructuralmente inalcanzable.

En muchos contextos, una de las salidas ante ese bloqueo es la economía informal o incluso el delito. No solo como reacción a la pobreza, sino como estrategia simbólica de inclusión. No se trata de justificar esas prácticas, sino de reconocer que expresan un deseo fabricado socialmente

y luego negado por las vías legítimas. El neoliberalismo promete movilidad a través del esfuerzo individual, pero restringe estructuralmente las posibilidades de cumplimiento.

Diversos análisis han observado fenómenos similares bajo la idea de narcocultura o cultura del delito como ascenso. Las figuras del “narco exitoso”, del “flaite vio” o del trapero que salió de la nada y ostenta riqueza funcionan como contra-modelos de éxito.

No son simples desviaciones morales, sino respuestas a una promesa neoliberal incumplida. Interpretarlas únicamente como fallas individuales resulta insuficiente, ya que las narrativas del narco exitoso o del ascenso a través del delito emergen en un contexto donde el neoliberalismo instala una promesa generalizada de éxito basada en el mérito. Cuando esa promesa se vuelve estructuralmente inaccesible para amplios sectores, especialmente jóvenes excluidos, la transgresión puede aparecer como una vía alternativa de reconocimiento y movilidad. Más que anomalías morales aisladas, estas prácticas deben entenderse como respuestas a una estructura social que produce deseo de éxito y, al mismo tiempo, bloquea sistemáticamente sus vías legítimas de realización. Se promete éxito por mérito, pero se visibiliza con mayor fuerza a quien “llega” por la vía rápida, la transgresión o la ostentación, condensando la frustración de un deseo socialmente inducido y persistentemente frustrado.

El deseo constituye uno de los territorios centrales del poder neoliberal. Si el sistema logra orientar lo que las personas desean hacia lo que puede ofrecer —consumo, marcas, visibilidad individual— y desactivar otros posibles objetos del deseo —tiempo libre, comunidad, justicia, proyectos colectivos—, logra reproducirse sin necesidad de represión directa. En palabras de Deleuze (1996) que encontramos en *Postscriptum sobre las sociedades de control*, el deseo es el lugar donde se juega la obediencia más profunda: “hacer que la gente desee su propia dominación”.

Sin embargo, ese mismo campo es también un espacio de disputa y de fuga. Los deseos nunca son completamente domesticados. Entre las juventudes emergen prácticas que desbordan la lógica neoliberal: jóvenes que usan las redes no solo para exhibirse, sino para organizarse, denunciar o crear arte políticamente incómodo; otros que encuentran satisfacción no en consumir, sino en hacer, compartir y sostener formas de cooperación y pertenencia que desbordan la lógica competitiva del sujeto neoliberal. Incluso dentro de los márgenes del sistema, aparecen microresistencias donde el deseo se reorienta hacia la cooperación y la expresión colectiva como colectivos de muralismo urbano que denuncian desigualdad, bandas de hip hop

y rap que visibilizan problemáticas sociales, campañas en redes que organizan apoyo comunitario, o espacios de trueque y cultura compartida en los barrios populares.

Los aportes teóricos de Gilles Deleuze y Félix Guattari permiten comprender el deseo no como una fuerza reprimida, sino como algo activamente producido y canalizado por el capitalismo hacia el consumo, el reconocimiento y la acumulación. En esta línea, Mark Fisher muestra cómo el capitalismo contemporáneo configura subjetividades atravesadas por la ansiedad, la presión por rendir y la sensación constante de fracaso individual. Desde este marco conceptual, es posible interpretar ciertas experiencias recurrentes en la vida cotidiana contemporánea, como la angustia de “no llegar”, la obsesión por las marcas, la necesidad permanente de mostrarse y la rabia que emerge de sentirse excluido.

No se trata de patologizar a los jóvenes —es decir, de tratarlos como si su comportamiento o deseos fueran síntomas de una enfermedad o defecto— sino de entender cómo se construye lo que desean, qué mundo se les promete y qué puertas se cierran cuando intentan acceder a él. El deseo, lejos de ser un impulso íntimo o natural, se revela como un campo político donde se cruzan poder, frustración y posibilidad de resistencia.

En este sentido, como plantea Mark Fisher citando a Fredric Jameson, “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (2009, pág. 9). Esto significa que el neoliberalismo no solo bloquea el acceso a ciertos bienes o condiciones materiales, sino el horizonte mismo de lo imaginable. De este modo, los deseos y aspiraciones tienden a organizarse dentro de los límites del propio sistema, lo que contribuye a la naturalización del orden presente incluso entre quienes experimentan sus efectos de exclusión.

1.3. La producción de subjetividades neoliberales

I. Del sujeto ciudadano al sujeto-empresa

Hablar de subjetividad neoliberal implica analizar cómo el sistema moldea las formas en que las personas se piensan, se valoran y se gobiernan a sí mismas. En la modernidad, el ideal dominante era el del ciudadano: un sujeto de derechos, inserto en una comunidad política, capaz de organizarse colectivamente y reclamar al Estado. En cambio, bajo la racionalidad neoliberal, ese ideal se sustituye por el sujeto-empresa, un individuo concebido como proyecto personal que debe funcionar, rendir y destacarse (Foucault, 2007).

Esta transformación se manifiesta en prácticas cotidianas: ya no basta con “tener un trabajo”, sino “desarrollar una carrera”, “potenciar el perfil” o “crear una marca personal” en redes sociales. La educación se redefine como inversión en capital humano: cada título, curso o habilidad no se valora por su aporte al conocimiento o al bienestar colectivo, sino por su capacidad de incrementar la empleabilidad y la rentabilidad individual. Esta lógica genera presiones concretas sobre los jóvenes: la necesidad de acumular certificaciones y competencias produce estrés y ansiedad, mientras quienes no pueden costear cursos o experiencias se enfrentan a exclusión y precariedad laboral.

Esta concepción de la educación como inversión en capital humano tiene consecuencias sociales profundas. Al trasladar la responsabilidad del éxito al individuo, el neoliberalismo oculta las desigualdades estructurales que condicionan el acceso a oportunidades reales. No todos los sujetos cuentan con los mismos recursos económicos, culturales o simbólicos para invertir en su formación, sostener trayectorias prolongadas de estudio o acumular credenciales valoradas por el mercado. El sistema evalúa a todos bajo los mismos criterios de rendimiento, produciendo una presión constante por certificarse, actualizarse y competir, incluso en contextos de precariedad laboral. De esta perspectiva, la promesa de movilidad y mejora personal convive con una realidad marcada por la exclusión y la inestabilidad: quienes no logran “invertir” lo suficiente en sí mismos no solo quedan relegados del mercado, sino que son responsabilizados moralmente por su posición, como si el fracaso fuese una falla individual y no el efecto de un orden social profundamente desigual. Byung-Chul Han (2012) describe la sociedad del rendimiento: uno se explota a sí mismo", siendo "prisionero y celador, víctima y verdugo, a la vez" (pág. 48). Esta dinámica genera una fragmentación afectiva, donde la visibilidad reemplaza a la identidad y el rendimiento al sentido, dejando a la persona atrapada en una economía del deseo constante y autoimpuesta.

Foucault utiliza el concepto de “tecnologías del yo” para referirse a prácticas que “permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta o modo de ser, con el fin de transformarse a sí mismos.” (Foucault, 2008, pág. 48). En su origen, estas prácticas —como la escritura, la meditación, la confesión o el trabajo sobre los hábitos— estaban vinculadas al cuidado de sí y al autogobierno, es decir, a formas de relación consigo mismo orientadas a la reflexión y la libertad. Sin embargo, en el contexto neoliberal, estas tecnologías se reconfiguran

progresivamente como instrumentos de ajuste, en los que la transformación de sí deja de estar orientada al bienestar o a la autonomía y pasa a medirse según criterios de eficiencia y rendimiento.

Programas de mindfulness, aplicaciones de productividad, cursos de “gestión del tiempo” o talleres de “liderazgo personal” se presentan como estrategias de bienestar, pero con frecuencia actúan como mecanismos de adaptación al exceso. No se invita a cuestionar por qué el sistema exige tanto, sino a aprender a soportarlo mejor. Se medita no para estar en paz, sino para rendir más sin romperse; se entrena el cuerpo no por placer, sino para mantener su “valor” frente al ideal físico dominante; se organiza la agenda no para ganar tiempo libre, sino para incorporar más tareas en el mismo día.

El mensaje implícito es claro: si te sientes agotado o fracasado, el problema eres tú. Las tecnologías del yo se transforman en tecnologías de control cuando dejan de abrir espacios de libertad y se convierten en herramientas de autoexplotación voluntaria. El sujeto neoliberal se gobierna a sí mismo según las normas del mercado, confundiendo autocuidado con productividad.

II. Subjetividad fragmentada: el yo como multiplicidad

En este escenario, el “yo” deja de ser una identidad estable y coherente. La subjetividad neoliberal se fragmenta en múltiples perfiles y roles que se activan según el contexto: el de Instagram, el de LinkedIn, el de TikTok, el de la universidad, el del trabajo, el de la familia. Cada uno requiere un tono, una estética, una pequeña “marca personal”. El yo se transforma en un mosaico de versiones ajustadas a distintos públicos, todas sometidas a comparación y evaluación constante.

Esta multiplicidad, que podría ser fuente de riqueza y flexibilidad, se convierte en una carga. Cada versión del sujeto se percibe como insuficiente: el estudiante debería ser mejor alumno; el trabajador, más eficiente; el creador de contenido, más original; el cuerpo, más ajustado al ideal; la vida social, más activa. Lo que parecía diversidad se traduce en presión permanente por actualizarse y no quedar atrás. Esta fragmentación no solo multiplica las exigencias, sino que disuelve cualquier punto de estabilidad subjetiva: al no existir un “yo suficiente”, cada desempeño parcial se vive como déficit personal, preparando el terreno para la ansiedad y la culpa.

De allí emergen afectos característicos de la subjetividad neoliberal: ansiedad, culpa, miedo a desaparecer de la escena, sensación de vacío e inestabilidad identitaria. La persona se vuelve hiperactiva hacia afuera —produciendo, mostrando, comparando— e insegura hacia adentro, sin un eje que sostenga la multiplicidad de sus imágenes. Como advierte Han (2012), el sujeto neoliberal “es emprendedor de sí mismo y, a la vez, su propio esclavo”. Esta fragmentación afectiva se inscribe en una economía del deseo donde la visibilidad reemplaza a la identidad y el rendimiento, al sentido.

En la subjetividad neoliberal, ya no se necesita un jefe que grite órdenes: el jefe está adentro. El sujeto se exige solo, prolonga su jornada, responde mensajes fuera del horario laboral, asume más tareas de las que puede y se compara constantemente con quienes “llegan más lejos”. Lo que antes era imposición externa se transforma en autoexigencia voluntaria. Esta autoexplotación tiene una trampa: carece de límite. Cuando el jefe es otro, el abuso puede reconocerse y denunciarse; cuando el jefe es uno mismo, resulta casi imposible detenerlo. Han plantea que “el sujeto de rendimiento se abandona a la libertad obligada [...] Esta [autoexplotación] es mucho más eficaz que la explotación por otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad” (Han, 2012, págs. 31-32). Este desplazamiento facilita la moralización del fracaso y oculta las condiciones estructurales que lo producen, reforzando la idea de que cada individuo es responsable absoluto de su destino. De ahí la expansión de fenómenos como el *burnout*, la ansiedad o las crisis de pánico: señales de un cuerpo que reclama pausa mientras la mente insiste en rendir más.

En un sistema que lo mide todo en términos de productividad y visibilidad, surge una pregunta inevitable: ¿qué ocurre con quienes no llegan? No solo con quienes están desempleados, sino con aquellos que no logran “armar perfil”, seguir el ritmo, adquirir las marcas adecuadas o mantenerse activos en redes. En la subjetividad neoliberal, quienes no logran “rendir” lo suficiente no solo quedan rezagados, sino que internalizan la culpa: el fracaso se convierte en responsabilidad personal, reflejando que lo que enferma no es el exceso de iniciativa, sino el imperativo del rendimiento como nuevo mandato de la sociedad tardomoderna (Han, 2012, pág. 29).

Esta lógica afecta especialmente a las juventudes populares. Quien no estudia, no trabaja y no se muestra en redes se convierte en “problema social”, en un sobrante que el sistema no puede —ni quiere— integrar. Es más fácil etiquetar a los jóvenes como desmotivados que reconocer

las condiciones estructurales que los excluyen. El resultado es una subjetividad dividida entre ganadores hipereixigidos e invisibles descartados, ambos producidos por la misma racionalidad neoliberal: unos se sostienen mediante la autoexplotación; otros cargan con la culpa de no haberse convertido en la empresa de sí que el sistema exige.

Deleuze y Guattari afirman: “Cualquier punto del rizoma puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. [...] En un rizoma, [...] eslabones semióticos de cualquier naturaleza se conectan en él con formas de codificación muy diversas” (2002, pág. 13). Esta conectividad ilimitada caracteriza las subjetividades juveniles rizomáticas. Si bien la biopolítica neoliberal busca capturarlas, en ellas también emergen fugas y resistencias que muestran que el deseo no puede ser totalmente domesticado.

Deleuze y Guattari (2002) describen esta condición bajo la figura del rizoma: una red de conexiones múltiples, sin centro ni jerarquía, donde los flujos de vida se cruzan y se reconfiguran. En las juventudes neoliberales, el yo se vuelve rizomático: combina perfiles de Instagram, trabajos precarios, cursos en línea, proyectos creativos, vínculos afectivos y, en algunos casos, prácticas delictivas o informales. Cada línea se conecta con otras, se corta y se reinicia según la oportunidad o el riesgo.

La biopolítica foucaultiana opera precisamente sobre este rizoma juvenil no a través de instituciones cerradas —como la escuela, la fábrica o la cárcel—, sino mediante formas más difusas y flexibles de gobierno que actúan sobre la conducta. Como señala Foucault, gobernar no se reduce a mandar desde el Estado, sino que implica “las mil maneras, modalidades y posibilidades que existen de guiar a los hombres, dirigir su conducta, constreñir sus acciones y reacciones” (2007, pág. 16). En el contexto neoliberal, estas formas de gobierno se despliegan en el ámbito de lo visible: las redes sociales, las plataformas digitales y los sistemas algorítmicos funcionan como dispositivos que evalúan, jerarquizan y hacen legible la vida, transformando la visibilidad en un criterio central de valor social.

1.4. Exclusión social, precariedad y deseo frustrado

I. La exclusión inclusiva: promesa sin entrega

Como se mencionó anteriormente, Dardot y Laval explican que el sistema neoliberal propone la idea de que todos pueden avanzar, mejorar o alcanzar el éxito. Sin embargo, las condiciones

para lograrlo siguen siendo estructuralmente desiguales: dependen del capital humano, las redes, la educación, el tiempo y la estabilidad emocional.

En contextos de mercado competitivo, el neoliberalismo no cierra puertas, sino que las abre simbólicamente mientras refuerza los filtros materiales. Muestra, en vitrinas mediáticas y digitales, todo lo que hay dentro —viajes, marcas, éxito, visibilidad—, pero exige un rendimiento constante y recursos previos para siquiera intentarlo. En particular, la promesa meritocrática se convierte en una trampa moral: el sistema se presenta como abierto e inclusivo, pero desplaza la responsabilidad del fracaso hacia el individuo, que aparece como único culpable de no haber sabido aprovechar las oportunidades disponibles.

La precariedad no se reduce a la falta de ingresos; es un fenómeno estructural y multidimensional que combina inseguridad económica, laboral, afectiva y simbólica, limitando la posibilidad de proyectarse en el tiempo o participar plenamente en la vida social. Es no poder planificar un día, prometer algo a alguien o proyectar un futuro estable. Es desear sin garantía de que el esfuerzo sirva para algo.

En muchos jóvenes de sectores populares, esta precariedad se experimenta de manera integral: Estudian carreras cortas, pero no consiguen empleo en su área; trabajan en plataformas o empleos esporádicos sin alcanzar lo básico; postergan vínculos afectivos porque “no pueden ofrecer nada”; observan en redes a otros mostrando logros y estabilidad, sintiéndose cada vez más atrás.

Esta forma de precariedad es económica, temporal, afectiva y simbólica: implica falta de recursos, de futuro, de vínculos y de reconocimiento. En este contexto, Sayak Valencia plantea que, dentro de las dinámicas del capitalismo gore, el cuerpo puede convertirse en una forma extrema de mercancía, hasta el punto de que “la destrucción del cuerpo se convierte en sí mismo en el producto, en la mercancía” (2010, págs. 16), evidenciando la vulnerabilidad y exposición de la vida misma en contextos atravesados por la violencia y las lógicas del capital.

II. Deseo frustrado: cuando querer ya no alcanza

El neoliberalismo fabrica deseos expansivos —de éxito, visibilidad, consumo y autosuperación—, pero bloquea estructuralmente las condiciones para satisfacerlos. Como sostiene Fisher (2009), esta frustración no es un error del sistema, sino su motor: el capitalismo

se alimenta de mantener el deseo vivo pero insatisfecho. Si todos accedieran a lo que anhelan, el impulso de consumo se detendría.

El deseo frustrado no desaparece; se acumula, se transforma, se desvía. Entre las juventudes, suele manifestarse en diversas formas de malestar: ansiedad crónica, asociada al *scroll* compulsivo y la búsqueda incesante de lo que falta; comparación tóxica, la sensación de que “todos llegan menos yo”; auto-culpa y auto-desvalorización, vivencias de “algo estoy haciendo mal”; agotamiento, tras múltiples intentos por emprender, estudiar o rendir sin resultados visibles.

Estas emociones expresan una tensión entre el deseo promovido y la realidad bloqueada. Pero también abren paso a otros caminos —a veces creativos, otras riesgosos— para intentar restituir el valor y el reconocimiento negados por el mercado. Será allí donde emergen respuestas como la informalidad, el delito o la estética del exceso, que configuran una economía simbólica alternativa dentro del mismo régimen neoliberal.

El neoliberalismo convierte el malestar colectivo en problema individual. La angustia por no llegar, la ansiedad por competir o la frustración ante la precariedad se interpretan como fallas personales. La respuesta institucional no es política ni estructural, sino terapéutica: ansiolíticos, *mindfulness*, talleres de resiliencia o cursos de “gestión del estrés”. La pregunta deja de ser “¿por qué este sistema empuja a todos al límite?” y se sustituye por “¿por qué tú no aguantas?”.

Siguiendo a Han (2012), el malestar contemporáneo no puede leerse como resultado directo de una opresión externa visible, sino como efecto de una forma de subjetivación que empuja al individuo a exigirse permanentemente. El sujeto del rendimiento se vive a sí mismo como proyecto, responsable absoluto de su éxito o fracaso. En este contexto, el cansancio extremo y la depresión no operan como denuncias de una estructura injusta, sino como fallas personales de adaptación. La medicalización del sufrimiento cumple así una función política precisa: tratar los síntomas individuales sin poner en cuestión las condiciones sociales que los producen.

La *uberización*, entendida como la transformación del trabajo en tareas mediadas por plataformas digitales que conectan directamente a trabajadores y clientes, donde cada acción se evalúa mediante calificaciones, reseñas y *rankings*, ha intensificado la precarización laboral y la exposición constante a la evaluación. Cada entrega, viaje o servicio está sujeto a estas métricas —obtener cinco estrellas no solo garantiza trabajo futuro, sino que define la reputación del trabajador frente al algoritmo—. Esto genera condiciones donde la libertad se transforma en

obligación de rendir, aumentando la ansiedad y el agotamiento. En este contexto, Han (2012) denomina sociedad del cansancio a la situación en la que el exceso de exigencias se internaliza como responsabilidad personal, y el individuo experimenta el estrés y la fatiga como fallas propias.

III. Desvío hacia el crimen: cuando el delito es respuesta

La tensión fundamental se evidencia cuando el deseo construido por el neoliberalismo —ser visible, exitoso, poseer marcas, “llegar”— se enfrenta al muro de la precariedad estructural, algunos jóvenes de sectores vulnerables recurren al delito como una de las pocas estrategias de acceso simbólico. No se trata de una “mala elección moral”, sino de una respuesta racional dentro de un sistema que promete inclusión, pero bloquea el ingreso real.

La noción de “capitalismo gore”, desarrollada por Sayak Valencia (2010), describe un régimen que exhibe cuerpos, violencia y consumo como vías de ascenso. El robo de marcas, la reventa, el microtráfico o la ostentación del trap no expresan únicamente hambre material, sino hambre de visibilidad. En estos actos, el joven busca no solo tener algo, sino ser alguien dentro del imaginario de éxito que el mismo sistema impuso. Son expresiones extremas de participación en una economía donde la violencia, el riesgo y la ostentación también generan valor, reconocimiento y pertenencia.

En este sentido, el robo de un iPhone, unas zapatillas de marca o una cadena no responde tanto a la necesidad económica como al deseo de pertenecer:

1. Entrar al mundo visible (“mostrar que llegué”),
2. Revertir la humillación (“pasar de invisible a protagonista”),
3. Acceder al deseo prometido (“tener lo que todos podían tener”).

En su análisis, Sayak Valencia (2010) sostiene que la violencia genera capital económico. Podríamos analizar que, la criminalidad juvenil chilena puede entenderse como un efecto del deseo frustrado impuesto por el neoliberalismo. La frustración constante frente a las barreras estructurales —no acceder a educación, empleo estable ni a los símbolos de éxito— lleva a algunos jóvenes a buscar salidas delictivas, no desde la maldad, sino como una estrategia de reconocimiento y pertenencia. En este contexto, la narcocultura se convierte en referente: los

sicarios y figuras asociadas al microtráfico funcionan como ídolos juveniles, modelos de prestigio, poder y visibilidad que sustituyen las vías legales de ascenso social. La clase criminal, compuesta por jóvenes precarios, actúa como verdaderos “empresarios gore”: calculan riesgos, generan ganancias y construyen redes de intercambio siguiendo la lógica económica del sistema, pero fuera de la legalidad. En este contexto, Sayak Valencia (2010) denomina *necroempoderamiento* a aquellos “procesos que se apegan a lo señalado anteriormente como empoderamiento pero que los reconfiguran desde prácticas distópicas (como el asesinato y la tortura) para hacerse con el poder y obtener a través de éste enriquecimiento ilícito y autoafirmación perversa” (2010, pág. 148). Dentro del marco del Capitalismo gore la violencia deja de ser solo destrucción y pasa a operar como un recurso económico y simbólico capaz de producir poder, prestigio y acumulación.

El necroempoderamiento refleja cómo la violencia se traduce en hiperconsumo simbólico y material; cada acto violento o delictivo produce valor social, visibilidad y acceso a bienes que el mercado formal les niega. De esta manera, el delito se articula como una forma de participación en la economía del deseo neoliberal, adaptando a los jóvenes excluidos a una lógica de éxito alternativo.

Duschatzky & Corea (2020) describen cómo, en contextos de precarización y debilitamiento institucional, muchos jóvenes construyen formas de reconocimiento y pertenencia en torno a prácticas que se desarrollan en los márgenes de la legalidad. Una lectura similar aparece en ¿Quién lleva la gorra? (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014), donde el delito aparece ligado a estrategias de visibilidad y afirmación en contextos de exclusión.

En algunas poblaciones, la obtención visible de ciertos bienes —zapatillas de marca, celular o cadenas— funciona como signo inmediato de éxito. Esta lógica puede leerse como el reverso del ideal del emprendedor promovido por el discurso neoliberal: ambos comparten una misma aspiración de reconocimiento y ascenso social, aunque difieren en sus condiciones de acceso. Mientras uno alcanza esos bienes mediante capital económico o educativo, el otro puede apropiarse de ellos por vías ilegales. El delito deja entonces de aparecer como una irracionalidad y se presenta como una forma extrema de afirmación de existencia dentro de un sistema que excluye simbólicamente a quienes no pueden consumir.

Rossana Reguillo (2000) en su libro *Emergencia de culturas juveniles* sostiene que las juventudes populares latinoamericanas no constituyen “el futuro de la nación”, sino el espacio

donde se ponen a prueba —y se revelan— las contradicciones del modelo neoliberal. No se trata solo de exclusión material, sino de una operación más compleja: se les inculca el deseo de movilidad, reconocimiento y éxito, mientras se les niegan sistemáticamente las condiciones reales para alcanzarlos. En este sentido, las juventudes funcionan como un laboratorio del deseo frustrado y como zonas de sacrificio del orden social.

La noción de Reguillo (2000) advierte que, en un contexto de globalización que tiende a la homogeneización, las juventudes se ven expuestas a una intensa circulación de imágenes, estilos de vida y promesas de consumo que amplifican el deseo y la comparación permanente. Sin embargo, allí donde la economía y la política “formales” fracasan en su incorporación efectiva, emergen otras formas de pertenencia y de acción colectiva. Como señala la autora, es en ese vacío donde “se fortalecen los sentidos de pertenencia y se configura un actor ‘político’, a través de un conjunto de prácticas culturales, cuyo sentido no se agota en una lógica de mercado” (Reguillo, 2000, pág. 28).

Estas prácticas culturales —las “chapuzas” como menciona Reguillo, la inversión de normas, la apropiación ambigua de los símbolos del consumo— no deben leerse como simples desviaciones o expresiones estéticas superficiales. Constituyen, más bien, formas de repolitización desde fuera: modos de intervenir en un orden que ha cerrado sus canales institucionales de participación. Al no encontrar reconocimiento ni futuro en las vías legítimas, los jóvenes reutilizan los códigos del propio sistema —marcas, dinero, violencia, visibilidad— para producir identidad, pertenencia y estatus. Sin embargo, esta repolitización no adopta necesariamente las formas clásicas de la acción política. Al realizarse en un contexto de precariedad estructural y exclusión sostenida, tiende a expresarse de manera tensa, ambigua y, en muchos casos, violenta. La violencia no aparece aquí como simple transgresión moral, sino como lenguaje disponible: una forma extrema de hacerse visible, de disputar respeto y de acceder simbólicamente a aquello que el mercado promete, pero niega. En este punto, el consumo deja de ser solo aspiración y se convierte en criterio de valor social; la capacidad de exhibirlo —aunque sea por vías ilegales— opera como marca de existencia.

El resultado es una juventud atrapada entre la hiperproducción de deseo y la imposibilidad de acceso real. Cuando el mundo prometido se revela inaccesible por medios legales, el delito, la informalidad o la estética del exceso emergen como estrategias de reconocimiento y supervivencia simbólica. No porque falten valores o normas, sino porque el propio sistema

produce sujetos que desean intensamente aquello de lo que son estructuralmente excluidos. En ese sentido, la juventud actúa como espejo extremo del neoliberalismo: el lugar donde sus promesas se vuelven insostenibles y donde su violencia latente se hace visible.

1.5. Juventudes y subjetividades neoliberales: entre la promesa y la exclusión

I. Juventudes, Precariedad y Prácticas de Resistencia

En su estudio, Reguillo afirma que: “Los jóvenes periféricos se estigmatizan como "violento, vago, ladrón, drogadicto, malviviente y asesino" (2000, pág. 156). Esto refuerza el imaginario del "enemigo interno" al que reprimir, transfiriendo responsabilidades de la inseguridad a los jóvenes pobres sin contexto sociopolítico (Reguillo, Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto, 2000, pág. 156)”. El neoliberalismo crea deseo frustrado y criminaliza a los jóvenes como amenaza existencial.

Se trata de una politicidad que no busca representación formal ni acumulación económica, sino que emerge como disputa por la visibilidad, el reconocimiento y la pertenencia en contextos donde las vías legítimas de integración han sido clausuradas. Conforme a esta perspectiva, la repolitización juvenil no niega el lenguaje del mercado, sino que lo reutiliza de forma desviada, mostrando que incluso las lógicas empresariales del neoliberalismo pueden convertirse en terreno de disputa política cuando las promesas de inclusión se revelan inaccesibles.

En este sentido, Rossana Reguillo (2000) sostiene que las juventudes populares ya no encarnan el “futuro esperanzado de la nación”, sino que se han convertido en uno de los principales campos de batalla simbólicos del neoliberalismo. Son el territorio donde se ensayan dispositivos de control mediales, tecnológicos y culturales, pero también donde surgen formas de resistencia que repolitizan lo social desde fuera del orden institucional, mediante prácticas culturales ambivalentes que reapropian, distorsionan y tensionan los códigos del consumo dominante.

Como precisa la propia Reguillo, esta repolitización no se produce en el marco de la política institucional, sino que emerge desde prácticas culturales situadas en los márgenes del orden formal: “los jóvenes repolitizan la política desde fuera, sirviéndose para ello de los propios símbolos de la llamada sociedad de consumo” (Reguillo, Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto, 2000, pág. 28). Estas prácticas no constituyen necesariamente proyectos políticos organizados, sino formas ambivalentes de intervención simbólica que

disputan reconocimiento, pertenencia y visibilidad en contextos donde otras vías de inclusión han sido bloqueadas.

¿Por qué las juventudes? Porque son el grupo social más expuesto a una triple presión estructural: Sobreestimulación del deseo: redes sociales permanentes, cultura pop hipersexualizada e influencers que encarnan estilos de vida inalcanzables.

Precariedad laboral extrema: trabajos sin derechos, freelance, empleos informales o plataformas que presentan la explotación como flexibilidad.

Presión simbólica máxima: necesidad de mostrarse, construir una marca personal y mantener visibilidad constante para ser reconocido.

Las juventudes funcionan, así como laboratorio del neoliberalismo, donde se prueba la eficacia del control sin coerción: si una generación entera aprende a autoexplotarse voluntariamente, el sistema asegura su reproducción a largo plazo. Como sostiene Fisher (2009), la dominación contemporánea se consolida cuando la libertad y el rendimiento se confunden.

Las resistencias juveniles no se agotan en el consumo ni en la narcocultura, sino que emergen como prácticas de disputa simbólica y de exigencia política. Por ejemplo, las tomas de liceos como la del Instituto Nacional y el Liceo de Aplicación en Santiago en 2022, que trascendieron la demanda por mejores recursos para reclamar ser escuchados y por condiciones educativas más dignas. Los feminismos juveniles, tal como se vio en las movilizaciones del 8M en Valparaíso y Santiago, han cuestionado abiertamente la lógica de la “marca corporal”, denunciando la presión por estetizar el cuerpo femenino como un requisito de visibilidad rentable. En el campo de la cultura, el rap político de artistas como Portavoz o Movimiento Original utiliza las mismas plataformas mediáticas que el espectáculo comercial, pero para denunciar desigualdades, violencia y exclusión social desde los márgenes. Y en espacios más comunitarios, proyectos como Ecoaldea la Bella en lugares como Rari, Región del Maule.

Estas experiencias constituyen resistencias micropolíticas, donde el deseo se orienta hacia la creación colectiva, el cuidado mutuo y la denuncia del orden dominante, más que hacia la competencia individual. No obstante, suelen ser criminalizadas con el mismo impulso moral que se aplica a actos delictivos: una toma estudiantil se etiqueta como “vandalismo”, un mural político como “daño a la propiedad”, y una marcha como “desorden público”. Esta criminalización homogeneiza prácticas muy distintas bajo una lectura de amenaza, evidenciando

que el sistema tiende a responder con la misma lógica punitiva tanto a la protesta social legítima como al delito individual.

Como advierte Reguillo (2000), las juventudes populares se han convertido en zona de sacrificio del neoliberalismo. Son quienes más intensamente desean, quienes más duramente son precarizados y quienes más rápidamente son culpabilizados. En ellas, el sistema concentra la tensión entre promesa y exclusión: se las invita a soñar con el éxito, pero se las condena a la inestabilidad estructural.

Sin embargo, esas mismas juventudes son también zona de fuga. Allí donde el neoliberalismo produce cuerpos agotados y deseos frustrados, emergen nuevas formas de vida, creatividad y cooperación. Los jóvenes no son meras víctimas pasivas ni delincuentes natos, sino sujetos complejos que navegan entre la precariedad y la invención, entre la frustración y la potencia. Sus prácticas —ya sean artísticas, políticas o incluso transgresoras— evidencian líneas de fuga rizomáticas (Deleuze & Guattari, 2002), que desbordan los dispositivos de control y abren posibilidades de existencia no previstas por el sistema.

La articulación entre biopolítica —la manera en que los sistemas de poder gestionan la vida, la salud y el comportamiento de los individuos— y el rizoma —la noción de Deleuze y Guattari de conexiones no jerárquicas y múltiples rutas de acción— ofrece las herramientas para leer estas subjetividades juveniles. Permite observar cómo los jóvenes son simultáneamente capturados por estructuras de control (precariedad, meritocracia, vigilancia mediática) y cómo generan líneas de fuga: prácticas creativas, culturales o comunitarias que se organizan de manera no lineal, rizomática, y que desafían los órdenes establecidos.

Deleuze y Guattari subrayan que “Se produce una ruptura, se traza una línea de fuga, pero siempre existe el riesgo de que reaparezcan en ella organizaciones que reestratifican el conjunto” (Deleuze & Guattari, 2002, pág. 15). Las mismas configuraciones que producen subjetividades precarizadas contienen, al mismo tiempo, la posibilidad de reorientar el deseo hacia prácticas colectivas y no meramente consumistas.

II. Subjetividades neoliberales y estrategias juveniles de ascenso

El discurso neoliberal exalta al “joven emprendedor” como ideal de autonomía y éxito. Se celebra la iniciativa personal, la resiliencia y la autogestión, presentando la precariedad como

oportunidad. Esta aparente autonomía es, en realidad, una forma encubierta de dependencia estructural, se ofrece libertad mientras se retiran las condiciones materiales que la harían posible. Esta paradoja se expresa con nitidez en trayectorias juveniles concretas, como la siguiente:

Joven de 19 años:

- Trabaja 12 horas como repartidor.
 - Estudia a distancia para mejorar su perfil.
 - “Emprende” vendiendo ropa por Instagram.
 - No tiene obra social ni estabilidad.
 - Vive encadenando tres trabajos precarios.
- X No puede planificar su vida más allá de una semana.

A este joven se le dice “sé tu propio jefe”, pero en realidad depende de algoritmos, clientes y plataformas que determinan su visibilidad y su ingreso. La “autonomía” se transforma en obligación de autogestión, y el emprendimiento, en una nueva forma de autoexplotación. Fisher (2009) señala que el realismo capitalista funciona como un marco que configura no solo lo que se experimenta como posible, sino incluso lo que se puede desear. El mandato emprendedor no solo organiza prácticas laborales, sino también el horizonte mismo de expectativas juveniles.

La transición entre estudiar, trabajar y alcanzar estabilidad se ha diluido. Hoy, muchos jóvenes se enfrentan a un ciclo de precariedad permanente: realizan pasantías sin remuneración bajo la promesa de “hacer experiencia”; trabajan para plataformas sin derechos laborales; producen contenidos gratuitos con la esperanza de viralizarse; estudian carreras costosas que ya no garantizan inserción profesional.

La secuencia tradicional —estudiante → trabajador → adulto estable— se rompe. En su lugar aparece el eterno precario: estudia mientras trabaja, trabaja mientras emprende, emprende mientras busca “algo mejor”.

La cultura popular, lejos de constituir un espacio de fuga, se ha convertido en un manual simbólico del ascenso neoliberal. Series, videoclips y redes reproducen la misma narrativa: “si eres astuto, puedes subir”. En productos culturales globales como *Élite* o *Euphoria*, y en expresiones locales como la música urbana chilena, se encarna la promesa de éxito inmediato, visible y sin mediaciones institucionales. Mientras las producciones globales ofrecen modelos

de ascenso aspiracionales, las expresiones locales —como el trap chileno— muestran cómo la misma narrativa se adapta a contextos concretos de precariedad juvenil.

Este tipo de discurso no es simplemente “mala influencia”, sino respuesta cultural a una promesa neoliberal rota. El mensaje es claro: el mérito ya no garantiza nada; la visibilidad sí. El trap y las narrativas del ascenso rápido expresan la frustración de una generación que comprendió que “el que llegó” no fue quien estudió, sino quien supo mostrarse. Desde esta perspectiva analítica, la cultura popular traduce el deseo bloqueado en deseo de espectáculo: ser visto equivale a existir.

Valencia (2010) nos explica un régimen en que la violencia y el consumo se entrelazan como estética de poder. El narcotraficante o el delincuente exitoso no impresiona solo por su capacidad de transgredir la ley, sino por su hipervisibilidad: motos de agua en la piscina, leopardos como mascotas, fajos de billetes en redes, fiestas multitudinarias. El exceso se convierte en signo de triunfo.

Valencia observa: "No es casual que el narcotráfico constituya actualmente la industria más grande del mundo [...], ni que el narcotráfico mismo sea uno de los más fieles representantes del capitalismo gore" (2010, pág. 20). No se trata de glorificar ni demonizar, sino de entender por qué estos modelos resultan verosímiles y deseables en contextos de exclusión.

Para el joven de sectores populares, estas figuras funcionan como contra-modelos de éxito. Si el sistema le prometió ascenso mediante estudio y esfuerzo, pero observa que quienes “llegan” lo hacen por vías informales o ilícitas, el mensaje implícito es contundente, podría decirse que no alcanza con hacer lo correcto; hay que ser visto. El narco se convierte en una especie de influencer armado, una figura que condensa deseo, visibilidad y poder.

El robo selectivo de marcas, la reventa de objetos de lujo o la ostentación en redes no son actos irracionales: son formas simbólicas de afirmación. Buscan revertir la humillación de la invisibilidad, apropiarse de los signos del éxito que el sistema promete, pero niega. En este sentido, el delito aparece como performance de llegada, una forma de hacer visible lo que el orden legal mantiene oculto: que la promesa meritocrática no alcanza para todos.

CAPÍTULO 2: CRIMINALIDAD, NEOLIBERALISMO Y JUVENTUD

Introducción

La conexión entre la juventud y la criminalidad en el contexto neoliberal radica en la transformación de las relaciones sociales y económicas analizadas en el Capítulo 1. Los jóvenes enfrentan un sistema que promete acceso ilimitado al éxito individual vía consumo y autoemprendimiento, pero que en la práctica genera expulsión estructural y deseo frustrado (Deleuze & Guattari, 2002). Esta fractura produce "emergencias culturales" (Reguillo, 2000), –bandas, grupos territoriales– que funcionan como refugios identitarios y resistencia simbólica frente a la invisibilidad social.

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) en el libro *¿Quién lleva la gorra?* documenta cómo estas agrupaciones juveniles ofrecen pertenencia donde el Estado ha abandonado sus funciones protectoras, convirtiéndose en espacios de "familia política sustituta" ante la precariedad laboral y educativa. La criminalidad juvenil no solo refleja carencias materiales, sino también un rechazo simbólico a un orden social que valora exclusivamente el éxito individual y consumista. Esta tensión se amplifica a través de estéticas culturales como el trap chileno, un género musical que mezcla ritmos urbanos con letras que narran la precariedad, la violencia y la aspiración al consumo ostentoso. En estas narrativas, la violencia y el exceso no son solo hechos cotidianos, sino símbolos de visibilidad y poder, formas de “hiperconsumo aspiracional” donde ser visto y reconocido adquiere un valor equivalente al éxito material.

Esta lógica se manifiesta incluso entre quienes están estructuralmente excluidos del acceso a recursos y oportunidades: internalizan el mandato de ‘ser su propia empresa’, maximizar su valor personal y rendir constantemente, aun cuando el sistema les niega medios materiales o sociales para alcanzar el éxito.

2.1. Impacto del capitalismo en las juventudes contemporáneas

El neoliberalismo chileno produce en las juventudes un horizonte temporal colapsado, donde el estribillo "no habrá futuro" –documentado por Reguillo (2000)– se convierte en experiencia vivida que estructura la subjetividad juvenil contemporánea, más allá de cualquier queja generacional contingente. Este vacío prospectivo resuena directamente con el realismo capitalista teorizado por Fisher, quien afirma: "El capitalismo no solo es el único sistema

económico viable, sino que es imposible incluso imaginarle una alternativa" (2009, pág. 13). La juventud, tradicionalmente concebida como etapa transicional de inversión social estatal (educación formal, inserción familiar progresiva, empleo estable), muta bajo el neoliberalismo en un presente perpetuo anclado al consumo inmediato: ocio mercantilizado por industrias culturales, drogas como anestesia individual del desencanto colectivo, y tecnologías que capturan la atención en circuitos infinitos de gratificación efímera.

Reguillo (2000) teoriza esta condición como emergencia cultural juvenil, entendida no como patología desviada sino como producción inventiva de territorialidades, lenguajes y estéticas ante el colapso institucional. Los jóvenes son posicionados simultáneamente como "problema social" –responsables de violencia urbana, tráfico de drogas y desorden público– mientras el poder económico neoliberal los manipula sistemáticamente apelando a su "inocencia" y "enorme nobleza" como nicho de consumo privilegiado. Las instituciones estatales, incapaces de garantizar educación de calidad o empleo formal digno, legitiman la exclusión estructural: crecimiento exponencial del desempleo juvenil, economía informal como modo precario de supervivencia diaria, y un sistema educativo estatal que reproduce desigualdades de clase en lugar de mitigarlas.

Paradójicamente, esta pobreza contemporánea neoliberal permite un acceso aparente a bienes simbólicos (televisores inteligentes, celulares de última generación) que exacerban la fractura aspiracional: según observaciones populares antes tenían menos cosas y pasaban más hambre; hoy la gente pobre puede tener TV y celulares en sus casas que cuestan más que la casa. Este hiperconsumo precario –visibilidad ostentosa sin movilidad social real– genera una tensión ontológica específica de las juventudes neoliberales: la promesa universal de éxito individual vía consumo choca contra la expulsión material, configurando un deseo estructurado, pero no satisfecho que Deleuze y Guattari (1973) identificarían como motor principal de las mutaciones subjetivas más peligrosas.

El análisis de Reguillo (2000) permite pensar una biopolítica del consumo como mediación fundamental entre las lógicas del capital y la producción de identidades juveniles: el mercado reconfigura estas identidades a través de marcas globalizadas (Nike, Adidas) que funcionan como "objetos-símbolo-identidad", dispositivos que prometen simultáneamente poder simbólico, pertenencia grupal y diferenciación estatus en un universo donde "el consumo sirve para pensar" (Reguillo, 2000, pág. 71). Retomando a Martín-Barbero, la autora señala la

necesidad de deconstruir el discurso que ha estigmatizado a los jóvenes empobrecidos como responsables del deterioro social y la violencia.

La autora advierte que la preocupación social no se orienta tanto a comprender las transformaciones que viven los jóvenes, sino a su supuesta participación como agentes de inseguridad, lo que evidencia una mirada moralizante y securitaria hacia ellos (Reguillo, 2000, pág. 46). Con la consolidación del neoliberalismo, los jóvenes comenzaron a ser representados como “responsables” de la violencia urbana, desmovilizados por el consumo y las drogas, factores que los volvieron visibles como “problema social” (Reguillo, 2000, pág. 20). Esta interpretación se inscribe en una lógica de control simbólico, donde la exclusión estructural se traduce en culpa individual y se legitiman políticas de seguridad que criminalizan la pobreza. Asimismo, sostiene que la categoría “joven” constituye un universo social cambiante y discontinuo, resultado de una tensión entre las representaciones socioculturales impuestas y las apropiaciones subjetivas que los propios jóvenes realizan a partir de los esquemas culturales vigentes (Reguillo, 2000, pág. 50). Tomando en cuenta lo anterior, la figura del joven se convierte en un nodo donde confluyen las tensiones entre mercado, cultura y control social, expresando las contradicciones del orden neoliberal.

Desde observaciones empíricas y conversaciones informales que tuve con jóvenes involucrados en delitos, surgieron relatos que ilustran la fractura estructural que viven bajo el neoliberalismo. Un joven comentaba sobre su entorno familiar: “Padres separados, delincuencia, abandono, papás presos. Malas amistades”, describiendo las dificultades desde la infancia. Otro señalaba sobre su población: “Mi pobla era mala... mucha delincuencia y drogas”, evidenciando el impacto del entorno en su vida cotidiana.

Este mismo joven también compartió cómo perciben las oportunidades educativas y laborales: “Estudí en el colegio, liceo, internado... pero por la distancia y las dificultades para estudiar no pude seguir una carrera técnica agrícola”. Estas experiencias muestran la paradoja central: incluso cuando existen oportunidades formales, el contexto social y económico puede empujar a optar por vías de supervivencia alternativas, incluyendo conductas delictivas.

Este contexto nos permite esclarecer que, en ocasiones, la educación formal –aunque accesible– no opera aislada de su ecosistema social destructor. La biopolítica del consumo exacerba esta dinámica: mientras el joven aspira legítimamente a movilidad social vía educación técnica, el

entorno inmediato (banda, drogas, familia criminalizada) ofrece gratificación inmediata vía delito, reforzando la "carrera del consumo" ilícita sobre la vía institucional lenta y precaria.

En esta misma línea, Reguillo problematiza la experiencia juvenil neoliberal a partir de una pregunta constitutiva: “¿Cómo viven, experimentan e interpretan un mundo con conflictos, enfrentando la paradoja de una globalización?”. Esta globalización opera como dispositivo doble: posiciona a los jóvenes como sujetos privilegiados de consumo dentro de las industrias culturales globalizadas (*streaming* musical, moda rápida, celulares) y, al mismo tiempo, como objetos de control social mediados por discursos jurídicos y políticas securitarias. En este sentido, la autora sostiene que los jóvenes adquieren visibilidad social como actores diferenciados a través de la articulación entre dispositivos de socialización, discursos jurídicos, industrias culturales y dominios tecnológicos propios de la globalización (Reguillo, *Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto*, 2000, págs. 50-51).

De ahí que sea posible interrogar cómo la banalización del mercado y la impotencia derivada de la imposibilidad de acceder a ciertos bienes impulsan, en contextos pauperizados, estrategias orientadas a dotar de sentido la carrera sin fin del consumo. Tales procesos pueden pensarse en términos de una biopolítica del consumo, entendida como la clasificación disciplinaria de los cuerpos juveniles mediante su acceso —o exclusión— a determinados bienes materiales y simbólicos.

La tesis central de Reguillo radica en que el "joven" no constituye categoría natural ni biológica, sino construcción social dinámica que emerge de acuerdos culturales e institucionales específicos: Donde "Joven: Es un concepto en proceso de reconfiguración (recomposición) en las categorías (sistema de clasificación social) que son producto del acuerdo social y productores del mundo. Esto forma una construcción social". Esta formulación significa que "joven" no designa un estadio universal de la existencia humana, sino una clasificación histórica contingente que las sociedades producen activamente para organizar temporalidades, responsabilidades y derechos. Los jóvenes mismos participan en esta producción: sus prácticas culturales (música urbana, estéticas periféricas, ocupaciones espaciales) reconstruyen permanentemente las fronteras de esa categoría, tensionando los límites impuestos desde arriba. La juventud adquiere así un "carácter dinámico y discontinuo" que desafía definiciones estáticas: no transita linealmente de infancia a adultez, sino que se vincula sistémicamente a través de posicionamientos diferenciados. Reguillo distingue dos polos: "Incorporados (escuela, laboral,

religioso, cultural)" —aquellos que transitan legítimamente por las instituciones normalizadoras— frente a "Disidentes (no incorporación a los esquemas culturales dominante)", jóvenes que rechazan o son expulsados de esas vías oficiales, generando emergencias culturales (bandas, ritos callejeros, estéticas marginales) que redefinen el ser-joven desde los márgenes. Esta distinción no moraliza: los disidentes no son "fallidos", sino productores activos de contracategorías juveniles que evidencian las grietas del orden neoliberal.

La biopolítica del consumo coordina estos procesos: estructura activamente los imaginarios juveniles sobre pertenencia grupal y diferenciación estatus (Reguillo, 2000). Marcas globalizadas y plataformas digitales operan como dispositivos de clasificación social: los jóvenes se identifican con iguales consumistas y se diferencian de adultos mediante códigos estéticos precisos. Esta dinámica genera "comunidades imaginarias" (Reguillo, Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto, 2000, pág. 82) que funcionan como refugios identitarios ante la precariedad estructural.

La mundialización cultural acelera esta reconfiguración: "Mundialización de la cultura por vía de las industrias culturales. Medios de comunicación. Súper tecnologías de información. Triunfo del discurso neoliberal. Exaltación del individualismo". Internet y comunicación inmediata erosionan la legitimidad institucional tradicional: los jóvenes derivan programas de acción desde fuentes culturales de credibilidad alternativa (trap glorificador vs. rap crítico, influencers aspiracionales vs. discursos políticos desacreditados), configurando una percepción fragmentada del mundo donde política, espacio y futuro colapsan en redes de consumo ubicuo. El cuerpo juvenil se biopolitiza integralmente. Siguiendo a Foucault (2007), la biopolítica se refiere al modo en que el poder moderno regula y administra la vida de las poblaciones, actuando sobre la salud, los cuerpos, la educación y las conductas. En el contexto neoliberal, esta regulación adopta formas concretas: la pobreza modela cuerpos "ingobernables", el consumo compulsivo los mercantiliza y la moral pública los criminaliza (Reguillo, 2000, pág. 79). La pobreza neoliberal opera, así como molde corporal que produce fenotipos sociales inmediatamente legibles como amenaza, donde la pobreza define oportunidades y cancela expectativas. En consecuencia, la visibilidad corporal juvenil —vestimenta funcional, tatuajes territoriales, gestos de desafío— se convierte en signo de peligro, legitimando su contención estatal como parte de un control biopolítico permanente.

La pobreza es culturalmente asociada a una supuesta disposición hacia la violencia (Reguillo, Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto, 2000), esta modelación materializa exclusión en carne visible: vestimenta deportiva funcional, tatuajes territoriales, posturas de desafío que el imaginario colectivo descifra como "disposición violenta inherente", independientemente de conductas efectivas.

El imaginario securitario cristaliza esta semiología mortal: "... ha colocado el ojo del huracán a los jóvenes de los sectores populares. "Tolerancia cero" [...] para combatir el pequeño crimen, bajo el supuesto de quien rompe una ventana o hace un graffiti es capaz de volar un edificio en pedazos... (Reguillo, 2000, pág. 155). El joven en sectores marginales equivale a peligroso/droga/violento/delincuente, ecuación que legitima "Tolerancia cero" como política racional. Este "enemigo interno" no es figura retórica: designa al joven pobre como anomalía estructural del tejido social neoliberal, habitante legítimo del territorio nacional que debe ser contenido preventivamente para preservar espacios consumistas seguros.

Este proceso activa ciclos reproductivos perfectos: estigmatización → refugio en "malas amistades" que confirman profecía social → barrios donde delincuencia se naturaliza como supervivencia → familias con presos que codifican intergeneracionalmente.

La biopolítica del consumo clausura el porvenir al transformar el deseo en rotación infinita de signos: las promesas de redención simbólica se vuelven inaccesibles, desplazando el deseo hacia economías ilícitas. Considerando esta dinámica, el "no habrá futuro" neoliberal se traduce en "no hay lugar" para ciertos cuerpos. Pero precisamente esos cuerpos, territorializados y capturados, devienen el espacio donde el futuro se reconfigura como exceso no gobernable, es decir, incluso cuando el futuro se clausura, el deseo continúa produciendo porvenir — no el futuro prometido por el mercado, sino otros modos de habitar el tiempo.

2.2. La juventud frente al sistema neoliberal: aspiraciones, limitaciones y estrategias

I. Fractura aspiracional: promesa neoliberal vs. expulsión estructural

Dardot y Laval (2018) en su texto *El ser neoliberal*, conceptualizan el neoliberalismo no como ideología política contingente, sino como racionalidad gubernamental generalizada: "racionalidad política cuyo efecto es llevar lo más lejos posible esta extensión de la lógica del valor, es decir, del 'más de', del 'más de valor'" (pág. 51). Esta lógica totalizante produce el

"hombre empresarial" —figura antropologizada del capital— que internaliza la optimización permanente de su existencia como deber ético ineludible, incluso en condiciones de expulsión social absoluta. Los jóvenes chilenos de sectores populares asumen plenamente esta promesa subjetivadora: "¿Qué significaba para ti 'salir adelante' o 'tener éxito'? Tener una estabilidad. Buen trabajo. Familia estable... Casita, campo, animales, auto, familia". Sin embargo, uno de los jóvenes con los que conversé reconoce la contradicción estructural: "Si no faltara el dinero no hubiera hecho esas cosas", revelando que la aspiración neoliberal colisiona contra la ausencia material de medios legítimos.

Silvia Duschatzky y Cristina Corea (2020) en su libro *Chicos en Banda*, teorizan la expulsión social como fractura constitutiva del neoliberalismo: los expulsados no son "excluidos" con esperanza de retorno, sino sujetos estructuralmente necesarios para funcionamiento del orden neoliberal. Esta expulsión produce "nuda vida" (Agamben) donde el mercado reemplaza al Estado: la promesa de satisfacción ya no pasa por ciudadanía, sino por consumo directo objeto-deseo. Desde una lógica neoliberal, según Dardot y Laval, no solo constituye un modelo económico, sino una racionalidad que reconfigura profundamente la subjetividad. En consecuencia, el neoliberalismo captura la potencia creativa del deseo y la redirige hacia la posesión de objetos, transformando su capacidad de relación en una lógica de consumo. Esta lógica, centrada en la autosuficiencia y el rendimiento, redefine la búsqueda de realización personal en términos de competencia y acumulación.

Como señalan Dardot y Laval, "el capitalismo tienta al individuo consumidor con cierta forma de ilimitación. Para el proletario se trata finalmente, a través del hecho de consumir cada vez más, de la posibilidad de convertirse él mismo en un capitalista" (2018, pp. 30-31). A partir de esto, el sistema promete una forma de libertad y ascenso individual que en realidad refuerza la dependencia del sujeto respecto del mercado y de los objetos que lo sostienen simbólicamente. Esta fractura aspiracional genera una tensión ontológica específica de las juventudes neoliberales: el "hombre empresarial" —expulsado de los circuitos legítimos del capital pero funcionalmente integrado a su lógica— continúa optimizando racionalmente su existencia, reorientando los flujos deseantes hacia economías ilícitas que reproducen el imperativo del "más de valor". En los relatos analizados se percibe una interiorización parcial de la ética neoliberal, donde el trabajo formal y el delito aparecen como estrategias alternadas frente al bloqueo de oportunidades legítimas.

II. Deseo estructurado: Deleuze-Guattari y capitalismo deseante

Deleuze y Guattari (1985), en su análisis del capitalismo como formación deseante, explican cómo este no suprime el deseo humano sino que lo codifica sistemáticamente en flujos mercantiles productivos: "el capitalismo tiene fundamento antropológico en un sentido muy preciso del término: se basa en un régimen de ficciones que concierne, en primer lugar, al ser humano mismo" (Dardot & Laval, 2018, pág. 27). El capitalismo no reprime la libido humana; la organiza como fuerza de trabajo, consumo y acumulación, generando un deseo estructurado que promete satisfacción universal pero estructuralmente la frustra. Los jóvenes expulsados del pacto social no renuncian a esta maquinaria deseante internalizada: la reterritorializan en economías ilícitas como única vía disponible para capturar flujos de valor. Entre estas conversaciones surgió la pregunta "¿Qué te llevó a cometer tu primer delito?" a lo que uno de los jóvenes respondió: "La necesidad de tener dinero... A los 13 años". Este testimonio en particular, sugiere que el delito primerizo no emerge de un impulso narcisista o de ostentación individual, sino de una necesidad económica inmediata, vinculada al sostenimiento familiar.

Reguillo como ya ha planteado la biopolítica del consumo actúa como dispositivo de clasificación disciplinaria de los cuerpos juveniles a través del acceso y frecuentación de bienes simbólicos (Reguillo, Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto, 2000, pág. 86).

Las marcas globalizadas y la música urbana chilena no son accesorios culturales secundarios: funcionan como dispositivos de estructuración aspiracional que codifican el deseo juvenil en códigos legibles por el mercado ilícito. En estos discursos juveniles se advierte una admiración por modelos que encarnan esta lógica deleuziana de descodificación y recodificación del deseo, donde la potencia creativa se canaliza hacia la producción de valor dentro del sistema.

Esta reterritorialización deseante opera mediante modelos mixtos: figuras empresariales globales (Apple, Facebook) se combinan con íconos criminales redimidos, por ejemplo, el cantante Anuel AA después de estar en la cárcel, produciendo un imaginario aspiracional híbrido donde el delito aparece como etapa instrumental hacia éxito legítimo. Deleuze y Guattari (1973) anticipan esta dinámica: el capitalismo descodifica flujos deseantes (rompe lazos tradicionales) para recodificarlos mercantilmente, aunque siempre deja líneas de fuga residuales. En los jóvenes expulsados, tales líneas no derivan en una revolución utópica, sino que se

reterritorializan en lo que denomino empresas ilícitas rizomáticas: redes flexibles y no jerárquicas de robo, tráfico o extorsión que reproducen, desde los márgenes, la lógica neoliberal del “más de valor”. Estas “empresas” no aluden a una organización formal, sino a la apropiación marginal del ethos empresarial —eficiencia, riesgo, acumulación— en contextos de precariedad estructural.

El deseo estructurado no desaparece en la expulsión; se reorienta hacia la única acumulación posible, transformando bandas territoriales en proto-empresas criminales que reproducen lógicamente la racionalidad neoliberal desde sus márgenes.

En las periferias urbanas, el robo trasciende la mera necesidad económica y se configura como una optimización existencial mediada por dinámicas grupales, según el libro *Chicos en banda* (Duschatzky & Corea, 2020). Los jóvenes no actúan por impulsos aislados, sino que convierten el delito en una "experiencia grupal" que les permite conquistar un lugar en el colectivo y romper la inercia cotidiana. Esta lógica transforma el riesgo ilícito en una forma de agencia: “hacer algo” les brinda la ilusión de decidir sobre sus vidas, sustituyendo la pasividad periférica por una acción compartida que genera sentido.

El “robo”, frente a la dilución de ofertas asociativas de índole cultural, política o social, motoriza la grupalidad. “Ellos están en la esquina con los amigos, van en el auto y asaltan, sale todo pulenta hasta que llega. El ‘choreo’ es uno de los códigos de socialización en los escenarios que frecuentan los jóvenes” (Duschatzky & Corea, 2020, págs. 51-52).

Aunque esta descripción surge del contexto argentino, la experiencia chilena comparte raíces estructurales similares. Como plantea Gabriel Salazar (*Ser niño “huacho” en la historia de Chile* (siglo XIX) , 2007), la figura del niño huacho constituye el sustrato histórico de una infancia y juventud precarizadas, huérfanas de Estado y de familia, que han debido forjar sus propios sistemas de pertenencia y autoridad. Desde esa genealogía, la “banda” puede leerse como una actualización contemporánea de esas formas históricas de autoorganización y supervivencia popular.

Mientras, *Chicos en banda* (Duschatzky & Corea, 2020) revelan cómo la grupalidad juvenil emerge como respuesta al abandono estatal en Argentina, Salazar (2007) muestra que en Chile esa orfandad social tiene raíces históricas profundas en la condición del huacho, figura que sigue marcando las formas de pertenencia y autoridad en la marginalidad contemporánea.

Esta grupalidad se materializa en alianzas electivas que sustituyen familias fallidas, generando una autoridad situacional donde la experiencia produce valores como el "aguante": "se trata de una autoridad situacional que surge de los lazos de alianzas que, a diferencia de los familiares, son electivos" (Duschatzky & Corea, 2020, pág. 61). Aquí, el líder impone reglas eficaces para "habitar la situación", priorizando no delatar o resistir, legitimados por su utilidad en cárceles y calles: "Los valores surgen del seno de la experiencia y su fuente de legitimidad es la eficacia que producen para habitar un conjunto de circunstancias" (Duschatzky & Corea, 2020, pág. 61). Entre las conversaciones se observa esta dinámica, contrastándola con la racionalidad neoliberal individualista. Los jóvenes describen robos planeados colectivamente —"mis primeros robos fueron con amigos"; "hartos de los delitos que hice los maquineamos con los panas"; "a veces un compañero tira una idea como talla, pero terminamos haciéndola, sobre todo si estamos drogaos" —, donde "las amistades influyeron en los delitos que cometí" y "a veces los panas pasan a ser la familia que no estuvo, son mis hermanos". Teóricamente, esto subvierte el cálculo neoliberal de riesgos/beneficios solitario: la banda no optimiza solo capital personal, sino existencia compartida, donde la "talla" espontánea o el "aguante" grupal genera agencia situacional frente a barreras estructurales. En mi lectura, esta optimización híbrida —racional pero experiencial— revela cómo la marginalidad neoliberal engendra no emprendedores aislados, sino fraternidades que reclaman potencia colectiva, es decir, una capacidad de actuar y sostener la vida en común aun desde los márgenes del sistema.

III. Violencia como sustrato subjetivo: de accidente a nueva socialidad

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) conceptualiza la violencia en tres registros: como sustrato cotidiano que impregna la vida periférica, como accidente excepcional que irrumpe en lo ordinario, y como nueva forma de socialidad que reconfigura lazos humanos. Esta progresión surge de la erosión de autoridades tradicionales en escuelas y familias, que han perdido potencia simbólica, generando un "sujeto fragmentado" incapaz de reconocerse en el otro como límite. La indiferenciación de roles familiares —padre, madre, hijos— despoja al sujeto de lazos definitorios, canalizando pulsiones violentas hacia cuerpos ajenos: la violencia se materializa corporalmente porque el otro deja de percibirse como semejante.

Mis conversaciones informales con jóvenes involucrados en prácticas delictivas confirman una desubjetivación temprana marcada por trayectorias reiteradas: delincuencia desde edades

precoces, abandono parental, padres separados o encarcelados, y socialización en barrios saturados de drogas y violencia. Estas experiencias, vividas desde la infancia, configuran un vacío estructural donde la banda emerge como una “familia política sustituta”, con códigos de pertenencia más estables que el individualismo neoliberal siempre contingente. En este marco, la violencia no se organiza desde la lógica del sujeto individual, sino desde una racionalidad colectiva específica: “gatillar es fácil porque el terreno es de bandas (no de ‘bandos’) [...] ‘yo’ es ‘otros’. Las bandas exorcizan, expían, des-responsabilizan (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014, pág. 28). La banda ofrece así una autoridad experiencial —el aguante compartido— que recompone, aunque de modo violento, la fragmentación subjetiva producida por la expulsión social. Desde esta perspectiva, la violencia juvenil no puede leerse como patología ni desvío moral, sino como una forma de biopolítica invertida: el neoliberalismo expulsa cuerpos y deseos hacia periferias donde se produce una nueva socialidad bandálica, solidaria pero letal, que subvierte la figura del *homo oeconomicus* aislado. Como señalan Colectivo Juguetes Perdidos, esta violencia opera además como una “pedagogía cruel”, fijando roles y anticipando destinos posibles en ausencia de otras mediaciones sociales legítimas (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014, pág. 112).

La experiencia carcelaria modula el arrepentimiento no como ruptura ética, sino como cálculo neoliberal refinado: reflexiones como “el dinero fácil es menos aprovechado que el dinero honrado y trabajo honrado; el tiempo perdido no se recupera” afirma uno de los jóvenes con los que interactué, esto podría revelar una internalización del “hombre económico”, donde el delito se rechaza por ineficiente, no por inhumano.

La lógica de la banda —“trabajando en un empleo digno... si no, voy a emprender”; “quiero tener mucha plata”; “voy a tener mi propio imperio”; “es de vicio generar tu propia plata, no andar pidiéndole a los papitos”; “hay que ser empresario” son frases que sostenían en estas conversaciones varios de los jóvenes— esto refleja la internalización de una racionalidad mercantilizada, donde la cárcel funciona como corrección sin cuestionar la ontología capitalista. Sayak Valencia (2010) ofrece un cierre teórico fundamental al mostrar que el capitalismo gore opera mediante una destrucción corporal paralela a la acumulación de capital, donde la violencia se hiperespecializa como racionalidad instrumental desprovista de tabúes morales. En este escenario, los jóvenes de las periferias se configuran, como plantea Reguillo (2021), en

“necromáquinas” precarias que optimizan su existencia letal dentro de economías ilícitas que extraen un “plus de valor” de cuerpos desechables.

Esta lógica gore articula la racionalidad neoliberal individual —donde la cárcel opera como empresa correctiva— con una grupalidad de banda (Duschatzky & Corea, 2020), revelando que la marginalidad chilena no constituye una simple falla del sistema, sino un motor biopolítico. En este marco, las instituciones “fallidas” no reinsertan, sino que expulsan sujetos hacia formas de necroempoderamiento, donde la reflexión carcelaria simula redención, pero reproduce una ontología mercantil del yo. De ello se desprende que las políticas juveniles deben orientarse a desarticular esta subjetividad gore, superando el enfoque punitivo que refuerza la lógica neoliberal del castigo.

2.3. Los jóvenes como sujetos de la nueva configuración de la criminalidad neoliberal

I. Mutación ontológica: de emergencias culturales a necromáquinas empresariales

Reguillo (2000) conceptualiza las emergencias culturales juveniles como irrupciones vitales, refugios identitarios ante el colapso institucional en América Latina posdictatorial. En contextos como el Chile neoliberal post-1990, estas emergencias mutan radicalmente: las bandas territoriales, inicialmente refugios reactivos, devienen necromáquinas empresariales —dispositivos rizomáticos (Deleuze & Guattari, 2002) que resucitan la vida precaria mediante redes ilícitas descentralizadas. Como señala Reguillo, con la llegada de la necromáquina, emerge “un aparato empresarial que no solamente produce muerte, sino —lo más terrible— procesos de socialización, formas de entender el mundo” (Reguillo, 2021, pág. 11). Este dispositivo no se limita a la aniquilación, sino que “busca instaurar un orden de control y también de ofertas de sentido y pertenencia” (Reguillo, 2021, pág. 12), configurando una gramática donde “la normalización de los efectos de la violencia se ha convertido en la gramática que organiza hablas, imágenes y narrativas” (Reguillo, 2021, págs. 12-13).

Uno de los efectos de esta expansión es la fractalización del crimen organizado, que según Reguillo “refiere al estallamiento de los grupos y a la formación de ensamblajes a distinta escala que imitan —como fractales— la estructura básica de un grupo del crimen organizado; este es simultáneamente flujo y corte de energía que va creando estructuras y nuevos ensamblajes” (Reguillo, 2021, pág. 23). En contraste con la narcomáquina —“que remite a un cálculo racional

de riesgo y ganancia”—, la necromáquina representa “la disolución absoluta de la vida en un estado de urgencia constante” (Reguillo, 2021, pág. 24).

En el neoliberalismo, la oportunidad deja de ser una posibilidad contingente para convertirse en una obligación estructural. Como plantean Dardot y Laval (2013), el sujeto neoliberal es interpelado a concebirse como una empresa de sí mismo, un capital que debe gestionarse y rentabilizarse en todo momento. Esta racionalidad convierte cada ámbito de la vida —el trabajo, las relaciones, el ocio e incluso la carencia— en un terreno donde se espera producir valor. La exclusión y la precariedad, lejos de ser vistas como fallas del sistema, se resignifican como desafíos que pueden y deben ser aprovechados. En términos conceptuales, la “oportunidad” no es una apertura real, sino un mandato que impone la autoexplotación y la competencia permanente.

Los jóvenes marginados del circuito laboral formal internalizan esa exigencia de productividad: buscan convertir la falta de empleo, la pobreza o la exclusión en espacios donde también sea posible “emprender”. La criminalidad se inscribe entonces en la misma gramática del neoliberalismo, no como ruptura, sino como su extensión lógica: un modo alternativo de “hacer empresa” cuando el acceso a la economía legal está vedado. De esta manera, el delito aparece como una oportunidad ilícita, una forma de responder al mandato de rendimiento cuando las vías legítimas de ascenso económico han sido bloqueadas.

En contextos urbanos como Santiago, esta mutación adquiere materialidad en economías ilícitas de pequeña escala —los “puntos” de narco— que no responden a jerarquías piramidales, sino a redes rizomáticas de cooperación y vigilancia. Estos microdispositivos expresan la lógica necromáquina: optimizar la precariedad como oportunidad de ingreso y pertenencia en la sombra del mercado formal.

La familia nuclear se desvanece, cediendo al grupo bandálico como autoridad moral primaria. Byung-Chul Han (2012) complementa: en la “sociedad del cansancio”, el autoexplotador neoliberal fatiga lazos tradicionales, pero estas necromáquinas restauran agencia vía estética delictiva —tatuajes, fierros, trap como Jordan 23. Teóricamente, la banda no resiste, sino produce subjetividad emprendedora en expulsión.

II. Bandas como familia política sustituta

La fragmentación de los lazos tradicionales en el Chile neoliberal —producto de la precarización, el desempleo y la pérdida de referentes comunitarios— genera un vacío afectivo y moral que las bandas terminan por ocupar. En los relatos de los jóvenes entrevistados, la ausencia de figuras parentales y la falta de oportunidades institucionales aparecen como detonantes de una búsqueda de pertenencia. En ese escenario, la banda se configura no como una patología social, sino como una familia política sustituta, una forma de comunidad electiva que ofrece protección, reconocimiento y sentido de justicia.

Como muestra el texto *Chicos en Banda* (Duschatzky & Corea, 2020), estas agrupaciones funcionan mediante reglas internas que organizan la convivencia y definen la pertenencia: “Los ritos de situación —tal como denominamos a los ritos que se producen en circunstancias de mercado, de un devenir temporal aleatorio e imprevisible—, el otro es el próximo, no el semejante. Es decir, el otro no se instituye a partir de la ley estatal sino a partir de las regulaciones grupales” (Duschatzky & Corea, 2020, pp. 41-42). En este marco, el respeto y la lealtad se vuelven principios éticos fundamentales: “Qué hay que hacer para pertenecer al grupo, pregunta el investigador. Respetar las reglas, por ejemplo no pegar a las mujeres” (Duschatzky & Corea, 2020, pág. 60).

La banda, por tanto, reemplaza los vínculos rotos de la familia y del Estado, construyendo un orden moral propio. Sus normas y códigos no solo orientan las prácticas cotidianas, sino que establecen los límites del bien y del mal dentro del grupo. Romper esas reglas tiene consecuencias simbólicas y sociales más severas que infringir las leyes institucionales, porque el castigo proviene de los pares y amenaza la pertenencia misma, así la banda funciona como uno solo: “Cuando tenemos líos nos defendemos entre nosotros, no importa lo que nos hagan siempre nos defendemos entre todos” (Duschatzky & Corea, 2020, pág. 60).

En la música urbana contemporánea, la representación de la “amistad” o “la banda” aparece como un código de pertenencia simbólica entre pares que funciona como alternativa frente a la exclusión institucional. En la canción “Amigos en las buenas, amigos en las malas”, Kendo Kaponi representa explícitamente la lealtad y permanencia de vínculos afectivos y grupales más allá de las condiciones personales o sociales lo que resulta útil para comparar con los relatos de los jóvenes entrevistados acerca de la lealtad y códigos de pertenencia, así como del modo en que se acercan a la calle y a estas agrupaciones.

Deleuze y Guattari oponen la “máquina de guerra” (*war machine*) al Estado: el primero organiza, jerarquiza y controla mediante estructuras arbóreas; la segunda es móvil, nómada y sin centro fijo, adoptando una forma rizomática. Al decir que “la banda *war-machinea* contra el Estado”, se señala que las bandas juveniles operan como ensamblajes rizomáticos —sin jerarquía rígida ni autoridad central—, desafiando el orden estatal no por ideología explícita, sino por su propia lógica de organización descentralizada y movilidad desterritorializante.

III. Desorganización social neoliberal: territorios abandonados como laboratorios criminales

Reguillo (2000) vincula las periferias urbanas con un imaginario punitivo que asocia al joven marginal con peligro, violencia y delincuencia. En el neoliberalismo chileno post-1980 —distinto a desorganización social pre-guerra, centrada en pobreza industrial sin recortes estatales intencionales—, estos "laboratorios criminales" se intensifican por segregación espacial y abandono deliberado del *welfare* estatal. De este modo, la ecuación "joven = droga, peligro, violencia" justifica simbólicamente políticas de tolerancia cero, configurando una biopolítica del enemigo interno que legitima vigilancia y castigo sobre cuerpos periféricos.

Reguillo (2000) ya establece el imaginario punitivo sobre jóvenes periféricos, así que Duschatzky y Corea (2020) lo documentan empíricamente: “Un análisis posible sobre la práctica del ‘choreo’ en las condiciones de existencia en los barrios periféricos podría sugerir que el robo es una ‘opción’ disponible casi naturalizada, al punto de considerarlo en ocasiones una forma de trabajo” (pág. 51). En Santiago, barrios como La Pintana o Puente Alto devienen ecosistemas delictivos donde la economía informal-ilícita suplanta la cohesión perdida.

Las conversaciones nos orientan: “delincuencia desde niños por necesidad”, describiendo robos cotidianos que sostienen la vida en ausencia total de *welfare*. Reguillo (2000) advierte que este proceso genera un ciclo de estigmatización juvenil, donde el etiquetamiento como “peligroso” o “delincuente” refuerza la segregación y convierte las periferias en auténticos laboratorios criminales.

Han (2012) complementa esta lectura al señalar que el neoliberalismo produce fatiga social al disolver la comunidad en competencia individual, pero paradójicamente fomenta solidaridades precarias en torno al delito. Desde este análisis, las periferias funcionan como escenarios de

aprendizaje social, donde se transmiten códigos bandálicos y se reconfigura la pertenencia en clave de resistencia.

En el neoliberalismo chileno, las etiquetas punitivas —"reos juveniles", "narcos de pobla"— cristalizan identidades que terminan por autorrealizarse. Una de las frases de estos jóvenes, destaca lo siguiente: "ahora me ven como un delincuente [...] no ven la persona que hay detrás que quiere esforzarse hasta lograr la meta". El estigma social deviene profecía autocumplida, cerrando un ciclo donde la identidad impuesta se convierte en destino.

Sayak Valencia radicaliza esta lectura en su noción de capitalismo gore, al afirmar que “estamos frente a un capitalismo cuyos efectos son simultáneos en la destrucción de cuerpos y producción de capital, cuya producción se basa en la especulación de los cuerpos como mercancía” (Valencia, 2010, pág. 85). En esta lógica, los jóvenes etiquetados como enemigos internos (Reguillo, 2000) optimizan sus cuerpos como dispositivos letales, transformándose en necromáquinas precarias que generan valor a través del narcotráfico y la violencia performativa. Como advierte Valencia, “el narcotráfico mismo [es] uno de los más fieles representantes del capitalismo gore” (2010, pág. 20), donde la estética sangrienta —tatuajes, armas, marcas corporales— se vuelve mercancía visual y capital simbólico.

El trap chileno reconfigura esta dinámica al mercantilizar la etiqueta: figuras como Jordan 23 o Pablo Chill-E convierten el estigma en consumo aspiracional, transformando la violencia en una marca personal reproducida en TikTok y Spotify. Tal como muestran Duschatzky y Corea (2020), la dilución legal borra la culpa, pero refuerza el sentido de pertenencia al “nosotros” bandálico. Los barrios y las agrupaciones validan este proceso: “etiquetado desde los 13 por choreos”, ilustrando cómo la identidad impuesta impulsa un compromiso total con la necromáquina.

2.4. Criminalidad como respuesta al fracaso estructural

La lógica de mercado en Chile, exacerba la fractura entre metas culturales universalizadas (éxito económico, consumo) y medios legítimos bloqueados para sectores populares. Dardot y Laval (2013) muestran cómo el capitalismo neoliberal impone una "sumisión mediante la tentación del consumo ilimitado", pero restringe el acceso a ese mundo para las periferias.

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) documenta esta racionalidad en los llamados “nuevos barrios” o complejos urbanos —análogos a las periferias chilenas—, donde la “gorra” simboliza

un orden precario que nadie detenta. Ni el Estado, ni la policía, ni los valores familiares logran regular la multiplicidad de informaciones que circulan sobre la seguridad y la amenaza, exponiendo así la fragilidad institucional que atraviesa la vida cotidiana. En este contexto, el robo no surge únicamente como una respuesta a la necesidad material, sino también como una forma de conquista del espacio grupal, un gesto que rompe la inercia vital y reafirma pertenencias en un entorno marcado por el miedo constante al “otro” como posible enemigo. Podemos entender la criminalidad como una respuesta innovadora y racional frente al fracaso estructural del contrato social neoliberal.

En las poblaciones chilenas, el delito se normaliza como cálculo racional donde los beneficios inmediatos superan costos mínimos. Las conversaciones sugieren: "si no faltara el dinero, no hubiera hecho esas cosas", mientras el trabajo formal parece inalcanzable —"no hay pega... los pacos le quitan sus cosas... a uno lo ven con antecedentes y no te contratan"—. La reincidencia se asume inevitable: "¿Crees que te va a costar más por haber estado preso? —Sí". Sus posibilidades se van disminuyendo cada vez más a medida que van entrando al mundo de la criminalidad.

En las poblaciones chilenas, sin embargo, esta desorganización muta hacia ecosistemas barriales complejos, donde múltiples fuerzas conflictivas e informaciones cruzadas producen violencia endémica y miedo como elemento unificador de modos de vida heterogéneos, es decir, en estos barrios distintos actores —como bandas, autoridades, actores económicos y familiares— interactúan y chocan entre sí, mientras circula información contradictoria o confusa que aumenta la incertidumbre. Esto genera una violencia constante y normalizada, y aunque las personas tengan formas de vida muy diferentes, el miedo se convierte en un factor común que atraviesa a toda la comunidad y condiciona cómo viven, se relacionan y sobreviven día a día.

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014, pág. 28) documenta cómo esta lógica se inscribe en lo que denomina monadología lumpen: jóvenes periféricos como unidades aisladas y paranoicas que operan en bandalismo amoral —"nada es personal"—, disolviendo individuo vía fuerza colectiva despersonalizada. Simultáneamente víctimas de exclusión y agentes de resistencia, transforman su entorno mediante sensibilidad bandálica donde la indiferencia colectiva disuelve culpa individual. La "gorra" precaria —ley estatal diluida que nadie asume— desvanece transgresión: dinero inmediato supera trabajo precario; banda ofrece cohesión donde falla familia; respeto territorial prevalece sobre invisibilidad social.

La desorganización social muta hacia ecosistemas barriales complejos, donde múltiples fuerzas conflictivas e informaciones cruzadas producen violencia endémica y miedo como elemento unificador de modos de vida heterogéneos.

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) cartografía estos “nuevos barrios” como escenarios donde la “gorra” —el poder de ordenar la seguridad o la inseguridad— queda disponible para todos, pero inasignable a cualquier institución estatal, policial o familiar. Esta indeterminación expone la precariedad estructural de toda interacción cotidiana.

El libro de Chicos en banda (Duschatzky & Corea, 2020) profundiza esta dinámica al diferenciar expulsión —como producción móvil de subjetividades en situación— de mera exclusión: los jóvenes forman bandas para existir en un contexto donde el Estado se ha replegado ante el mercado, y donde la violencia deja de ser accidente para convertirse en sustrato socializador frente a la impotencia familiar y escolar.

En este terreno emerge el capitalismo gore, el lado B del neoliberalismo, donde el narcotráfico se erige como industria global que acelera la violencia al devaluar la vida. La frase “no hay nada que perder” resume la lógica de una necropolítica que normaliza el gatillo fácil y las muertes justificadas —“algo habrá hecho”—, sobre cuerpos que ya no importan. Los jóvenes, obligados a madurar de forma prematura, buscan escapar de la vida-mula mediante el consumo o el narco; las marcas como Nike o Adidas funcionan como símbolos de rebeldía móvil, aunque en última instancia terminan atrapados en una mercantilización de la existencia, sin ética colectiva ni salida posible.

La necropolítica, se refiere al poder que decide quién puede vivir y quién debe morir, o más ampliamente, quién es expuesto a la muerte o la violencia de manera sistemática. Reguillo (2021) aplica esta idea a los contextos de barrios marginales mostrando cómo los jóvenes de ciertas zonas se encuentran expuestos a riesgos estructurales y violencia constante por parte del Estado, del mercado y de otros actores sociales. En otras palabras, la necropolítica no solo se trata de asesinatos directos, sino de formas de abandono, desprotección y exclusión social que hacen que ciertos grupos —como los jóvenes pobres— estén casi “programados” para enfrentar violencia, marginalidad y muerte simbólica o real. Estos jóvenes viven en ecosistemas barriales donde la violencia, la falta de oportunidades y la precariedad se normalizan, lo que condiciona sus vidas, aspiraciones y formas de relacionarse con el mundo.

Esto se ve reforzado por el miedo como elemento unificador: aunque los jóvenes tengan vidas heterogéneas, todos están atravesados por la amenaza constante, que los convierte en sujetos de una necropolítica cotidiana.

Esta desorganización se enlaza con la monadología lumpen: rechazo al pobre dócil y proliferación de cuerpos paranoicos que defienden propiedades mínimas como si fueran identidades amputadas, expresando así el grado extremo de la subjetivación neoliberal en la periferia.

Reguillo (2000) demuestra que la delincuencia no surge de impulsos innatos, sino que se aprende a través de la socialización en contextos familiares y barriales conflictivos. En las familias periféricas chilenas, esta transmisión intergeneracional se instala desde la infancia mediante el chantaje emocional y un clima familiar bélico, donde el autoritarismo parental daña sentimientos, cuerpos y deseos. El niño aprende así que la violencia es un medio legítimo para ejercer poder, mientras el afecto y la educación quedan desplazados. Cuando ese joven intenta “sobresalir” mediante el estudio o el amor, el entorno lo castiga simbólicamente, empujándolo a buscar respeto y validación en la calle como forma de revancha contra la familia y la sociedad, pues “los jóvenes existen, más allá de las estadísticas que los reducen a un rango de edad, o de los aparatos de vigilancia y control que los reducen a comportamiento. Existen a través de la relación múltiple que una sociedad particular establece con sus miembros; a través de las representaciones que la sociedad elabora sobre los ‘buenos’ y los ‘malos’ jóvenes; existen a través del sistema político-jurídico que les otorga un ‘lugar’ y les demanda unas prácticas; existen, a través del discurso que el mercado elabora sobre y para ellos” (Reguillo, 2000, pág. 96).

La banda aparece entonces como una pedagogía cruel que suple el vacío institucional: un espacio de aprendizaje colectivo donde se internalizan códigos, jerarquías y estrategias de supervivencia, pero bajo una lógica que reproduce la violencia y naturaliza la exposición permanente al daño.

Los ritos de encierro, las fiestas o los carretes operan como instancias de socialización que enseñan a “restar poder a la ley” apropiándola preventivamente: tener calle deja de ser simple experiencia y se convierte en episteme vivida, una forma de conocimiento práctico ajena a la institucionalidad.

En este proceso, las drogas funcionan como aceleradores del aprendizaje corporal: multiplican artificialmente la individualidad, disuelven límites personales y condensan las emociones desbordadas en un nosotros imaginario, donde el consumo compartido reafirma pertenencia y otorga identidad. Así, el paso de una infancia agotada a una subjetividad fragmentada se consume dentro de esta red de afectos violentos, donde el reconocimiento y la violencia se confunden como equivalentes.

La imitación de estos modelos se refuerza porque produce resultados visibles: dinero, respeto, impunidad momentánea, todos ellos convertidos en recompensas simbólicas que sostienen el ciclo de aprendizaje delictivo. Por ello, el crimen no se presenta como desviación, sino como sabiduría social heredada y eficaz para sobrevivir en un entorno donde la ley estatal y la familia han perdido legitimidad.

2.5. Reconfiguración de la criminalidad: el cambio de la delincuencia en el contexto neoliberal

I. Mercantilización del crimen: de subsistencia a empresa rizomática

La criminalidad juvenil en Chile se transforma, deja de ser una práctica de mera subsistencia para devenir una empresa delictiva rizomática, donde las bandas territoriales se descentralizan en redes flexibles que convierten la violencia en capital productivo. Dardot y Laval (2013) explican que esta racionalidad extiende la lógica de la acumulación ilimitada a todos los ámbitos de la vida, incluso a los márgenes institucionales. En esos espacios, los jóvenes expulsados aprenden a gestionar economías ilícitas con precisión empresarial, replicando los principios de eficiencia, competencia y rendimiento propios del mercado.

En sus estudios, Sayak Valencia (2010) teoriza este proceso bajo la noción de capitalismo gore, que revela cómo el narcotráfico se erige en “el modelo más perfecto de organización empresarial”: jerarquías nítidas —jefes financieros, jefes de plaza, cortadores, distribuidores, vendedores precarios—, regidas por la velocidad, la productividad y la rentabilidad. La delincuencia periférica chilena adapta esta matriz global: drogas, robo organizado y extorsión operan como industrias paralelas que compiten con el trabajo formal, percibido como “ridículo” frente a la promesa de dinero rápido, aventura y reconocimiento. En coherencia con esta lógica, el crimen deja de ser una respuesta desesperada para configurarse como un negocio

racionalizado, donde la muerte banalizada y la violencia técnica se integran como instrumentos de acumulación. La figura del antiguo delincuente “con códigos” —aquel que respetaba reglas internas de honor, lealtad o límites hacia los más débiles— se desvanece ante el surgimiento de un nuevo empresario criminal, formado en la misma racionalidad neoliberal que rige los mercados legales. En este nuevo modelo, la ética del delito se sustituye por la lógica del rendimiento: ya no importa la pertenencia ni el honor, sino la eficacia, la ganancia y la visibilidad. En consecuencia, el crimen adopta los valores del *management* contemporáneo —competencia, flexibilidad, innovación— convirtiéndose en un reflejo extremo de la subjetividad emprendedora promovida por el neoliberalismo.

II. Necropolítica del narco: vidas desechables en la economía de la muerte

Si en el capitalismo neoliberal la delincuencia se racionaliza como empresa, en su reverso gore la acumulación se sostiene sobre la administración de la muerte. El capitalismo gore (Valencia, 2010) despliega una necro-máquina que convierte la vida juvenil periférica en excedente letal, gestionado por técnicas superespecializadas de violencia que no solo matan, sino que exhiben, desmembran y espectacularizan el cuerpo como mensaje.

Reguillo en su libro *Necromáquina* (2021), nos explica que, la necromáquina debe entenderse no solo como un mecanismo de administración de la muerte, sino como una estructura que produce sentidos, modela vínculos sociales y define formas de percibir el mundo. La muerte deja de ser castigo o accidente y se vuelve pedagogía del terror: enseña obediencia, impone orden, regula conductas, coloniza el deseo.

En el Chile neoliberal, esta necropolítica se privatiza. Las bandas locales no se limitan a eliminar rivales; coreografían la muerte como espectáculo disciplinador: cuerpos colgados, torturas filmadas, ejecuciones compartidas en redes sociales. Cada acto se convierte en una forma de comunicación territorial, una “marca de soberanía” más eficaz que la ley. El miedo, distribuido como mercancía emocional, garantiza control sin necesidad de presencia policial.

Los jóvenes periféricos se ubican en la base sacrificial de esta economía de la muerte. Son los vendedores a pie de calle, soldados o “niños de la pasta” cuya vida se presupone corta y sustituible. Como señalan los testimonios recogidos, la muerte violenta se asume como parte del oficio —“es el riesgo del negocio”—: sus cuerpos se integran a la cadena productiva del narco como insumos descartables, parte del flujo constante de violencia que sostiene el sistema.

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) advierte que el gatillo fácil no es un exceso punitivo, sino un ritual público de reafirmación del orden. El comentario popular —“algo habrá hecho”— funciona como coartada moral que normaliza la eliminación del pobre, inscribiendo la vida lumpen dentro de un presupuesto estatal y mediático de sacrificio aceptable.

La diferencia radical con las viejas mafias tradicionales reside en este punto. Para el narco neoliberal, morir ya no basta: es necesario mostrar la muerte, viralizarla, convertirla en *branding* visual. El cadáver deja de ser prueba y se convierte en símbolo de soberanía, en un signo que funda poder. De manera que, la violencia trasciende su utilidad económica para consolidarse como orden simbólico de la muerte, donde las vidas periféricas son simultáneamente desechables y necesarias, producidas para morir y para significar.

En el neoliberalismo chileno, las drogas se han consolidado como una mercancía ubicua que atraviesa la vida cotidiana y estructura la economía ilícita a nivel barrial, funcionando tanto como recurso material como marcador social y cultural. La extensión del precariado laboral y existencial ha permitido que el narcotráfico se instale en el tejido social como una solución al desempleo crónico y a la ausencia de proyectos de desarrollo, generando lo que Valencia (2010) denomina una “máquina en movimiento perpetuo” que proporciona trabajo a campesinos, abogados, doctores, policías y reeducadores, creando así una cadena productiva total en la que participan jóvenes vendedores de barrio y élites profesionales dentro de un mismo circuito de acumulación sistémica (Valencia, 2010, pág. 114). En este contexto, la droga se convierte en un componente central de la socialización juvenil: prácticas como el robo, el consumo, el baile, la pelea y los vínculos familiares conforman un mismo universo de experiencias que los jóvenes enuncian como opciones que pueden desechar más por los riesgos que implican que por cuestiones morales (Duschatzky & Corea, 2020, pág. 50).

El tratamiento mediático de la droga refuerza esta percepción al asociarla con inseguridad, descontrol y peligro público, transformando el consumo en un atributo de la condición juvenil e infantil y desdibujando la frontera entre infancia y adolescencia (Duschatzky & Corea, 2020, págs. 54). Asimismo, el consumo se integra en una cadena de experiencias colectivas, funcionando como marca identitaria que vincula a los jóvenes con un “nosotros” imaginario: choro, drogón, negro o cuartero; es decir, la droga no solo afecta cuerpos individuales, sino que articula modos de estar y socializar con otros (Duschatzky & Corea, 2020, pág. 55). En esta configuración, la ubicuidad de la droga en la vida cotidiana chilena no solo evidencia su valor

económico y estructural dentro del mercado ilícito, sino también su papel como práctica social, afectiva y cultural que modela la pertenencia, la identidad y la agencia de los jóvenes en contextos poblacionales.

Entre las conversaciones casuales surgió el tema de las drogas y esta integración entre consumo y cotidianidad. Para muchos jóvenes, las drogas no representan transgresión, sino un atributo natural de la juventud y una extensión del trabajo delictivo. Su circulación se normaliza dentro del robo o la venta, sin mediación moral, como parte de un saber práctico que articula pertenencia y supervivencia. Como señala el Colectivo Juguetes Perdidos (2014), “el consumo socializó con ellos”: la droga reclutó antes que el Estado, generando un tipo de comunidad afectiva donde el placer, el riesgo y la lealtad se entrelazan.

La prohibición, lejos de frenar el fenómeno, multiplica su rentabilidad: produce monopolios, disputa territorial y un mercado paralelo de armas y vigilancia que integra lo legal e ilegal en un mismo flujo de capital. En esta democratización perversa del consumo, cada estrato social accede a su propia dosis y a su propio riesgo, consolidando un orden neoliberal donde incluso la intoxicación se vuelve una forma de gestión de sí; es decir, el consumo no solo se vive como placer o escape, sino que los jóvenes lo utilizan para regular sus emociones, su identidad y su pertenencia grupal, manejando de manera parcial su estado de ánimo, su socialización y su experiencia cotidiana dentro de contextos sociales y económicos precarios. De manera que, la intoxicación funciona como un instrumento de autogestión frente a la incertidumbre, la presión social y la vulnerabilidad, transformando la práctica del consumo en una estrategia para controlar y organizar la propia vida bajo la lógica neoliberal.

Cuando se aborda la reconfiguración de la criminalidad, no puede dejarse de lado el contexto carcelario, considerando que muchos jóvenes involucrados en estas dinámicas han estado privados de libertad. A partir de las conversaciones y observaciones informales con estos jóvenes, se puede comprender que, en el marco del neoliberalismo chileno, la reincidencia no debe entenderse únicamente como un fracaso del sistema penitenciario, sino como un mecanismo de producción de capital humano ilícito: la cárcel certifica experiencia, redes y habilidades que los jóvenes reutilizan en las economías delictivas, mientras que los vínculos afectivos intensivos —amistades, lealtades, pertenencia a bandas— sostienen la circulación de estos cuerpos dentro de la economía criminal. Así entendido, la reincidencia no constituye un accidente ni un retroceso, sino un componente estructural de un itinerario delictivo en el que la

prisión funciona como espacio de formación y validación de capacidades para operar en redes ilícitas.

Algunos jóvenes rechazan el trabajo formal no solo por su precariedad material, sino porque el delito ofrece una economía emocional más rentable: la adrenalina como salario afectivo. El dinero inmediato, la aventura, el respeto territorial y la sensación de poder producen una euforia vital que, al agotarse, deja un vacío emocional cubierto con drogas y nuevos delitos, en un ciclo que se retroalimenta.

Como se mencionó, actualmente jóvenes privados de libertad relatan con naturalidad su trayectoria de reincidencia, reconociendo que la cárcel no representa una ruptura, sino una etapa más dentro del itinerario delictivo. La reincidencia no se percibe como caída, sino como continuidad de un modo de vida que otorga identidad y sustento. En ese marco, los antecedentes penales funcionan como un “currículum carcelario” que el mercado formal desprecia, pero que el narco valora como garantía de lealtad y discreción.

La cárcel neoliberal deja de cumplir su función rehabilitadora para convertirse, siguiendo a Foucault (2002), en una fábrica de reincidencia programada. En *Vigilar y Castigar*, el autor advierte que el sistema penitenciario no busca realmente corregir, sino producir sujetos útiles al poder, clasificando, vigilando y moldeando conductas dentro de una economía del castigo. En el contexto chileno contemporáneo, esta lógica se actualiza bajo la racionalidad neoliberal: la prisión ya no solo disciplina, sino que certifica cuerpos y saberes prácticos que luego son reabsorbidos por las economías ilícitas, reproduciendo así la circulación del capital criminal y la reincidencia estructural.

El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) capta esta mutación con precisión: los jóvenes que reinciden no fracasan, sino que encarnan la racionalidad lumpen perfecta. La combinación entre emoción intensa (poder momentáneo) y certificación carcelaria (confiabilidad probada) convierte sus cuerpos en capital circulante ideal para las empresas rizomáticas del delito. Asimismo, la reincidencia deja de ser accidente para transformarse en dispositivo estructural del capitalismo gore: Estado y crimen organizado co-producen subjetividades afectivamente adictas y penalmente pre-calificadas, asegurando la sostenibilidad infinita del negocio ilícito.

En este sentido, la gestión emocional del riesgo se vuelve parte del engranaje productivo. El crimen ofrece afectos que el trabajo formal niega —reconocimiento, aventura, respeto—, instaurando una pedagogía del riesgo que premia la exposición al peligro como fuente de placer

y pertenencia. La adrenalina se convierte en salario y la caída —el “bajón” posterior— en estímulo para volver a actuar. El dinero satisface la necesidad inmediata, pero el verdadero motor es el afecto: sentirse alguien, aunque sea por un instante, dentro de una estructura que solo valora la productividad del cuerpo o su sacrificio.

2.6. Alternativas a la criminalidad: Respuestas juveniles a la frustración estructural

I. Trabajo formal: la “vida-mula” como resignación mercantil

En este escenario, el trabajo formal se presenta como la alternativa legítima frente al delito, pero para muchos jóvenes de sectores populares constituye una vía sin sentido, marcada por la precariedad y la falta de reconocimiento. En las conversaciones sostenidas con algunos de ellos, surgía una crítica directa al empleo asalariado, percibido como una rutina que “no paga”, “no alcanza” o simplemente “no vale la pena”. Esta desvalorización del trabajo dialoga con la idea de la vida-mula propuesta por el Colectivo Juguetes Perdidos (2014), quienes, desde el contexto argentino, describen los empleos precarios como prácticas que empobrecen los espíritus y enriquecen a los explotadores. Aunque surge en otro territorio, esta noción permite comprender la sensación compartida de desgaste y desencanto frente al trabajo formal, que en ambos casos deja de representar dignidad o progreso y se percibe más bien como una forma de subordinación sin futuro.

Reguillo (2000) profundiza en esta trampa estructural al señalar que la pobreza “define oportunidades y cancela expectativas”, modelando cuerpos que no encajan en los territorios laborales formales. En ellos se condensa la sumisión de la época: una resignación crónica ante la obsolescencia de los roles sociales.

Los testimonios de los jóvenes refuerzan esta lectura. Varios de los jóvenes con los que tuve oportunidad de conversar, expresan que prefieren la economía informal o temporal —reventa callejera, trabajos ocasionales, emprendimiento— antes que empleos estables en fábricas o comercios que exigen obediencia sin horizonte. En su experiencia, el trabajo formal se percibe como una pedagogía de la desilusión sistemática: largas jornadas, sueldos insuficientes y nula proyección vital.

La elección, entonces, no es moral sino pragmática. Mientras el crimen ofrece adrenalina inmediata y respeto tangible, el empleo legal promete desgano perpetuo y desprestigio social.

Los jóvenes ya no sueñan con ser obreros productivos, sino con formas de reconocimiento espectacular —*streamers*, *influencers*, oficios virales— que al menos prometen potencia simbólica, aunque estructuralmente resulten inalcanzables para la mayoría. Bajo esta dinámica, la llamada “vida-mula” deja de representar un destino honesto o digno porque el trabajo ya no ofrece las recompensas simbólicas y materiales que antes lo legitimaban.

Los empleos precarios y mal remunerados no permiten sostener un proyecto de vida, y la promesa de ascenso social que acompañaba al esfuerzo laboral se ha vuelto inalcanzable. La ética del sacrificio —trabajar duro para progresar— se transforma entonces en un mandato vacío, en una forma de obediencia que garantiza la estabilidad de un sistema desigual pero no la mejora de las condiciones de quienes lo sostienen. En este sentido, la crítica al trabajo expresa una desconfianza generacional hacia la institución laboral misma: no porque se rechace la actividad o el esfuerzo, sino porque el mercado ya no retribuye ni económicamente ni simbólicamente esa entrega. Así entendido, la “vida-mula” se convierte en un emblema del fracaso del orden neoliberal, donde trabajar mucho ya no asegura futuro, reconocimiento ni sentido.

Los jóvenes de la periferia internalizan este mandato —ser “el emprendedor que se hará millonario” al estilo de Bill Gates o Mark Zuckerberg—, pero chocan con su inaccesibilidad estructural: sin *Capital Semilla*, redes ni educación privilegiada, la mente empresaria se convierte en espejismo que amplifica la frustración.

El chico *gym* o el *influencer* encarnan esta promesa visual del éxito neoliberal: cuerpos esculpidos, estilos de vida curados en redes, imágenes de prosperidad instantánea que sugieren que todo es posible con esfuerzo individual. Sin embargo, esa visibilidad exige inversión previa —suplementos, equipos, tiempo libre— que la periferia no puede costear. Los jóvenes aspiran a ser *streamers*, *youtubers* o *tiktokers*, oficios del reconocimiento y la autopromoción, pero se enfrentan a la precariedad material y a algoritmos que perpetúan la desigualdad, premiando a quienes ya gozan de privilegio. Así, la promesa del emprendimiento se revela como versión dócil del deseo criminal: ambos prometen movilidad, reconocimiento y autonomía, pero solo el crimen —en su inmediatez brutal— ofrece resultados tangibles. El resto queda atrapado en la retórica del esfuerzo, gestionando su fracaso como identidad productiva dentro de la maquinaria emocional del neoliberalismo.

II. Pedagogías integradoras: límites del contorno institucional

Programas estatales y ONGs despliegan diversas pedagogías integradoras —talleres familiares, deportes comunitarios, capacitaciones laborales— como respuesta a la criminalidad juvenil. Sin embargo, tropiezan al desconocer el “mapa de fuerzas” barrial que orienta las decisiones inmediatas de los jóvenes. El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) lo advierte con precisión: estos sujetos “no funcionan bajo los mismos límites morales o institucionales” que estructuran los programas de reinserción; sus horizontes reales son la cárcel, la muerte o la locura, no las utopías de obediencia familiar o laboral que presuponen las instituciones.

La crisis de legitimidad institucional descrita por Reguillo (2000) refuerza este diagnóstico: escuela, familia y Estado han perdido su capacidad de instituir sentido. Los dispositivos de intervención tienden a victimizar al joven como sujeto pasivo o a disciplinarlo como pobre corregible, negando su agencia y su potencial creativo en entornos donde la supervivencia exige adaptabilidad, riesgo y movimiento.

Incluso las experiencias de militancia política o social —asambleas territoriales, cooperativas populares, proyectos solidarios— se enfrentan a una temporalidad incompatible con la urgencia juvenil. Estas iniciativas se construyen en la lógica del largo plazo, mientras los jóvenes viven en la inmediatez, donde cada decisión responde a la presión del presente: la necesidad de dinero, respeto y visibilidad ahora.

Desde esta lógica, las pedagogías institucionales colapsan ante la compresión temporal de la subjetividad contemporánea. Frente a las promesas diferidas del trabajo, la educación o la militancia, el crimen continúa ofreciendo lo que el Estado no puede: una entrega instantánea de poder, pertenencia y sentido.

El neoliberalismo ofrece la movilidad global aspiracional como espejismo de escape frente a la frustración estructural: visas *working holiday*, voluntariados internacionales, programas *au pair* y *gap years* que prometen “vivir la vida”, viajar y emprender sin fronteras. Estas oportunidades configuran el nuevo sueño juvenil del sujeto cosmopolita —conocerse a sí mismo a través del mundo—, pero reproducen la misma exclusión estructural que dicen superar. Exigen pasaporte vigente, dominio funcional del inglés, ahorros iniciales y redes familiares estables: recursos que la periferia chilena, atravesada por la precariedad, no puede ofrecer.

Para los jóvenes de sectores populares, estas salidas existen solo como imágenes de posibilidad ajena. Las redes sociales amplifican el contraste: observan a sus pares de clase media o alta viajar, estudiar o trabajar fuera del país, sostenidos por familias que financian pasajes,

garantizan avales y toleran años sin ingresos. En este sentido, la movilidad global se convierte en dispositivo clasificatorio: el sistema selecciona qué cuerpos pueden circular y cuáles deben permanecer inmóviles. Se produce una biopolítica de la circulación, donde el privilegio se mide por la capacidad de moverse y el pobre queda confinado al territorio, reducido a tener calle como única forma de movilidad posible.

Esta ilusión global intensifica la frustración estructural. Los imaginarios del nómada digital, del voluntario *influencer* o del viajero mochilero se enfrentan a la materialidad del hacinamiento, la falta de oportunidades y la urgencia de sobrevivir día a día. En ese contraste, el crimen reaparece como movilidad reactiva y tangible: provee dinero y reconocimiento inmediato frente a oportunidades diferidas e inaccesibles.

La movilidad neoliberal, lejos de ofrecer liberación, refuerza la exclusión al estetizarla: convierte la desigualdad en deseo, exhibiendo continuamente lo que permanece fuera del alcance juvenil marginal. En última instancia, estos programas globales no corrigen la frustración estructural, sino que la profundizan simbólicamente, instaurando un régimen donde soñar con escapar es ya parte del mecanismo de control.

III. Resistencias capitalizadas: rap consciente mercantilizado

Incluso las resistencias culturales terminan absorbidas por la lógica del mercado. El rap consciente —Portavoz, Movimiento Original— se transforma en producto capitalizable que denuncia el sistema mientras se integra a festivales, plataformas de *streaming* y patrocinios comerciales. Estas voces validan la experiencia juvenil periférica —“el sistema nos quiere muertos, pero seguimos vivos”—, pero pierden fuerza política al volverse contenido consumible, ajustado a las lógicas de visibilidad y rentabilidad cultural.

Los jóvenes escuchan este rap como identidad simbólica aspiracional, una forma de catarsis que reconoce sus vivencias sin modificar las condiciones materiales que las originan. La banda como matriz social, descrita por el Colectivo Juguetes Perdidos (2014), encuentra aquí su correlato cultural: los raperos conscientes devienen *influencers* morales, capitalizando la denuncia y reproduciendo la lógica de la hipervisibilidad que compite —y a veces se confunde— con la estética criminal del trap.

La resistencia rapera no quiebra la frustración estructural: la estetiza y la monetiza. Ofrece una descarga emocional inmediata, pero sin incidencia política efectiva, reafirmando el crimen como

opción materialmente más resolutive. En este proceso, el neoliberalismo neutraliza la contrahegemonía al absorberla dentro de su maquinaria de consumo: incluso la crítica circula como mercancía simbólica, destinada a audiencias privilegiadas que consumen la rebeldía como un gesto estético más.

No toda subjetividad juvenil se deja mercantilizar. El Colectivo Juguetes Perdidos (2014) identifica en la monadología lumpen una ambivalencia constitutiva: los jóvenes son también “agentes activos capaces de resistir y transformar la realidad social y política”, no únicamente víctimas o criminales pasivos. Esa potencia se materializa en redes de subsistencia territorial — comedores populares, cooperativas de cuidado, ferias de trueque— que operan al margen de la hipervisibilidad neoliberal y rehúsan su lógica de espectacularización.

A diferencia del rap consciente capitalizado, estas prácticas renuncian a la visibilidad en favor de la eficacia material: reapropian territorio, tiempo y recursos sin intermediarios empresariales ni mediáticos. Reguillo describe estas experiencias como “emergencias culturales vitales”, expresiones del deseo colectivo que reterritorializan lo común frente al mandato de la acumulación individual.

La frustración estructural no condena necesariamente al crimen. En sus márgenes se abren grietas en la necromáquina, espacios donde la agencia lumpen se reorganiza en clave cooperativa y afectiva. Allí, la transformación posible no proviene de la salvación institucional ni del emprendimiento individual, sino de la capacidad mutante de estos cuerpos para crear mundos alternativos desde la precariedad misma. En esas prácticas invisibles —mínimas pero insistentes— se esbozan las verdaderas líneas de fuga del neoliberalismo: formas de vida que resisten su captura al reinventar comunidad desde la herida.

Capítulo 3: Violencia en el contexto neoliberal: la estetización del crimen

Introducción

La violencia y el crimen han dejado de ocupar únicamente el terreno de lo prohibido o lo moralmente condenable para transformarse, en las últimas décadas, en objetos de fascinación estética y consumo masivo. Series, películas, videoclips, redes sociales y productos culturales diversos reproducen imágenes del delincuente como figura poderosa, deseable y exitosa, desplazando el juicio ético hacia una lógica de admiración o identificación. Como advirtió Walter Benjamin (La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica , 2003) al hablar de la estetización de la política, la modernidad tiende a transformar la violencia en espectáculo: la destrucción y la muerte se vuelven imágenes atractivas, capaces de ser admiradas sin cuestionamiento.

En el contexto del capitalismo neoliberal, esta estetización adquiere un sentido particular. El crimen ya no se opone al sistema, sino que lo refleja: sus códigos de ostentación, riesgo y poder responden a la misma racionalidad del rendimiento, la competencia y el éxito individual que gobierna la vida social. Tal como advierten Dardot y Laval, el neoliberalismo no solo organiza la economía, sino que produce una subjetividad específica —el individuo como empresa de sí mismo—, responsable de gestionar sus propios riesgos y fracasos. Bajo esta lógica, el criminal se presenta como el emprendedor extremo, aquel que asume todos los riesgos y obtiene recompensas inmediatas sin mediaciones legales.

Este capítulo examina cómo la cultura contemporánea romantiza y estetiza la violencia, transformándola en mercancía simbólica. Se analizará cómo los medios, la música urbana y las narrativas visuales convierten el dolor, la muerte y el peligro en espectáculos rentables que movilizan el deseo juvenil. La estetización del crimen, lejos de ser una desviación cultural, constituye un síntoma del orden neoliberal: muestra la capacidad del capital para absorber incluso la transgresión, integrándola a su lógica de producción y consumo. En este sentido, el capítulo busca problematizar las implicancias éticas y sociales de este fenómeno, interrogando cómo la fascinación estética por el crimen contribuye a normalizar la violencia, reproducir imaginarios de poder y consolidar una subjetividad que ya no teme al riesgo, sino que lo desea como forma de existencia.

3.1 Violencia estructural en el capitalismo neoliberal

La violencia estructural no se manifiesta necesariamente a través de actos visibles o episodios excepcionales, sino que se encuentra incorporada al funcionamiento cotidiano del sistema social. Se trata de una forma de violencia que se vuelve casi imperceptible precisamente porque se presenta como normalidad, como parte natural de la vida en sociedad. En este sentido, Johan Galtung en su libro *Violencia, paz e investigación sobre la paz* define la violencia no como un acto directo, sino como la distancia entre lo que una persona o grupo podría llegar a ser y lo que efectivamente logra ser dentro de una estructura social determinada (Pineda, 2017, pág. 36).

En el contexto del capitalismo neoliberal, esta violencia se expresa en estructuras que generan daños sistemáticos a amplios sectores de la población, afectando su bienestar, limitando sus libertades y reduciendo sus posibilidades de desarrollo. No todos los sujetos experimentan estas condiciones de la misma manera: mientras algunos acceden a los beneficios del sistema, otros se ven obligados a vivir en una lógica de supervivencia permanente, donde el esfuerzo individual no garantiza estabilidad ni movilidad social. Desde esta perspectiva, la violencia estructural no aparece como una anomalía del sistema capitalista, sino como una de sus condiciones de posibilidad, al reproducir desigualdades materiales y simbólicas que se sostienen y legitiman en el tiempo.

La violencia estructural se sostiene y reproduce a través de leyes, burocracias e instituciones propias del capitalismo neoliberal, las cuales operan como mecanismos aparentemente neutrales de organización social. Como señalan Dardot y Laval, el neoliberalismo extiende el principio del interés individual más allá del mercado, convirtiéndolo en un criterio normativo de la esfera pública, bajo la promesa de producir resultados “deseables” similares a los del mercado privado (Dardot & Laval, 2013).

A diferencia de la violencia directa, esta forma de violencia no posee un agresor identificable, ya que el daño no es ejercido por un sujeto individual, sino por el propio sistema, “la violencia estructural es silenciosa, no se manifiesta [...]. En una sociedad estática, la violencia personal siempre será registrada, mientras que la violencia estructural puede ser vista tan natural como el aire a nuestro alrededor” (Pineda, 2017, pág. 42). En este marco, se trata de una violencia que se manifiesta cuando las estructuras sociales impiden que ciertos grupos satisfagan sus necesidades básicas o desarrollen plenamente sus capacidades. Podemos ver que, la violencia

estructural produce pobreza, desigualdad e injusticias sociales, económicas y políticas que se presentan como consecuencias “naturales” del orden social vigente.

Un ejemplo claro de violencia estructural puede observarse en el sistema educativo chileno. La diferenciación entre colegios públicos y privados no solo implica una desigualdad material, sino una organización estructural del acceso al conocimiento, al capital cultural y a las oportunidades futuras. Las diferencias en el currículum escolar, en los recursos disponibles, en el trato institucional y en las expectativas depositadas sobre los estudiantes configuran trayectorias profundamente desiguales desde la infancia. La reiterada presencia mayoritaria de colegios privados en los *rankings* de resultados de pruebas estandarizadas como la PAES no es un fenómeno accidental, sino el resultado de un sistema que normaliza que el acceso a una educación de mayor calidad dependa de la capacidad de pago. Según un reportaje de BioBio Chile, en el *ranking* de los 100 colegios con mejores puntajes de la PAES 2024, 98 corresponden a establecimientos particulares pagados, mientras que solo uno es municipal y otro subvencionado, lo que muestra cómo los mejores resultados se concentran en segmentos socioeconómicos más favorecidos.

El neoliberalismo produce violencia estructural sin recurrir necesariamente a la violencia física o armada, en la medida en que opera no como una ideología explícita, sino como una racionalidad que organiza la vida social en su conjunto (Dardot & Laval, 2018). Lo hace mediante la instauración de un orden social en el que el valor de las personas se mide principalmente en términos económicos. En este marco, el privilegio, la acumulación material y la capacidad de consumo se convierten en los principales criterios de reconocimiento social, de modo que quienes más poseen y más ostentan adquieren mayor estatus y legitimidad. La idea de “ser mejor” deja de vincularse con dimensiones éticas o colectivas y pasa a definirse casi exclusivamente en términos de rendimiento, productividad y capital.

Como plantean Dardot y Laval, el neoliberalismo no se limita a organizar la economía, sino que produce un tipo específico de subjetividad: “el modo de producción económico neoliberal es inseparable de la producción de una subjetividad de un nuevo tipo” (Dardot & Laval, 2018, pág. 10), donde individuos que se conciben a sí mismos como empresas, responsables absolutos de su éxito o fracaso. Bajo esta perspectiva, las personas dejan de ser reconocidas como tales y pasan a convertirse en cifras, métricas o resultados. El trabajador vale en la medida en que rinde; el estudiante en la medida en que acumula títulos, aun cuando ello implique un endeudamiento

permanente; el cuerpo en la medida en que se ajusta a estándares de belleza capitalizados y comercializables.

Esta lógica atraviesa múltiples dimensiones de la vida cotidiana: la mercantilización del cuerpo mediante intervenciones estéticas, la transformación del hogar en un símbolo de estatus material, y la digitalización de los vínculos sociales, donde la exclusión tecnológica implica una nueva forma de marginación. Aunque estos ejemplos pueden parecer superficiales, en conjunto revelan cómo la violencia estructural opera de manera silenciosa, normalizada y constante, afectando la dignidad, el bienestar y las posibilidades de vida de las personas sin necesidad de un agresor visible.

La violencia estructural se manifiesta también en el acceso desigual a derechos básicos como la vivienda, el crédito y la salud. Las instituciones financieras otorgan mayores oportunidades a quienes ya poseen altos ingresos, mientras que arrendar o adquirir una vivienda exige una serie de garantías que excluyen sistemáticamente a los sectores más precarizados. De manera similar, el acceso a la salud se encuentra profundamente estratificado: quienes no pueden costear servicios privados deben enfrentar largas esperas, sistemas colapsados y condiciones que atentan contra la dignidad humana. Estas experiencias no son hechos aislados, sino expresiones cotidianas de una violencia que se ejerce desde la estructura misma del sistema.

Esta forma de violencia suele permanecer invisible o naturalizada porque el neoliberalismo produce sujetos que se perciben a sí mismos como los únicos responsables de su destino. El individuo neoliberal se concibe como una empresa de sí mismo, responsable tanto de sus éxitos como de sus fracasos. Desde esta perspectiva, las desigualdades estructurales se ocultan bajo discursos de esfuerzo personal, mérito y superación individual, lo que lleva a que las personas se culpen por condiciones que no dependen exclusivamente de ellas.

La figura de la meritocracia cumple aquí un rol central donde: “el hombre económico... un ser de cálculo que es gobernado en todas las cosas por su interés” (Dardot & Laval, 2018, págs. 26-27). El éxito de unos pocos es presentado como prueba de que el sistema funciona y de que cualquiera podría alcanzar las mismas posiciones si se esfuerza lo suficiente. Sin embargo, esta narrativa ignora los múltiples factores sociales, económicos y simbólicos que condicionan las trayectorias de vida. En consecuencia, la meritocracia opera como una forma de violencia estructural, ya que legitima la desigualdad, responsabiliza a los individuos por su precariedad y refuerza la idea de que el orden existente es natural e inevitable. En este sentido, la violencia

estructural no solo organiza las condiciones materiales de la vida, sino también los marcos simbólicos desde los cuales los sujetos interpretan su propia precariedad.

Esta violencia estructural no solo produce desigualdad material, sino también un profundo malestar subjetivo. Al limitar las posibilidades reales de acceso a reconocimiento, estabilidad y futuro, el neoliberalismo genera condiciones propicias para la emergencia de formas alternativas de sentido, pertenencia y éxito. Es en este terreno donde la violencia comienza a desplazarse desde lo estructural hacia lo cultural, lo simbólico y lo estético, configurando nuevas identidades y horizontes de vida.

Como advierte Sayak Valencia, estas formas de subjetividad no surgen al margen del capitalismo, sino como resultado de su expansión total: “no hay espacios fuera del alcance del capitalismo” (2010, pág. 16). Ignorar estas prácticas no las elimina, solo las invisibiliza o las teoriza desde una doble moral. En contextos donde la violencia estructural precariza la existencia, el capitalismo gore convierte esa precariedad en materia prima para nuevas formas de economía, cultura y subjetividad.

3.2 Representaciones culturales del crimen: música, cine y redes sociales

En la actualidad, las imágenes del crimen atraviesan múltiples espacios de la vida cotidiana: redes sociales, series, películas, música y medios de comunicación. En Chile, la televisión nacional suele asociar la violencia al miedo, al desorden social y a la amenaza constante, mediante noticias sobre robos, asesinatos y desapariciones. Esta narrativa construye al criminal como enemigo social, reforzando discursos de inseguridad y castigo, mientras omite las condiciones estructurales que generan la violencia. Desde la perspectiva de Johan Galtung, “la violencia puede definirse como la causa de la diferencia entre lo que pudo haber sido y lo que es, y aquello que impide el aminoramiento de esta distancia” (Pineda, 2017, pág. 36). Esta invisibilización de las causas profundas constituye un ejemplo de violencia estructural: el sistema produce daño al mantener desigualdades y limitar las oportunidades, y al mismo tiempo naturaliza estas desigualdades como “normales”. Como advierte Galtung, la violencia cultural funciona como una forma simbólica que legitima la violencia estructural y directa, al naturalizar las desigualdades y justificarlas en los discursos, los medios o las prácticas culturales. Las representaciones mediáticas del crimen cumplen precisamente esa función: reproducen una estructura de sentido donde la desigualdad se vuelve espectáculo.

En productos culturales como series, películas y música urbana, el crimen se presenta como vía eficaz para acceder a lo que el sistema valora: dinero, consumo, reconocimiento y estatus. Esta representación no solo muestra un acto transgresor, sino que lo convierte en un modelo aspiracional. Según Walter Benjamin (2003), en su obra *La reproducción técnica de la obra de arte*, esta misma multiplica y repite imágenes, acelera el desgaste del aura original y permite que el arte funcione como vehículo de nuevas formas de experiencia en la sociedad (Benjamin, 2003, pág. 17). De manera análoga, las representaciones del crimen reproducidas masivamente construyen un modelo aspiracional que impacta la percepción social sobre la violencia.

Siguiendo a Dardot y Laval (2013), el criminal aparece como un sujeto neoliberal extremo: gestor de riesgos, acumulador de capital simbólico y material, y responsable absoluto de su éxito dentro de su propio ‘negocio criminal’. Bajo esta dinámica, la estetización opera como aprendizaje cultural: enseña cómo vestirse, hablar, moverse y relacionarse dentro de la violencia, transformándola en un estilo de vida legible y deseable. Desde la perspectiva de Valencia (2010), este sujeto neoliberal extremo se corporiza en la figura del “empresario de la violencia”. El *capitalismo gore* reinterpreta la noción de trabajo: el narco “enlaza el trabajo con el hiperconsumismo y la reafirmación individual, preservando su obediencia a las demandas de género hechas a los varones” (Valencia, 2010, pág. 55). La productividad, la virilidad y la acumulación se funden en una ética donde la violencia se vuelve medio legítimo para la autorrealización.

En estas representaciones, el acceso a marcas de lujo, autos deportivos, tecnología de último nivel y estilos de vida ostentosos se muestra como una recompensa inmediata frente a trayectorias consideradas “honestas” pero precarias, como estudiar durante años para luego acceder a salarios insuficientes. Así entendido, la violencia y el delito se inscriben en una lógica aspiracional coherente con los valores del neoliberalismo, donde el éxito se mide por la capacidad de consumir y exhibir.

A este criminal se le presenta como una persona poderosa, que hace lo que quiere y siempre le resulta bien. Tiene muchas mujeres, muchas armas, otros que le “obedecen”, es alguien que dirige, que causa respeto y es inteligente, ya que con sus ideas puede lograr sus “metas criminales”. Esta representación refleja la lógica neoliberal descrita por Dardot y Laval, según la cual el asalariado se convierte en su propio amo, un “empresario” responsable de todo el proceso de producción y gestión de su vida (Dardot & Laval, 2013, pág. 128). A partir de esto,

la vida criminal se lee como una extensión de la subjetividad neoliberal: gestión de riesgos, acumulación de capital y autonomía absoluta sobre los resultados. Este criminal es glorificado por todo lo que tiene, acumulación de riquezas, autos de lujo, casas enormes, viajes a donde quieran, una idea falsa de seguridad al tener personas que “cuiden” de ellos o los “ayuden” o “respalden” en sus ideas, o tener esas “armas de fuego” o “armas blancas”, pero esa seguridad no es real, ya que, al mantenerse en este mundo de rivalidades, peligro y drogas, podrían estar en constante riesgo.

El crimen también se expresa mediante un lenguaje propio, con términos como ‘consumao’, ‘malianteo’ o el uso del COA, jerga carcelaria resignificada en contextos juveniles. Este lenguaje no solo describe prácticas, sino que enseña a actuar, a ocupar roles y a aspirar a estatus, convirtiendo la violencia en un conjunto de normas, códigos y estrategias legibles. Como señala Foucault (2002), la sentencia no solo sanciona, sino que incorpora una apreciación de normalidad y prescribe técnicas de normalización, evidenciando cómo el poder funciona para homogeneizar, individualizar y hacer útiles las diferencias. En términos foucaultianos, podría considerarse un tipo de disciplinamiento informal: se internalizan conductas y jerarquías que producen sujetos adaptados a la lógica del crimen, como un ‘manual de vida’ aprendido por observación y reproducción.

En este sentido, la criminalidad comienza a operar como una forma de cultura juvenil, un estilo de vida y una manera de posicionarse frente a un sistema que excluye. Esta estética y este lenguaje funcionan como una respuesta simbólica a la violencia estructural del neoliberalismo, expresando el malestar de jóvenes que crecen en contextos de precariedad, con acceso limitado a oportunidades materiales y simbólicas. Como plantean Deleuze y Guattari, en el deseo no hay pulsión interna, sino agenciamientos que determinan lo que el deseo será; a nivel de las líneas de fuga, estos agenciamientos operan como máquinas de guerra, generando flujos de desterritorialización y nuevas formas de creación que atraviesan la vida cotidiana (Deleuze & Guattari, 2002, pág. 233). La frustración generada por un sistema que promete éxito, pero restringe su acceso se traduce, en algunos casos, en una identificación con figuras criminales que encarnan una salida posible frente a la exclusión.

El criminal representado en películas, series e incluso en la música suele aparecer como alguien que obtiene todo aquello que el sistema promete: dinero, bienes materiales, poder y reconocimiento. A medida que avanza en su trayectoria delictual, va “subiendo de nivel”,

ganando estatus entre los suyos, acumulando respeto —o miedo— y consolidando una posición de poder. Con frecuencia, estas narrativas lo presentan como una persona común, proveniente de contextos vulnerables, con una vida marcada por carencias, que delinque no solo por beneficio personal, sino también para ayudar a su familia o a su entorno cercano. Bajo esta lógica, el crimen se justifica simbólicamente como un intento de “salir adelante” frente a un sistema que ofrece pocas oportunidades reales.

Esta representación contrasta radicalmente con la imagen del criminal, construida desde los noticieros y el discurso mediático tradicional, donde se lo muestra como un sujeto peligroso, deshumanizado, carente de valores y responsable exclusivo de la inseguridad social. Desde esta perspectiva, el criminal es una amenaza que debe ser excluida de la sociedad, alguien cuya existencia solo produce daño, miedo y destrucción en las comunidades. En cambio, en las series puede convertirse en un antihéroe y, en la música urbana, en una víctima del sistema que decide rebelarse ante la exclusión estructural. Como señalaría Benjamin (2003), el arte contemporáneo transforma la tragedia en experiencia estética, desplazando el juicio moral por la fascinación visual.

Sin embargo, más allá de estas diferencias narrativas, el criminal es presentado recurrentemente como un emprendedor: alguien que gestiona riesgos, maximiza beneficios y opera dentro de una lógica profundamente neoliberal. Dardot y Laval (2013) dirían que este sujeto encarna la racionalidad neoliberal en su forma más pura: la obligación de convertirse en empresa de sí mismo, incluso en el margen de la legalidad. Incluso el narcotráfico puede entenderse como una de las empresas más grandes y funcionales del mundo, organizada bajo principios de eficiencia, jerarquía y acumulación de capital, lo que confirma que el capitalismo es capaz de integrar sus propias transgresiones —como señala Fisher (2009)— y convertirlas en parte de su motor productivo.

Estas representaciones generan efectos distintos según quién las reciba. En quienes consumen principalmente noticias, producen miedo, rechazo y apatía hacia los sectores criminalizados. En cambio, muchos jóvenes que consumen música urbana y series asociadas al crimen desarrollan procesos de identificación con estas figuras. Admiran su ascenso, su acceso rápido a bienes materiales y el reconocimiento que obtienen en un contexto donde el trabajo formal y la educación prolongada no garantizan movilidad social. El deseo de “ser alguien”, de salir del lugar de origen y de ser visto por otros, se articula así en torno a una identidad criminal que no

solo responde a la necesidad económica, sino también a la búsqueda de sentido, pertenencia y validación social. En términos de Galtung (Pineda, 2017), esta identificación puede leerse como un efecto de la violencia estructural: los sujetos reproducen simbólicamente el mismo sistema que los margina, buscando reconocimiento allí donde fueron negados. El deseo de “ser alguien”, de salir del lugar de origen y de ser visto por otros, se articula así en torno a una identidad criminal que no solo responde a la necesidad económica, sino también a la búsqueda de sentido, pertenencia y validación social.

Lo problemático de estas representaciones es que suelen glorificar únicamente los beneficios de la vida criminal: el acceso rápido a bienes materiales, el disfrute inmediato, el dinero fácil y la aparente “ganancia” que ofrece este estilo de vida. Sin embargo, se omite casi por completo el sufrimiento que implica vivir bajo estas lógicas. No se muestra el miedo constante, los contextos de origen que empujan a estas decisiones, las trayectorias marcadas por la exclusión, ni las historias familiares atravesadas por la violencia, la precariedad y el abandono. Tampoco se visibilizan las pérdidas materiales y humanas, los traumas personales ni las consecuencias psicológicas que deja una vida sostenida en la violencia. Como advierte Foucault (2002), todo régimen de poder produce sus propias formas de verdad y de representación: al mostrar solo el éxito del crimen, los productos culturales borran sus mecanismos de disciplinamiento y castigo. En la práctica, se romantiza un sufrimiento profundo, presentándolo como un camino legítimo —e incluso deseable— para “obtener todo lo que se quiere”. No obstante, la violencia que atraviesa este mundo es real y concreta. Implica muerte, daño irreversible y consecuencias que pueden marcar de por vida tanto a quienes participan directamente en estas dinámicas como a su entorno cercano. La vida criminal es ilegal y uno de sus destinos posibles —y frecuentes— es la cárcel, espacio que también forma parte de esta trayectoria invisibilizada. El daño no se limita a lo físico: alcanza a las familias propias, a las de las víctimas y a las comunidades afectadas, generando una cadena de dolor que se reproduce constantemente. Lejos de la imagen glamorizada, se trata de una forma de vida peligrosa, atravesada por la incertidumbre, el miedo y la adrenalina, cuyos costos humanos rara vez son mostrados en los relatos que la estetizan. Estas narrativas resultan especialmente atractivas para los públicos masivos porque condensan adrenalina, aventura y la promesa de obtener —de manera rápida— todo aquello que se desea, e incluso más. Si entendemos el deseo como una fuerza creativa, como plantean Deleuze y Guattari (2002), estas representaciones de lujo, dinero y riesgo funcionan como potentes

catalizadores de producción deseante. La vida criminal aparece entonces como un paquete total: sexo, drogas, diversión, poder, fuerza, respeto, riqueza, bienes materiales, vestuario exclusivo y de marca, junto con la experiencia constante del peligro. El miedo se transforma en estímulo y la sensación de invencibilidad refuerza la expansión del deseo, haciendo emerger nuevas aspiraciones que antes no estaban siquiera formuladas.

La vida legal ofrece seguridad y continuidad, pero carece de la intensidad, novedad y gratificación inmediata que ofrece el crimen. Esta diferencia explica por qué muchos jóvenes, frente a un futuro precario y restricciones estructurales, internalizan la vida criminal como un deseo legítimo y viable, en términos de satisfacción inmediata y acumulación de estatus, reproduciendo así dinámicas propias de la subjetividad neoliberal y de la violencia estructural del sistema. Como muestra Valencia (2010), esta reinterpretación del trabajo y del éxito bajo condiciones de precariedad produce un tipo de sujeto que ya no busca integrarse al orden social, sino que lo replica desde sus márgenes. En este punto, la economía ilegal y la legal se confunden, formando parte de un mismo engranaje global. Como mencionamos anteriormente, “El narcotráfico constituye actualmente la industria más grande del mundo [...] y es uno de los más fieles representantes del capitalismo gore” (Valencia, 2010, pág. 20).

3.3 Implicaciones éticas y sociales de la estetización del crimen

Estetizar la violencia no implica simplemente representarla, sino transformarla en una experiencia visual, narrativa y sensorialmente atractiva, capaz de ser consumida sin incomodidad. En esta línea, Walter Benjamin (2003) advierte que esta transformación no ocurre en un vacío, sino dentro de un marco cultural organizado por la lógica del espectáculo, es decir, “dentro de las posibilidades ‘realmente existentes’, dentro de un marco de acción manipulado directamente por la ‘industria cultural’ y su encargo ideológico” (Benjamin, 2003, pág. 27). La estetización no elimina la violencia, sino que la reorganiza simbólicamente, desplazando su dimensión ética hacia una lógica de consumo y fascinación. Esto implica darle una forma visual, narrativa y sensorialmente cómoda para el consumo social. La violencia deja de presentarse como un problema estructural que exige una lectura crítica y pasa a ser algo comprensible, incluso justificable. Al igual que ocurre con la violencia estructural, la violencia criminal se integra al sistema; sin embargo, la diferencia radica en que aquí no se legitima desde la sociología o la crítica social, sino desde una lógica aspiracional: “si él pudo, yo también puedo”.

Esta operación simbólica funciona como una justificación para incorporarse a este mundo, para asumir una identidad juvenil que encuentra en la criminalidad una vía posible de realización.

Los jóvenes crecen inmersos en un entorno saturado de imágenes de criminales violentos que lograron desafiar las leyes, vencer a sus enemigos y acceder a una vida de riqueza, poder y reconocimiento. A través de estas representaciones, la violencia adquiere una estética atractiva: se vuelve visible, emocionante y accesible. La criminalidad deja de ser solo un acto ilegal y se transforma en una experiencia sensorial cargada de intensidad, fuerza y emoción.

Series como *Breaking Bad* ejemplifican con claridad este proceso. Un profesor de química común y corriente, atrapado en una vida monótona y precarizada, comienza a producir droga “por necesidad” y termina transformándose en otra persona: un yo reconfigurado, más fuerte, más seguro, más invencible. La narrativa construye la idea de que una persona ordinaria, bajo “las razones correctas” y motivada por una supuesta fuerza mayor, puede transgredir las normas y acceder a una vida de emoción y poder. De esta manera, la violencia y la criminalidad se presentan como caminos legítimos para escapar de la rutina, del agotamiento y de la lógica tradicional del “estudiar–trabajar”. Esta transformación narrativa no solo dramatiza una caída moral, sino que configura una fantasía contemporánea de soberanía frente a la precariedad estructural. En este punto, la identificación con el protagonista no se limita a la fascinación por el poder, sino que activa un régimen subjetivo propio de la racionalidad neoliberal, donde la aspiración a la realización personal es capturada y reorientada. Como señalan Dardot y Laval, el *management* contemporáneo busca movilizar la aspiración a la “realización de sí” al servicio de una lógica de rendimiento, haciendo recaer la responsabilidad del éxito o fracaso únicamente en el individuo (2013, pág. 231).

Sin embargo, esta narrativa no es unívoca. La misma serie expone progresivamente la degradación del personaje, la pérdida de vínculos afectivos y la expansión de la paranoia y el aislamiento. La promesa de soberanía se revela frágil y autodestructiva. La fascinación convive con la advertencia, y el espectador oscila entre la identificación y el rechazo. Esta ambivalencia es precisamente lo que hace eficaz la estetización: no impone una apología directa, sino que instala una zona moral ambigua donde la violencia puede ser simultáneamente condenada y deseada.

Con base en esto, la estética de la criminalidad no solo embellece la violencia, sino que la convierte en la promesa de una intensidad que no solo seduce: reconfigura los criterios morales con los que se evalúa el daño, el riesgo y la vida del otro.

Como anticipa Benjamin, el arte moderno se encuentra en una metamorfosis decisiva: ha perdido su “aura” y su valor para el culto, siendo reemplazado por un valor de exhibición que privilegia la experiencia visual sobre la reflexión (Benjamin, 2003, pág. 13). La diferencia entre representar la violencia y estetizarla es fundamental. Representar la violencia implica mostrarla tal como es: exponer sus prácticas, sus consecuencias, sus costos humanos y sociales, y abrir la posibilidad de comprenderla críticamente para prevenirla o combatirla. La estetización, en cambio, no se limita a mostrarla, sino que le da forma, la moldea y la romantiza, transformándola en algo deseable, en una identidad en la que algunos sujetos buscan encajar.

Cuando la violencia es estetizada, comienza a volverse atractiva, aspiracional y seductora, especialmente para jóvenes que viven en contextos de precariedad material, exclusión social y familias disfuncionales. Esta dinámica puede leerse también desde la noción de “clase criminal global” que desarrolla Valencia (2010). Las prácticas gore y sus ejecutores crean una nueva clase social que invierte la condena moral del crimen y construye respetabilidad a partir del dinero, sin importar su procedencia (Valencia, 2010, pág. 71). En esta clase criminal, el reconocimiento y la identidad se articulan con la acumulación y la visibilidad, desplazando los antiguos valores éticos por una estética del poder.

Como señala Sayak Valencia (2010), el capitalismo contemporáneo ha convertido la violencia en una práctica económica y estética: el cuerpo mutilado, el acto criminal o la imagen sangrienta se transforman en mercancías rentables. Esta “economía gore” evidencia que la espectacularización del sufrimiento funciona como un dispositivo de acumulación simbólica y material.

En ese punto, la violencia deja de ser solo “crimen” y se convierte en una estética criminal: una forma de vida, una identidad que promete aquello que el sistema les ha negado. Como advierte Galtung, la violencia no solo hiere el cuerpo, sino también el alma: mentiras, adoctrinamiento y amenazas disminuyen el potencial humano y normalizan la subordinación (Pineda, 2017, pág. 37). Ofrece pertenencia, una nueva “familia”, reconocimiento, visibilidad, poder simbólico y acceso a bienes materiales y espacios que antes estaban fuera de su alcance. Promete una voz, la posibilidad de ser alguien “importante”, de ser recordado, de existir para otros.

Este proceso puede leerse como una respuesta —en gran medida inconsciente— a la violencia estructural. No obstante, esta respuesta no rompe con la lógica que la produce, sino que la reproduce bajo otra forma. La apropiación violenta de bienes, poder o reconocimiento no cuestiona el principio competitivo que estructura el orden social, sino que lo radicaliza. Aquello que fue negado por la legalidad y por el orden social se intenta recuperar a través de la ilegalidad. La transgresión aparece entonces como una forma de rebelión frente al sistema, una manera de apropiarse por la fuerza de lo que se percibe como injustamente distribuido. No se trata solo de dinero o bienes materiales, sino de una reparación simbólica: intentar sanar una historia de privaciones, abandono y sufrimiento mediante un placer inmediato, intenso y momentáneo. Pero esta reparación es ilusoria: lejos de restituir dignidad, suele profundizar la exclusión y reforzar el ciclo de violencia que pretendía superar. Foucault lo ilustra al describir el suplicio como mecanismo que exhibe la atrocidad del crimen para producir su verdad visible: una violencia que no elimina el mal, sino que lo reproduce en forma de espectáculo disciplinario (Foucault, 2002).

Bajo esta premisa, el deseo creativo, capturado por la lógica neoliberal, se despliega en la violencia como vía rápida de compensación. Todo lo que fue negado en una vida legal se intenta obtener desde la ilegalidad; todo el dolor acumulado se busca suturar a través de la emoción extrema. No se trata de una reparación real, sino de una respuesta urgente, acelerada y frágil a una herida estructural que el propio sistema ha producido. Como señala Dardot y Laval, “la limitación del poder gubernamental encuentra su fundamento, no en los ‘derechos naturales’, ni tampoco, en última instancia, en la propiedad engendrada por la libre iniciativa privada, sino en las condiciones mismas de funcionamiento de la máquina económica” (2013, pág. 143).

Los productos culturales tienen un rol central en la reproducción y circulación de la violencia, ya que al estetizarla y romantizarla contribuyen a su normalización. Dardot y Laval advierten que “en el trasfondo de esta representación se encuentra, no tanto un gran ingeniero, de acuerdo con el modelo del relojero supremo, sino una máquina que funciona idealmente por sí sola y que encuentra en cada sujeto un engranaje dispuesto a responder a las necesidades de ajuste del conjunto. Pero este engranaje, hay que fabricarlo y necesita un mantenimiento” (2013, pág. 329). Este mecanismo no es nuevo: ocurre de manera similar con la romantización del amor, donde se vende la idea del “príncipe azul”, de vínculos intensos, absolutos y pasionales que prometen un final feliz, ocultando los conflictos, las rupturas, la violencia emocional y las frustraciones

propias de las relaciones reales. El cine y la ficción no muestran la complejidad de los vínculos, sino una versión idealizada que se vuelve modelo aspiracional.

Lo mismo ocurre con la violencia y la criminalidad, se construye una estética de superación, de éxito y de ascenso social que no refleja la experiencia real de ese mundo, sino una versión editada, atractiva y consumible. No se muestran las pérdidas, el miedo constante, la precariedad afectiva ni las consecuencias a largo plazo. En lugar de eso, se vende una narrativa de poder, control y reconocimiento. Como advertía Benjamin (2003), la cultura de masas transforma la experiencia del dolor en mercancía estética, despojando la violencia de su densidad ética y volviéndola objeto de consumo.

Aquí entra con fuerza la lógica del mercado: se trata de “vender” una historia y una imagen. Las industrias culturales producen y reproducen estas narrativas porque generan ganancias. En términos de Dardot y Laval (2013), el neoliberalismo extiende su racionalidad al conjunto de la vida social, convirtiendo incluso las experiencias humanas más extremas en recursos gestionables y rentables. Las series se extienden en múltiples temporadas, las sagas cinematográficas se repiten bajo la misma fórmula —como en el caso de John Wick, donde la figura del asesino profesional se inscribe en un universo propio, con reglas, códigos, hoteles exclusivos y una ética interna que vuelve funcional y casi admirable la violencia—. Cada nueva entrega refuerza ese imaginario y mantiene cautivo al espectador, reproduciendo lo que Fisher (2009) denomina realismo capitalista: la imposibilidad de imaginar alternativas fuera del sistema que todo lo absorbe.

La violencia y la criminalidad venden, pero no solo se consumen: también se representan como experiencia vivida. En la música urbana chilena, por ejemplo, muchos jóvenes de sectores vulnerables se sienten identificados con artistas que lograron “salir de la población” y alcanzar fama, dinero, reconocimiento, acceso a lujos, drogas y poder simbólico. Estas narrativas no solo comercializan la violencia, sino que expresan el malestar social de una generación y, en muchos casos, de una clase social específica. En términos de Valencia (2010), el capitalismo gore convierte el dolor y la muerte en espectáculo rentable, haciendo del cuerpo herido y del sufrimiento una forma de capital. El deseo que aparece es claro y reiterado: escapar del origen, superar la precariedad y ayudar a la familia. A partir de esto, los productos culturales no solo entretienen, sino que configuran horizontes de sentido. Ofrecen modelos de vida posibles,

deseos compartidos y formas de entender el éxito dentro de un sistema que promete mucho, pero entrega poco a quienes se encuentran fuera de sus circuitos privilegiados.

Los productos culturales tienen responsabilidad en la difusión de esta imagen de la criminalidad, ya que la explotan como mercancía para obtener mayores ganancias, capturando el deseo juvenil a un alto costo social. Del mismo modo en que marcas como Nike o Adidas identificaron en jóvenes vulnerables un nicho de consumo —apropiándose de su deseo a través de la vestimenta, la identidad y la pertenencia—, el narcotráfico captura ese mismo deseo bajo otras figuras: el “buen vendedor”, el “soldado leal”, el que se gana un lugar dentro de la organización. Foucault (2007) diría que se trata de un proceso de gubernamentalidad ampliada: el poder ya no necesita imponer, porque los sujetos aprenden a gobernarse según las lógicas del mercado, incluso desde la ilegalidad.

La estetización del crimen opera de manera ambigua: por un lado, neutraliza la violencia real, la vuelve más liviana, más tolerable, al justificarla desde el deseo individual y la experiencia personal. Se instala la idea de que “todo lo vivido llevó a esto”, encontrando explicaciones sociales, biográficas o estructurales que, si bien son necesarias para comprender el fenómeno, también pueden funcionar como mecanismos de legitimación. Pero, al mismo tiempo, esta estetización no disminuye la violencia, sino que la intensifica y la amplifica. Como observa Galtung (Pineda, 2017), la violencia cultural puede servir para perpetuar la violencia estructural, ya que, al representarla sin crítica, la convierte en algo normal, incluso deseable.

La violencia actual no es igual a la de décadas anteriores. No solo es más visible, sino que busca deliberadamente dejar un mensaje: devolver simbólicamente la violencia estructural sufrida, exhibir poder, marcar territorio, generar miedo. A esto se suma el consumo extendido de drogas entre jóvenes involucrados en prácticas criminales, lo que puede modificar sus percepciones, su autocontrol y la forma en que ejercen la violencia. El “gatillo fácil” se vuelve parte del escenario: disparar pierde gravedad simbólica, matar se simplifica, se reduce a un gesto técnico, a un clic capaz de terminar con una vida en segundos. “El gatillo es fácil cuando se rompen los códigos que contienen” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2014, pág. 21).

Esta violencia es más cruel, más cruda y más espectacularizada. Ya no se trata solo de violencia física, sino de una multiplicidad de violencias que se entrecruzan: verbal, psicológica, simbólica, económica, cultural y política. Algunas de estas violencias permanecen invisibilizadas o naturalizadas —como la estructural—, mientras que otras se vuelven excesivamente visibles y

generan pánico social. En este contexto, los productos culturales han convertido la criminalidad en espectáculo, actuando como acompañantes silenciosos de un proceso de normalización del crimen, donde la violencia deja de ser excepción y comienza a percibirse como parte del paisaje cotidiano.

Cuando el crimen se transforma en estilo de vida o en identidad, se produce una pérdida ética profunda en el tejido social. La violencia deja de ser percibida como una transgresión y pasa a funcionar como una normalidad, como un rasgo esperado del rol que se ocupa. Se instala una representación fija: “el criminal es así”, “así actúan los delincuentes”. En ese gesto, la violencia deja de ser un problema moral y se convierte en una característica identitaria. El juicio ético — la idea de que ese acto está mal— se diluye bajo la lógica de que “es parte de mí”, “es parte del papel que me tocó cumplir”. Violencia e identidad quedan fusionadas, y con ello se pierde la posibilidad de interrogar éticamente esas prácticas desde dentro de la categoría misma de lo criminal (Foucault, 2002).

Esta pérdida ética se articula con la lógica neoliberal del mercado, que fomenta el individualismo extremo y debilita la noción de comunidad (Dardot & Laval, 2013). Cada sujeto es empujado a pensarse como una empresa de sí mismo, responsable exclusivo de su éxito o fracaso (Foucault, 2007). En este marco, el otro deja de ser un semejante y pasa a ocupar el lugar de competidor. La víctima, entonces, no es reconocida como tal, sino como un obstáculo, una “empresa rival” que debe ser superada para avanzar. No hay espacio para la empatía ni para el reconocimiento del daño causado; solo existe la lógica de la competencia, del rendimiento y de la superación constante. La violencia se ejerce así sobre el otro deshumanizado, reducido a un medio para escalar, para afirmarse, para seguir creciendo dentro de una lógica que reproduce, incluso en la ilegalidad, los valores centrales del neoliberalismo (Fisher, 2009).

3.4 Narcocultura y narco-neoliberalismo

La narcocultura puede entenderse como una forma cultural asociada al narcotráfico y al consumo de drogas, cuyo impacto excede lo estrictamente criminal y se extiende a la vida social, modelando gustos, aspiraciones, prácticas y formas de identificación. Como diría Foucault (2007), no se trata solo de un conjunto de actos ilegales, sino de una producción de sentidos: el poder fabrica realidades y modos de existencia, incluso en sus márgenes. A través de ella, el narco no solo opera como una economía ilegal, sino como un productor de sentidos.

Esta convergencia entre economía y criminalidad también implica una redefinición de las formas de trabajo. Como explica Valencia, el narcotráfico “reinterpreta el concepto de trabajo, dado que lo enlaza con el hiperconsumismo y la reafirmación individual” (2010, pág. 55). De esta manera, el narco encarna la ética neoliberal del esfuerzo y la rentabilidad, pero a través de la violencia. El “trabajo criminal” deja de estar vinculado con la moral o la legalidad y pasa a ser evaluado según su capacidad de generar ganancias, prestigio y reconocimiento.

Elementos como la posesión de armas, por ejemplo, se han vuelto cada vez más visibles entre jóvenes, debido a su acceso relativamente fácil, funcionando como dispositivos de poder simbólico. El arma no solo sirve para ejercer violencia, sino que otorga una sensación de invencibilidad, de control y de superioridad frente a otros, en este sentido, la violencia encarna el poder en los cuerpos, tal como muestra Foucault (2002) al analizar cómo los mecanismos disciplinarios atraviesan la materialidad de la vida, inscribiendo la dominación en gestos y prácticas.

El narcotráfico reproduce prácticas altamente organizadas: control territorial, jerarquías internas, distribución, disciplinamiento, abuso de poder y uso sistemático de la violencia extrema como forma de regulación. En este entramado, la producción de droga y la generación de capital se vuelven objetivos centrales, desplazando cualquier límite ético. Los valores tradicionales se erosionan y la vida humana pierde su peso moral, subordinada a la lógica del dominio y de la demostración de fuerza. Fisher (2009) observa que el capitalismo contemporáneo es capaz de absorber incluso sus propias transgresiones, convirtiendo la violencia y la desesperanza en formas rentables de deseo. Las consecuencias —niños huérfanos, familias fragmentadas, muertos— no funcionan como freno, sino como daños colaterales naturalizados. La violencia opera como mensaje ejemplificador: “si traicionas, si no pagas, esto puede pasarte a ti”. De ese modo, la narcocultura instala un orden simbólico donde el miedo, el castigo y la exhibición del poder se convierten en mecanismos de cohesión y control, un fenómeno que recuerda lo que Benjamin (2003) advirtió sobre la estetización de la violencia: cuando el sufrimiento se vuelve espectáculo, el horror se normaliza. En coherencia con esta lógica, la narcocultura instala un orden simbólico donde el miedo, el castigo y la exhibición del poder se convierten en mecanismos de cohesión y control.

La lógica del narcotráfico no se opone al neoliberalismo; por el contrario, encaja de manera casi perfecta en su funcionamiento, aunque sin la mediación formal de la legalidad. El narco persigue

exactamente aquello que el sistema capitalista demanda: producir, generar ganancias, distribuir mercancía, organizar recursos, establecer jerarquías y maximizar resultados. En este sentido, el narcotráfico condensa en una sola práctica los principios centrales de la racionalidad neoliberal, llevados a su forma más cruda y explícita.

Como plantea Sayak Valencia, la subjetividad del narco se construye sobre la falta y la frustración continua, ejes constitutivos del sistema capitalista (2010, pág. 75). Tanto en el neoliberalismo como en el narcotráfico opera una lógica individualista y punitiva, donde el incumplimiento tiene consecuencias severas. En el mundo narco, no pagar, traicionar o desobedecer se castiga mediante la violencia directa: golpes, tortura, asesinato, “dar una lección” ejemplificadora. En el sistema neoliberal, la violencia no suele ser física, pero sí profundamente material y simbólica. Quien no paga sus deudas puede perder su vivienda, sus bienes y su estabilidad, quedando socialmente despojado. Se trata de violencias distintas en su forma, pero equivalentes en su función: disciplinar, castigar y advertir. En ambos casos existe un riesgo permanente que estructura la vida de los sujetos. El mensaje es claro y compartido: cumplir es obligatorio, y el costo del fracaso será mayor que el esfuerzo de obedecer. En este sentido, el narcotráfico no aparece como una anomalía externa al sistema, sino como una expresión radicalizada de la misma lógica neoliberal, donde la coerción, el castigo y la competencia reemplazan cualquier noción de protección o justicia social.

El narcotraficante aparece representado, tanto en el imaginario social como en ciertos relatos culturales, como una figura cercana al emprendedor, una de las categorías centrales que el capitalismo neoliberal promueve como vía legítima de ascenso social. En este marco, el narcotráfico se presenta como un proyecto individual: una idea que se desarrolla, se organiza y se transforma en un negocio productivo, asumiendo altos niveles de riesgo para su materialización, incluso el riesgo de transgredir la ley. No se trata solo de una práctica delictiva aislada, sino de una forma de “emprendimiento” que promete superar rápidamente los obstáculos materiales que la vida impone en contextos de precariedad. Como dirían Deleuze y Guattari (1985), el capitalismo no destruye sus propios límites, sino que los codifica y los transforma en motor de su expansión. De ese modo, incluso la ilegalidad se vuelve una forma de productividad dentro de su lógica.

Tal como ocurre con el robo, el tráfico de drogas aparece como un medio eficaz para obtener dinero rápido, pero con una estructura mucho más estable y rentable. El aumento sostenido del

consumo de drogas, junto con la diversificación de las sustancias disponibles en el mercado, configura un escenario propicio para la expansión del negocio: a mayor demanda, mayor cantidad de vendedores y mayores oportunidades de acumulación de capital. Desde esta lógica, el tráfico se construye como un mérito individual, donde el éxito o el fracaso se atribuye exclusivamente al sujeto que lo ejecuta, reproduciendo el mismo discurso de responsabilidad personal que sostiene al emprendimiento legal dentro del neoliberalismo.

Otra dimensión relevante de esta lógica del traficante —y del delincuente en general— es que, aun conociendo de antemano las consecuencias de este modo de vida, las prácticas criminales no se detienen, sino que tienden a intensificarse. La muerte, la cárcel, las sobredosis, la adicción o la destrucción de los vínculos no operan como freno, incluso cuando estos desenlaces son visibles en otros. Por el contrario, el delito se reproduce y se expande: ya no se trata solo de tráfico, sino de una escalada que incluye robos, asaltos, secuestros e incluso asesinatos. El crimen inicial deja de ser suficiente.

Aquí reaparece con fuerza la lógica del deseo como potencia que se expande. El tráfico deja de satisfacer y se vuelve necesario “ir más allá”. En este contexto, el reconocimiento se construye en función de la acumulación de delitos: quien comete más crímenes es considerado más “vivo”, y ese estatus otorga respeto y jerarquía dentro del mundo criminal. El prontuario se transforma en capital simbólico.

Esta lógica se reproduce incluso en el espacio carcelario. Allí, quien ingresa solo por tráfico suele ocupar los lugares más bajos de la jerarquía interna, siendo denominado “chala”, una figura sin valor ni respeto, destinada a obedecer y realizar las tareas más degradantes. En contraste, quienes poseen delitos más graves concentran poder y reconocimiento. El delito, entonces, no solo funciona como medio económico, sino como criterio de valor, pertenencia y jerarquización, reforzando una ética donde la violencia extrema se convierte en requisito para existir y ser reconocido.

Como advierte Valencia, la violencia se convierte en una marca de estilo, una “firma criminal” que circula como mercancía simbólica en el mercado global (2010, págs. 106). Estas consecuencias, lejos de ser problematizadas, suelen ser justificadas y legitimadas al interior del propio mundo delictual. Esto puede observarse en expresiones como “murió en su ley”, o en los funerales narcos, donde la muerte se transforma en espectáculo y homenaje: fuegos artificiales, disparos al aire y rituales que celebran la vida —y la muerte— del criminal. Frases como “vuela

alto” refuerzan esta idea, asociando la muerte con la trascendencia, con haber llegado “a lo más alto”, a la cúspide del reconocimiento. Valencia (2010) identifica en estos rituales una estetización de la violencia propia del capitalismo gore: la muerte se convierte en mercancía simbólica, y el cuerpo del criminal en un signo de prestigio. La violencia no solo organiza la economía del narcotráfico, sino también sus códigos de reconocimiento, reforzando una lógica necroeconómica en la que matar o morir produce valor social.

La criminalidad, entonces, no solo se vive, sino que se celebra, tanto en vida como en muerte. Se le otorga un orden simbólico que garantiza memoria y reconocimiento incluso después de morir. Este respeto no es universal, sino que se reserva para quienes fueron considerados “mejores delincuentes”, es decir, aquellos que acumularon más poder, más violencia y mayor prestigio dentro de esta lógica.

En este marco, las consecuencias negativas de la vida delictual —la cárcel, la muerte o la destrucción personal— pierden centralidad y pasan a un segundo plano, incluso a un nivel inconsciente. Aparecen entonces relatos justificatorios como “esto lo hice por mi mamita”, o discursos presentes en la cultura popular, como en la canción X Dinero de Julianno Sosa, donde la violencia y el delito se legitiman bajo la idea de haber “venido de abajo” y de haber actuado por necesidad económica. En este marco, el ser delincuente se construye como un “mal necesario”, especialmente para jóvenes de sectores empobrecidos, donde el delito aparece no como desviación, sino como una vía legítima —y moralmente justificada— para acceder a reconocimiento, dinero y dignidad.

Todas estas características configuran la figura del narcotraficante como una expresión plenamente neoliberal, y no como su opuesto. Aunque a primera vista podría interpretarse como una respuesta o resistencia a las injusticias y desigualdades del sistema capitalista, el narcotráfico encarna de manera radical la lógica neoliberal. Trabaja, produce y gestiona del mismo modo —e incluso de forma más eficiente— que el emprendedor ideal promovido por el capitalismo contemporáneo.

El narcotráfico puede pensarse como una de las empresas más grandes y complejas del mundo. Genera empleo directo e indirecto para una amplia red de actores: médicos, policías, abogados, transportistas, centros de rehabilitación, funcionarios estatales y múltiples oficios que, en apariencia, no se asocian directamente a este circuito. En este sentido, no opera al margen del

sistema, sino que se inserta profundamente en él, funcionando como una fuerza productiva que moviliza capital, trabajo y consumo.

Más aún, el narcotráfico puede comprenderse como una forma de deseo creativo dentro del propio capitalismo. Produce sujetos alineados con la lógica consumista, expande mercados, genera demanda constante y se encuentra en un proceso permanente de crecimiento y expansión. Los cárteles se desplazan, conquistan nuevos territorios, incorporan personas y reorganizan espacios sociales, reproduciendo fielmente la racionalidad expansiva del capital.

Desde esta perspectiva analítica, en que el deseo es entendido como una fuerza creativa y productiva, el narcotráfico puede pensarse como la materialización extrema de ese deseo dentro del capitalismo neoliberal: un deseo que nunca se satisface, que busca abarcar cada vez más, producir más, controlar más y expandirse sin límites.

3.5 Impacto de la violencia en la juventud y sus decisiones

No se puede generalizar que todos los jóvenes sean igualmente permeables a las estéticas de la delincuencia y la narcocultura. Sin embargo, aquellos que se encuentran restringidos en el acceso a oportunidades, inmersos en entornos conflictivos y marcados por trayectorias de exclusión, tienden con mayor fuerza a reproducir estas lógicas neoliberales. Como plantea Foucault (2002), las sociedades modernas ejercen un poder disciplinario que distribuye la violencia de manera desigual, concentrándola sobre los cuerpos considerados improductivos o desviados. Considerando esta dinámica, la violencia estructural impacta de manera desigual: afecta con mayor intensidad a los sectores de escasos recursos, para quienes el acceso a los “beneficios” prometidos por el sistema se vuelve casi inalcanzable.

Frente a esta exclusión, se incorporan nuevos modelos aspiracionales que circulan a través del cine, la música y los productos culturales. No se trata solo de admirar estas figuras, sino de desear aquello que representan: poder, reconocimiento, dinero y visibilidad. Estos imaginarios funcionan como horizontes de sentido en contextos donde el futuro aparece bloqueado o directamente cancelado.

Más allá de las condiciones materiales, operan también condiciones simbólicas decisivas: la búsqueda de reconocimiento, la necesidad de aprobación y el deseo de pertenencia. Dardot y Laval (2013) señalan que el neoliberalismo produce sujetos que se conciben a sí mismos como empresas individuales, responsables únicos de su éxito o fracaso. En los jóvenes excluidos, esa

lógica se intensifica: la imposibilidad de triunfar por las vías legítimas se vive como culpa o frustración personal. Muchos jóvenes han experimentado una vida marcada por el desplazamiento social y la falta de proyección, encontrando en el deseo capitalista una aparente “motivación” para surgir. Sin embargo, al no contar con las herramientas legítimas que el propio sistema exige para alcanzar ese ideal, el crimen y la delincuencia emergen como vías alternativas para obtenerlo, precisamente por su promesa de inmediatez y de dinero rápido.

La violencia puede operar como un horizonte posible de vida, especialmente para jóvenes expulsados simbólicamente y materialmente del sistema, pero atravesados por deseos de grandeza, éxito, ambición, poder, reconocimiento y consumo. En este marco, la violencia deja de aparecer como una amenaza o un riesgo, y se convierte en un medio instrumental para alcanzar aquello que el orden capitalista promete, pero no garantiza. Frente a un trabajo formal que exige tiempo, credenciales y paciencia —recursos de los que muchos carecen—, la violencia se presenta como la vía más rápida, y a veces la única imaginable, para acceder al dinero y al estatus.

No se trata solo de una práctica, sino de una reconfiguración identitaria: la violencia pasa a formar parte constitutiva de una identidad criminal que se articula con la criminalidad contemporánea. Para quienes tienen deseos intensos y recursos limitados, la violencia aparece como una nueva posibilidad vital, una alternativa frente a un sistema que los excluye de antemano. En este sentido, la violencia no irrumpe como desvío, sino como opción racional dentro de un marco profundamente desigual. Como se mencionó en capítulos anteriores, según Deleuze y Guattari (1985), el deseo no actúa por carencia, sino como fuerza productiva: incluso en la violencia, produce formas de existencia, pertenencia y valor simbólico.

La estetización del crimen intensifica este proceso al influir directamente en elecciones concretas. Al presentar la criminalidad como una vida marcada por el poder, la fama, los lujos, el dinero y el exceso, se construye un imaginario donde el delincuente, el traficante o la banda emergen como proyectos de vida posibles. Se ofrece una existencia de frenesí, emoción y pertenencia, donde se promete identidad, reconocimiento y un lugar simbólico de seguridad que muchas veces no se encuentra en otros espacios sociales.

Existe, además, una relación estrecha entre identidad juvenil y violencia. La juventud es una etapa en la que la subjetividad aún se encuentra en proceso de configuración, lo que la vuelve particularmente permeable a los estímulos del entorno: los productos culturales, el barrio, la música, las amistades y las dinámicas familiares. En este contexto, el deseo de reconocimiento

cumple un rol central. La necesidad de ser visto, valorado y de formar parte de algo adquiere una fuerza decisiva, especialmente en trayectorias marcadas por el abandono, la precariedad afectiva y la ausencia de figuras de cuidado. Familias disfuncionales, padres ausentes, consumo problemático o entornos criminalizados erosionan la autoestima desde la infancia, dejando un vacío simbólico que la identidad violenta promete llenar.

En este sistema, la violencia no solo produce dinero, sino que reorganiza la relación con el tiempo. Las juventudes no buscan únicamente recursos económicos: han dejado de creer en el futuro como promesa. La idea de que el esfuerzo presente será recompensado más adelante pierde credibilidad. Fisher (2009) sostiene que el capitalismo contemporáneo ha cancelado la idea de futuro, reduciendo la vida al presente inmediato y a la repetición del deseo sin satisfacción. El trabajo formal aparece como una espera prolongada y desgastante: exige paciencia, obediencia, sacrificio de tiempo, energía y vínculos, a cambio de un salario que llega al final del mes. La violencia, en contraste, promete intensidad inmediata: dinero ahora, respeto ahora, identidad ahora. Se ofrece como un presente absoluto, y cuando el futuro aparece cancelado, el riesgo deja de operar como amenaza.

Para muchos jóvenes, el futuro se percibe como algo perdido o inaccesible. Su destino parece reducido a pocas posibilidades: la cárcel, la muerte o, en el mejor de los casos, el dinero rápido que tanto anhelan. Pensar en el mañana resulta frustrante, porque implica confrontar la imposibilidad de realizar deseos que el propio sistema promueve, pero no habilita. El trabajo formal, como vía para alcanzar esos deseos, se presenta como un camino lento y casi imposible. La espera se vuelve infinita: esperar por un sueldo, por estabilidad, por una vida que nunca llega. Esta lógica de la espera no es ofrecida por la violencia. En ella no hay postergación ni promesa futura, sino acción inmediata, aun cuando esté atravesada por el riesgo constante. La rapidez y la facilidad aparente se imponen sobre la paciencia y el sacrificio.

Estas trayectorias están marcadas por promesas incumplidas, deseos frustrados y una experiencia constante del “no hay”. La imposibilidad de acceder a bienes, reconocimiento y bienestar genera rabia y cansancio frente al fracaso repetido. Ante este escenario, muchos jóvenes deciden tomar el control de sus vidas y cumplir por sí mismos aquello que el sistema les negó, sin importar las consecuencias. La violencia aparece así no solo como un medio económico, sino como una respuesta activa frente a un futuro que dejó de ofrecer sentido.

El presente intenso puede volverse más valioso que un futuro incierto. La violencia, el dinero y el riesgo ofrecen emoción, adrenalina, validación y la experiencia inmediata de obtener aquello que siempre se deseó. La inmediatez tiene un poder particular sobre la subjetividad contemporánea: basta observar la lógica del *scroll* en redes sociales, donde, si algo aburre, se descarta y se pasa a lo siguiente. El hoy se impone sobre el mañana. Fisher (2009) describe esta sensación como la “cancelación del futuro”, donde el capitalismo ha agotado la imaginación colectiva y solo deja el presente como tiempo posible.

Frases como “por si mañana no estoy” o “si mañana caigo preso” —título incluso de una canción de Cris MJ— condensan esta relación con el tiempo, donde el futuro aparece frágil, improbable o directamente irrelevante. Gran parte de la música urbana chilena reproduce y refuerza este horizonte temporal.

La música urbana, las redes sociales y los productos audiovisuales no operan únicamente como espacios de representación, sino como formas de pedagogía informal. Los videoclips, Instagram y TikTok no narran el crimen desde fuera, sino desde dentro: enseñan cómo hablar, cómo vestir, cómo moverse, cómo relacionarse con el peligro, el dinero y la muerte. La violencia aparece organizada, legible y, en muchos casos, profesionalizada.

No se trata solo de mostrar armas, sino de mostrar cómo se empuñan, cuándo se usan, qué estatus otorgan y qué tipo de respeto producen. El crimen se presenta como una trayectoria posible, no como un desvío ni un error. En este punto, la estetización opera como aprendizaje cultural: se aprende a desear, a imitar y a habitar esa forma de vida.

El crimen adquiere estética, lenguaje y estatus. Posee códigos propios, jergas, frases rituales; se expresa en la vestimenta, los gestos, los autos y las armas; y establece jerarquías donde el más “vivo”, el más temido o el más respetado ocupa un lugar central. Al adquirir estética, la violencia deja de ser solo un acto y se convierte en una identidad disponible. Lo que puede verse, repetirse y admirarse también puede aspirarse y desearse.

La violencia pasa a tener un “manual visible” y ocurre algo decisivo: el joven ya no improvisa su vida, la actúa. El crimen se convierte en un rol social, con formas correctas de ejercer la violencia, formas correctas de morir y formas correctas de ser recordado. Expresiones como “murió en su ley”, “vuela alto”, los funerales narco, los disparos al aire o los homenajes públicos no son gestos espontáneos, sino rituales que ordenan la violencia y le otorgan sentido simbólico.

A través de estos rituales, la estetización domestica el horror: lo vuelve comprensible, narrable y aceptable, al mismo tiempo que lo reproduce.

En este contexto, la violencia no se elige por ignorancia. La mayoría de los jóvenes conoce las consecuencias: la cárcel, la muerte, la pérdida. Sin embargo, ese conocimiento no opera como límite. El individualismo neoliberal, la ambición y la lógica de acumulación pesan más que el valor de la vida ajena y, muchas veces, que la propia. La vida humana se vuelve reemplazable frente a los objetos, al dinero y al estatus; la empatía cede ante la eficacia.

La estetización transforma al crimen en una opción de vida disponible. No aparece como amenaza ni como desviación, sino como una alternativa legítima dentro del mercado de identidades contemporáneo. Ser delincuente, portar armas, exhibir poder o “respeto” se inscribe en el mismo horizonte que otras formas de éxito juvenil: nuevas “profesiones”, nuevas maneras de generar dinero, nuevas formas de existir socialmente.

Cuando la violencia se vuelve estilo, rol e identidad, se produce una pérdida ética profunda: deja de preguntarse si está bien o mal y pasa a evaluarse solo por su rendimiento. La estetización no elimina la violencia, pero sí elimina su carácter de límite. Y en ese desplazamiento, el crimen deja de ser una excepción para convertirse en una forma posible —y deseable— de vida. Desde esta perspectiva, la violencia juvenil no puede comprenderse únicamente como una desviación individual, sino como un síntoma de un orden social que produce deseo sin condiciones reales de cumplimiento.

Como advierte Valencia (2010), la frustración estructural y la cancelación del futuro operan como motores de subjetividad dentro del capitalismo gore. La violencia se transforma en una estrategia de supervivencia y movilidad, especialmente entre jóvenes excluidos que convierten su cuerpo y su riesgo en herramientas de intercambio dentro del mercado neoliberal. Bajo esta lógica, la economía del crimen se vuelve también una economía afectiva y de reconocimiento, donde la muerte, el cuerpo y el deseo se integran como capitales.

Conclusión

Esta tesis demuestra que el neoliberalismo, como racionalidad gubernamental, genera un deseo intenso de éxito individual —canalizado a través del consumo ostentoso, las marcas aspiracionales y la promesa de autoemprendimiento—, pero al restringir su acceso efectivo en sectores precarizados, empuja a ciertos jóvenes hacia la criminalidad como ruta alternativa de agencia simbólica, económica y de pertenencia social. El argumento central postula que la delincuencia juvenil no se reduce a un problema de carencia material o falla moral, sino que emerge de una fractura aspiracional: el sistema neoliberal proyecta una movilidad social universal y meritocrática, pero reproduce desigualdades estructurales que convierten el fracaso en culpa individual, posicionando al crimen como una extensión perversa, pero lógica de sus principios competitivos y de valorización del riesgo. Así, la violencia no es anomalía, sino como resultado del "sujeto-empresa" frustrado, donde bandas y narcocultura ofrecen el reconocimiento que el mercado legítimo niega.

La investigación establece una relación causal y dialéctica entre neoliberalismo, deseo y criminalidad juvenil: el neoliberalismo actúa como racionalidad productora de subjetividades "empresariales" —sujetos que internalizan el imperativo de visibilidad, acumulación y autooptimización—, fomentando un deseo insaciable de éxito medido en consumo (marcas de lujo, redes sociales performativas) y estatus simbólico. Esta lógica genera una "exclusión inclusiva": el sistema promete igualdad de oportunidades a todos, pero estructuralmente reserva el acceso real a élites con capital previo, dejando a jóvenes precarios en una frustración crónica donde el "tener" (objetos codificados culturalmente) se equipara al "ser" digno de reconocimiento.

Cuando las vías legítimas —empleo formal, educación meritocrática— colapsan ante la precariedad (uberización, informalidad sin ascenso), ese deseo no se extingue, sino que se canaliza por vías alternativas: la criminalidad emerge como "necroempoderamiento", donde bandas territoriales funcionan como "familias políticas sustitutas", ofreciendo pertenencia inmediata, estatus jerárquico y conversión de la violencia en capital simbólico (ostentación de armas, trap narco) y económico. En este sentido, el crimen no es mera patología moral, sino respuesta racional y cultural al vacío neoliberal: transforma la exclusión en agencia perversa, integrando al joven al mercado ilícito que compite por visibilidad en un ecosistema donde el riesgo extremo genera valor que el sistema legal niega.

El Capítulo 1 demuestra principalmente que el neoliberalismo opera como racionalidad política que transforma a los individuos en "sujetos-empresa", capturando el deseo y orientándolo hacia el consumo ostentoso (marcas como identidad) y la autoexplotación perpetua. Esta gubernamentalidad genera subjetividades fragmentadas y rizomáticas, marcadas por la "exclusión inclusiva": promesa universal de éxito vía mérito, pero bloqueada por precariedad estructural, lo que produce frustración crónica en juventudes populares —ansiedad, *burnout*, comparación tóxica en redes—. En este contexto, el deseo frustrado no se apaga, sino que se desvía hacia estrategias extremas como la criminalidad inicial (robo de marcas, microtráfico), prefigurando el "necroempoderamiento" analizado después: la violencia como acceso simbólico al "ser" que el mercado legítimo niega.

El Capítulo 2 profundiza este diagnóstico mostrando que la criminalidad juvenil neoliberal no responde únicamente a la subsistencia, sino que constituye una respuesta estructurada al fracaso del "sujeto-empresa": jóvenes precarios, frente a la fractura aspiracional (promesa de movilidad vs. expulsión real), dan lugar a emergencias culturales, donde bandas territoriales operan como familias políticas sustitutas y laboratorios de desorganización social. En particular, analiza cómo el deseo deleuziano —capturado por el capitalismo deseante— se reconfigura en violencia como nueva socialidad y cómo el microtráfico mercantiliza el crimen, donde se desechan vidas prescindibles, y alternativas legítimas (trabajo-mula, pedagogías integradoras, rap consciente) quedan capitalizadas o insuficientes. En consecuencia, la delincuencia aparece como agencia perversa: compite por estatus y acumulación en territorios abandonados, integrando al joven excluido al mercado global vía flujos ilícitos, prefigurando la estetización cultural del Capítulo 3.

A su vez, el Capítulo 3 muestra que el neoliberalismo no solo genera exclusión y criminalidad, sino que también las integra culturalmente mediante procesos de "estetización". La violencia estructural se transforma en espectáculo atractivo —música trap, cine narco y redes sociales— que romantiza al criminal como un antihéroe emprendedor, redefiniendo el éxito como poder, dinero y ostentación. El capítulo explora la narcocultura como una forma de narco-neoliberalismo que glorifica el necroempoderamiento y normaliza una ética de la astucia, donde la figura del sicario encarna una movilidad simbólica inalcanzable por vías legales, impactando a las juventudes al articular el deseo consumista con imaginarios de muerte productiva.

Los tres capítulos se articulan en una progresión lógica e integral que explica el fenómeno como un proceso completo y autoconsolidado. El Capítulo 1 establece la matriz fundacional al mostrar cómo el neoliberalismo funciona como máquina productora de deseo y frustración subjetiva, moldeando individuos que anhelan éxito, pero chocan contra barreras estructurales. Sobre esta base, el Capítulo 2 operacionaliza la respuesta práctica: esa exclusión no genera solo desorden, sino sistemas alternativos de valor y pertenencia a través de la criminalidad organizada, que ofrece agencia donde el mercado legítimo falla. Por último, el Capítulo 3 cierra el circuito al demostrar cómo la cultura popular —música, cine, redes— recupera esa criminalidad y la amplifica como imaginario hegemónico, normalizándola y perpetuándola.

Esta secuencia revela la dinámica sistémica: el primer capítulo muestra cómo el deseo frustrado opera como fuerza motriz desestabilizadora; el segundo la canaliza en estructuras ilícitas relativamente funcionales; y el tercero la reproduce simbólicamente como nueva norma aspiracional. De este modo, cada etapa presupone la anterior y la potencia, evidenciando que el neoliberalismo no solo produce exclusión, sino que recicla sus contradicciones internas en formas renovadas de dominación cultural y subjetiva.

Esta investigación aporta significativamente al entendimiento de la delincuencia juvenil al desplazar el análisis desde enfoques tradicionales moralizantes o punitivos —que la reducen a falla individual, patología psicológica o carencia económica primaria— hacia una perspectiva integral que la concibe como respuesta cultural, simbólica y estructural a las promesas incumplidas del neoliberalismo. En particular, demuestra que las conductas criminales no emergen de un vacío ético o de impulsos irracionales, sino de dinámicas aspiracionales profundamente arraigadas en la racionalidad neoliberal: un sistema que proyecta universalmente la movilidad social como fruto del mérito y el esfuerzo personal, pero que estructuralmente reproduce desigualdades heredadas, precariedad laboral uberizada y exclusión simbólica, convirtiendo el fracaso en estigma individualizado.

Este enfoque enriquece el debate académico y público chileno contemporáneo, que históricamente ha priorizado respuestas securitarias o asistenciales, al integrar un marco teórico robusto —articulando a Foucault sobre gubernamentalidad neoliberal, Deleuze-Guattari sobre deseo productivo capturado, Dardot-Laval sobre el sujeto-empresa, Fisher sobre realismo capitalista, y Valencia sobre capitalismo gore— con la escucha cualitativa de relatos juveniles,

capturando no solo las condiciones materiales de la precariedad, sino las experiencias subjetivas de deseo frustrado, pertenencia territorial y seducción cultural por imaginarios narcóticos.

No obstante, esta investigación presenta ciertos límites metodológicos y temáticos que delimitan su alcance. En primer lugar, adopta un enfoque predominantemente teórico y hermenéutico, centrado en el análisis de textos filosóficos, culturales y antropológicos junto con la interpretación cualitativa de narrativas juveniles. Por ello, no incorpora datos cuantitativos sistemáticos —como estadísticas criminales, tasas de reincidencia o encuestas representativas— que permitan establecer correlaciones empíricas entre variables socioeconómicas y niveles de delincuencia. Además, el estudio se enfoca específicamente en las subjetividades culturales de jóvenes precarios en el contexto chileno contemporáneo, por lo que no desarrolla comparaciones sistemáticas con otros casos latinoamericanos ni incorpora un seguimiento longitudinal de trayectorias individuales. Por otra parte, la investigación no aborda de manera directa el análisis de políticas públicas o intervenciones institucionales orientadas a la prevención de la delincuencia juvenil, tales como programas educativos, políticas de empleo o estrategias culturales de intervención territorial.

Estas limitaciones abren nuevas líneas de investigación que podrían profundizar en los fenómenos abordados en este trabajo. En primer lugar, resulta pertinente preguntarse de qué manera las redes sociales —especialmente plataformas como Instagram y TikTok— amplifican la difusión de la narcocultura y contribuyen a convertir la ostentación delictiva en modelos de aspiración juvenil. A su vez, sería relevante analizar cómo estas dinámicas podrían transformarse en las generaciones futuras, particularmente en contextos de posibles reconfiguraciones del modelo neoliberal o de crisis globales que modifiquen las expectativas de movilidad social. En esta misma línea, surge la pregunta por el papel que podrían desempeñar las políticas públicas —educativas, económicas o culturales— en la generación de alternativas de reconocimiento y pertenencia que no reproduzcan las condiciones de exclusión que atraviesan a muchos jóvenes en contextos de precariedad.

Estas interrogantes permiten proyectar el debate abierto por esta investigación y sugieren la necesidad de abordajes interdisciplinarios que articulen reflexión filosófica, estudios culturales y análisis empírico de las dinámicas juveniles contemporáneas.

Bibliografía

- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* . México: Editorial Ítaca.
- Colectivo Juguetes Perdidos. (2014). *¿Quién lleva la gorra? Violencia, nuevos barrios y pibes silvestres*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Dardot, P., & Laval, C. (2013). *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa .
- Dardot, P., & Laval, C. (2018). *El ser neoliberal*. Barcelona: DIÁlogos.
- Deleuze, G. (1996). *Postscriptum sobre las sociedades de control*. Pre-textos.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2002). *Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Duschatzky, S., & Corea, C. (2020). *Chicos en banda: Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Tinta Limón .
- Fisher, M. (2009). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* . epublibre.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica: Curso del Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- García Abengochea, A. (2025). *El neoliberalismo en la sociedad actual: un análisis de las obras de Antonio Scurati y Wendy Brown*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Lacan, J. (1989). *El Seminario, Libro 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*. Barcelona: Paidós.
- Pineda, M. (2017). *Traducción de la obra de Johan Galtung: Violence, Peace and Peace Research*. Universidad del Valle.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles: Estrategias del desencanto*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Reguillo, R. (2021). *Necromáquina: Cuando morir no es suficiente*. Barcelona: NED Ediciones.

Salazar, G. (2007). *Ser niño “huacho” en la historia de Chile (siglo XIX)* . Santiago de Chile:
LOM Ediciones.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. Barcelona: Editorial Melusina.